



SERIE
DIABLE
DELAMERE



EL DESPERTAR AMELIA

AUTORA SUPERVENTAS DEL
NEW YORK TIMES Y EL USA TODAY

KATE PEARCE

El Despertar de Amelia

Kate Pearce

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo 1: Capítulo Uno](#)

[Capítulo 2: Capítulo Dos](#)

[Capítulo 3: Capítulo Tres](#)

[Capítulo 4: Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo 5: Capítulo Cinco](#)

[Capítulo 6: Capítulo Seis](#)

[Capítulo 7: Capítulo Siete](#)

[Capítulo 8: Capítulo Ocho](#)

[Capítulo 9: Capítulo Nueve](#)

[Capítulo 10: Capítulo Diez](#)

[Capítulo 11: Capítulo Once](#)

[Capítulo 12: Capítulo Doce](#)

[Capítulo 13: Capítulo Trece](#)

[Capítulo 14: Capítulo Catorce](#)

[Capítulo 15: Capítulo Quince](#)

[Capítulo 16: Capítulo Dieciséis](#)

[Epílogo](#)

[Derechos de autor](#)

[Acerca de Kate Pearce](#)

[Nota para los lectores](#)

Capítulo 1: Capítulo Uno

Highcliff Village, Inglaterra 1815

Amelia se detuvo frente a la sombrerería y miró hacia la polvorienta calle del pueblo. Al otro lado de la carretera, un hombre yacía boca abajo en la alcantarilla, con la cabeza oscura vuelta hacia ella y una mano extendida como si estuviera alcanzando a alguien o algo. Por un horrible momento, imaginó que era Matthew.

«No mires fijamente, querida. No es propio de una dama».

Se volvió hacia su tía, que parecía notablemente nerviosa.

«¿Por qué no puedo mirar? No está en condiciones de hacernos daño».

La tía Betty sacó su pañuelo y se secó delicadamente la nariz. «Probablemente esté borracho y merezca su destino. Estoy tan cansada de ver a todos estos soldados regresando de las guerras y merodeando por nuestras calles. Ahora, vayamos a la tienda y busquemos un nuevo adorno para tu *tocado*».

El sol emergió detrás de las sombrías nubes y destelló sobre algo brillante en el brazo del hombre. Haciendo caso omiso de las estridentes advertencias de su tía, Amelia cruzó la calle embarrada y, sin prestar atención al estado de su vestido, se arrodilló junto al hombre inmóvil.

Era, como ella había sospechado, un soldado. Sus colores militares, descoloridos por climas más duros que los de Inglaterra, estaban raídos por los repetidos lavados. Un solitario trozo de encaje dorado brillaba en su brazo, pero el resto de la evidencia de su rango y regimiento había sido cortado o descartado.

Al quitarse el guante, Amelia palpó la garganta del hombre y detectó el débil pulso errático de los latidos de su corazón. Todavía estaba vivo y definitivamente no estaba ebrio. Ella lo puso suavemente boca arriba, pero sus ojos permanecieron cerrados. Su piel estaba bastante bronceada, pero sus mejillas estaban hundidas y sus labios resecos. Tocó su frente, que ardía.

«¡Amelia! No *otra vez*».

La voz de su tía finalmente penetró sus sentidos, y miró hacia atrás para ver a Betty saludando violentamente y casi bailando en el lugar con agitación.

«¡*Aléjate*, querida, antes de que alguien te vea!».

Amelia se preguntaba de qué podía quejarse alguien mientras cumplía con su deber cristiano, pero su tía tenía miedo de los rumores y vivía con el terror de ser objeto de ellos.

Pero no podía dejar al hombre tirado allí. Simplemente no podía...

Se puso de pie y cruzó la calle desierta hacia su tía. «Tendré que preguntarle a Jem en la posada si puede prestarme su carrito. ¿Quieres caminar sola a casa o nos acompañarás a mí y al soldado?».

«¿No pretenderás traerlo a nuestra casa?».

«No sé qué más hacer con él, tía Betty. Morirá si lo dejo allí».

«Pero, ¿qué tal si pedimos ayuda al vicario? ¿O a lady Thurrock?».

Amelia sostuvo la mirada nerviosa de su tía. «Me gustaría ayudarlo yo misma. Tengo las habilidades necesarias».

«Está bien», resopló Betty, «iré y pediré a Jem el carrito mientras tú vigilas a tu paciente».

«Eres una verdadera cristiana, tía Betty».

«Oh, vamos, continúa», con las cintas de su gorro de encaje ondeando al viento, Betty siguió por High Street hasta la posada de la esquina.

Amelia regresó con el hombre inconsciente y lo estudió cuidadosamente. Tenía la cara muy magullada, pero no veía señales de sangrado. Podría ser uno de los miles de soldados que habían sido dados de baja con honores después de la captura de Napoleón, o podría ser un desertor. La falta de insignias en su abrigo indicaba lo último, pero eso a Amelia no le importaba. A juzgar por el estado de su uniforme hecho jirones, todavía era un soldado que había servido a su país y no merecía morir en la calle como un mendigo.

Ella cuidaría de él y él se recuperaría y seguiría su camino, o moriría en una cama suave y cálida con alguien que le tomara la mano y orara por su liberación al otro mundo. Ella al menos podría darle eso...

«¿Señora Smith?».

Levantó la vista y vio a Jem sonriéndole desde su carrito. Tía Betty estaba sentada a su lado, con el bolso en la rodilla y la falda apretada alrededor de los tobillos.

«Jem, gracias a Dios. ¿Puedes ayudarme a subir a este hombre a tu carruaje y llevarlo a Dove Cottage?»

«Sí, puedo hacerlo». Bajó de su alto puesto y estudió al soldado inconsciente. «Si está segura de que quiere que lo haga, señora Smith».

«Preferiría no dejarlo aquí».

Jem golpeó el cuerpo con la punta de su bota. «La parroquia lo acogerá si lo deja el tiempo suficiente. A Sir Timothy no le gustan los cadáveres tirados por su pueblo».

«Entonces cuanto más rápido lo llevemos a nuestra cabaña, mejor», Amelia le sonrió a Jem. «Aprecio mucho tu ayuda».

Suspiró y se agachó junto al soldado. «Entonces, pongámoslo atrás».

Fue solo un viaje de diez minutos hasta las afueras del pueblo y hacia su pequeña y cuidada cabaña con jardín. Cuando llegaron, Jem llevó al paciente de Amelia y caminó hacia la puerta trasera, sorprendiendo a la sirvienta de la cocina que salía con una cesta llena de ropa para colgar en el tendedero.

«Oh, señor Harris, ¿qué tiene ahí?».

Jem le guiñó un ojo a la joven. «Uno de los casos de caridad de la señora Smith, joven Doty. Ahora, ¿en qué habitación debería ponerlo?».

Después de ayudar a Betty a bajar del carrito, Amelia siguió a Jem hasta la puerta trasera.

«En el dormitorio de invitados, por favor, Jem. Está en lo alto de las escaleras, primera habitación a la izquierda».

Subió pisando fuerte la estrecha escalera y logró abrir la puerta sin la ayuda de Amelia. Dejó su carga sobre la descolorida colcha de retazos.

«Ahí está la señora Smith. No tiene muy buen aspecto ahora, ¿verdad?».

«No, no lo tiene».

«¿Cuántos de estos soldados son los que ya ha tratado de salvar? ¿Cuatro o son cinco?».

«Cinco, creo, pero no puedo decir que lleve la cuenta».

«Es usted una mujer extraordinaria, señora Smith».

Se desabrochó las sencillas cintas azules de su sombrero, con su atención en el soldado cuya respiración definitivamente estaba empeorando.

Jem se aclaró la garganta. «Me iré entonces».

Apartó la mirada de la cama y sonrió al posadero. «Muchas gracias, Jem. ¿Cuánto te debo?».

Le dio unas palmaditas en el hombro mientras pasaba junto a ella por el pasillo. «No creo que me deba nada, señora Smith. Si usted puede ayudar a este hombre, yo también puedo».

Ella tomó su mano curtida por el trabajo entre las suyas. «Gracias, Jem».

«De nada, señora Smith».

Cerró la puerta detrás de él, dejándola sola con el soldado herido. Amelia se deshizo de la capa y los guantes y se arremangó hasta el codo. Después de mirar rápidamente a su paciente, bajó las escaleras y entró en la cocina, donde Dotty había puesto a hervir la tetera.

«Buena chica», dijo Amelia con aprobación. «Trae un poco de agua caliente y jabón tan pronto como puedas».

«¿Necesitará ayuda para quitarle la ropa, señora Smith?», preguntó Dotty, con un ojo puesto en la cocinera que estaba ocupada extendiendo masa en la mesa de la cocina.

«No, creo que puedo lograrlo», se dirigió a la cocinera, «si tiene tiempo, señora Gibbs, ¿podría preparar un poco de caldo ligero para nuestro inválido?».

«Sí, por supuesto, señora. Cuando haya terminado con este pastel de paloma, podré usar los huesos».

«Gracias a las dos».

Amelia tomó una jarra de agua fría del pozo y una taza y las llevó al dormitorio de invitados. Su pequeña cabaña tenía cuatro dormitorios, uno de los cuales usaban como cuarto de costura, y una hilera de habitaciones en el ático que albergaba a Dotty, la ayudante de cocina. La cocinera vivía en el pueblo y venía a diario.

Estar tan cerca de la costa sur de Inglaterra significaba que los soldados se habían convertido en una vista común en el pueblo mientras marchaban en formación para llegar a los puertos de embarque o regresaban cuando sus unidades se disolvían. Recientemente, se habían producido varios robos en los jardines y la población local de gallinas había disminuido misteriosamente, lo que enfureció a Sir Timothy Spendlow, el señor de la mansión que había encargado a su personal de la finca patrullar los límites del pueblo y sus tierras.

Habiendo vivido con un ejército en movimiento, Amelia estaba bastante segura de dónde habían terminado las gallinas y no estaba dispuesta a preocuparse tanto por eso como Sir Timothy. Cuando el gobierno liberó a soldados no remunerados que se habían acostumbrado a buscar comida en un país hostil, no podían esperar que su comportamiento cambiara de la noche a la mañana.

Amelia dejó la jarra de agua sobre la mesita de noche y cerró las cortinas para protegerse de la inusualmente brillante luz del sol. Volviendo a la cama, empezó a quitarle al hombre su andrajoso abrigo de regimiento. No llevaba medias ni corbata, y su camisa de lino estaba abierta en el cuello y tan deshilachada en algunos lugares que el tejido apenas se mantenía unido. Soltando un suspiro lento, desabrochó los botones de sus pantalones y le desabrochó los faldones de la camisa.

Él no se movió mientras ella le quitaba la camisa por la cabeza y lo recostaba sobre las almohadas. Sus dedos se detuvieron en su hombro, catalogando las cicatrices del combate que marcaban su delgado cuerpo. La aspereza de la piel bajo las yemas de sus dedos la hizo deslizar los dedos hacia abajo. Había visto hombres siendo azotados. Las marcas quedaban ahí para toda la vida y este hombre... este posible *desertor* las llevaba en la espalda.

Retiró la mano y se concentró en sus botas polvorientas que, a pesar de su edad, le quedaban como un guante y debían haber sido hechas para él. Eso no le sentó bien a su primera evaluación de él como soldado común. Volvió a mirar su rostro inmóvil, la línea hollín de sus largas pestañas y el autocrático pico de su nariz. ¿Un caballero desertor? Seguramente no...

Logró quitarle las botas y luego las medias, que estaban fuertemente zurcidas en varios tonos de lana. Sus pantalones manchados eran de piel de ante de buena calidad y un poco demasiado grandes, pero supuso que había perdido una cantidad considerable de peso.

Un golpe en la puerta trajo a Dotty con un cuenco de agua caliente y el mejor jabón de lavanda.

«Gracias», susurró Amelia. La mirada curiosa de Dotty se posó en la extensión del pecho desnudo del soldado antes de que ella se alejara corriendo.

Amelia le quitó los pantalones al hombre y luego cubrió su desnudez con una sábana mientras temblaba por la fiebre creciente. Ella le lavó la cara, dejando que el agua goteara sobre su cabello negro y sobre la vieja funda de almohada. No era un hombre apuesto, las líneas que delimitaban su boca y nariz denotaban una dureza que había visto con demasiada frecuencia en militares de larga trayectoria.

Ella se movió más abajo, limpiando la suciedad de su cuello, hombros y pecho, revelando más evidencia de heridas menores mientras lavaba las capas de suciedad. Por las cicatrices circulares alrededor de sus muñecas, tenía la horrible sospecha de que en algún momento lo habían encadenado. Aparte de esas cicatrices distintivas, sus brazos eran musculosos y sus uñas cortas y desiguales. Ella le limpió la palma y se quedó quieta mientras sus largos dedos se cerraban alrededor de su muñeca.

«¿Dónde estoy?», susurró él en su propio idioma.

Amelia lo estudió con atención. ¿Por qué hablaba español cuando iba vestido de soldado inglés? Ella le apretó la mano y trató de recordar la respuesta correcta.

«No te preocupes. Aquí estás a salvo», respondió ella en el idioma del soldado.

¿Sería eso suficiente para tranquilizarlo? ¿Que él no debía preocuparse y que ella lo mantendría a salvo? Pareció funcionar. Su agarre se aflojó y se relajó contra el colchón deslizándose nuevamente hacia el olvido.

Amelia continuó lavándolo hasta llegar a sus largos y elegantes pies, y pudo secarlo con palmaditas. Sus tobillos también tenían cicatrices de grilletes. No era tan alto como su difunto marido, pero Matthew había sido una especie de gigante. Supuso que su paciente medía alrededor de un metro ochenta de altura.

Otro golpe en la puerta hizo que ella le subiera la sábana hasta el cuello. La tía Betty entró con su cesta de remedios medicinales.

«¿Cómo está, querida?».

«Está limpio. Eso es todo lo que he logrado hasta ahora», ella le tocó la frente y frunció el ceño. «Creo que deberíamos intentar bajarle la fiebre. ¿Tienes algo?».

Betty rebuscó en su cesta y sacó una botella de cristal. «Esto debería ayudar».

Amelia mezcló la dosis con un poco de agua y deslizó un brazo alrededor de los hombros del hombre para levantarle la cabeza de la almohada.

«Bebe», él murmuró algo y se arqueó lejos de ella, acercando su mejilla sin afeitar contra su pecho. «Bebe esto».

Ella logró hacer caer el líquido en la comisura de su boca y él tragó y luego tomó más como si su cuerpo ansiara agua incluso estando inconsciente.

«¿Qué le dijiste, Amelia?», preguntó Betty.

«Hablé en español. Es el único idioma que parece entender».

«Muy peculiar». Betty miró al paciente a través de sus gafas. «No parece extranjero».

«No, ¿verdad? Pero tal vez le robó el uniforme a un soldado británico y terminó accidentalmente siendo enviado aquí con el regimiento».

«Tu imaginación no tiene límites, Amelia. Quizá lleva tanto tiempo en el continente que ha olvidado tanto sus modales como el inglés del rey. Eso pasa», ella bajó la voz. «Mira a todos esos soldados en la India que se vuelven *nativos*».

«¿Quizás era un espía que se hacía pasar por español y todavía protege su identidad?», teorizó Amelia. «Eso tendría más sentido».

«Los británicos no usan espías, amor. Eso se lo dejamos a los franceses y a sus despreciables aliados».

Amelia sabía que eso no era cierto, pero estaba más que feliz de permitir que su tía mantuviera la ilusión de que el grande y poderoso ejército británico estaba de alguna manera por encima de asuntos tan sórdidos.

«No importa quién o qué sea, me sentaré con él un rato y seguiré ofreciéndole sorbos de agua. Te llamaré si empeora».

Betty asintió y luego se inclinó con cautela para recoger la pila de ropa desechada.

«No tires nada de eso, ¿quieres?», Amelia le pidió. «Puede que no lo aprecie. Pregúntale a Dotty si hay algo que se pueda salvar, lavar o remendar».

«Le preguntaré. ¿Supongo que querrás cenar aquí en una bandeja?».

«Si no fuera demasiado problema».

Su tía la besó en la frente. Amelia sabía que ahora que el hombre estaba instalado en Dove Cottage, Betty lo consideraba su paciente y haría cualquier cosa para ayudarlo. «Para nada, querida. Enviaré a Dotty más tarde y también podrá traer algo de avena para nuestro soldado herido».

Amelia suspiró. «Iré a buscar mi canasta de trabajo. Tengo muchos arreglos para mantenerme ocupada».

Ocupó la silla junto a la chimenea y luego abrió un poco las cortinas para que la luz cayera sobre ella en lugar de sobre la cama. El hombre yacía más tranquilo ahora, su respiración se hacía más profunda a medida que el medicamento comenzaba a reducir su fiebre. Cuando levantó la cabeza de su trabajo, pudo verlo con bastante claridad sin moverse de su silla.

Observó su perfil finamente grabado y su barba irregular mientras hacía pequeños puntos en un desgarró de su segunda mejor enagua. Él era una especie de misterio y a ella siempre le había encantado resolver acertijos. La curiosidad, como siempre le había advertido su madre, era su perdición y la había llevado a su actual vida restringida en un pequeño y oscuro pueblo junto al mar. Pero ella no cambiaría nada de su existencia actual. Por todo lo que había perdido, había ganado cien nuevas experiencias.

Hasta que Matthew murió, dejándola sola.

Amelia respiró hondo y se deshizo de sus pensamientos melancólicos. Su marido se horrorizaría si pudiera verla ahora, pero ella al menos estaba intentando dejar atrás su dolor y seguir adelante. Y ahora tenía un misterio que resolver y un paciente al que encaminar hacia la recuperación.

Contaría sus bendiciones, zurciría sus enaguas y estaría agradecida.

Capítulo 2: Capítulo Dos

«Bueno, señora, no supe qué decirle al hombre, ¿verdad?», Dotty dobló la enagua con su destreza habitual. «Había algo en sus ojos que no me gustaba y ya sabe cómo ha estado la cosa aquí últimamente, con todos los robos y todo lo demás».

Amelia levantó la vista de su inspección de un desgarré en su mejor funda de almohada.

«Lo siento, Dotty. ¿Qué hombre? ¿Estás hablando de nuestro invitado?».

«No, señora, el hombre que vino a la puerta esta mañana preguntando por un compañero soldado».

Amelia le dedicó a Dotty toda su atención. «¿Preguntando por un soldado? ¿Qué le dijiste?».

«Le dije que se fuera. Creo que, si tenía algo que ver con nuestro hombre de arriba, se merecía que lo enviaran lejos con una pulga en la oreja, habiendo dejado a un hombre enfermo tirado en la calle de esa manera. Eso no es cristiano».

«Si nuestro invitado hubiera pasado allí otra noche, lo habrían llevado al hospicio o habría muerto». Amelia se estremeció. «Ese hombre no era un amigo».

«Sally, en la vicaría, dijo que el hombre estaba preguntando a todo el mundo en el pueblo, pero nadie le dijo nada. *Jem* dijo que, si hubiera visto al hombre, le habría dicho unas cuantas palabras».

«Me alegro de oírlo», Amelia puso la funda de almohada en su montón de costura. «Avísame si vuelve, ¿lo harás?».

«Sí, señora, aunque no creo que se atreva. Le dije que se ocupara de sus propios asuntos», la sonrisa de Dotty era feroz.

Amelia le sonrió con aprobación. «Gracias, Dotty, ahora debo subir y ver cómo le va a nuestro paciente esta mañana».

* * *

Sentía que sus párpados estaban aplastados por balas de plomo. O peor... por centavos para mantenerlos cerrados en su ataúd... Con un gran esfuerzo, abrió los ojos y estudió las desconocidas cortinas azules al pie de su cama. Un rugido sutil sacudió los cristales de la ventana y se preguntó si estaba en medio de otra batalla o simplemente escuchando una tormenta que ocurría.

«¿Está despierto, señor?».

Una figura se levantó del lado del fuego y se acercó a él. Parpadeó con fuerza, pero sus rasgos no cambiaron a los de alguien más familiar, alguien que no podía imaginar, pero que sabía que era vital para su supervivencia.

«¿Señor?».

Trató de recordar el idioma de ella. *El* idioma de él, maldita sea. «¿Dónde estoy?

«Está completamente a salvo aquí».

«Eso no es...», se lamió los labios secos y ella inmediatamente le ofreció un sorbo de agua. Estaba demasiado débil para sostener la taza él mismo y bebió agradecido el líquido helado, «...lo que le pregunté».

«Está en Dove Cottage, señor. Ella dudó, «¿puedo saber su nombre?».

La miró durante un largo momento, catalogando los elementos anodinos que componían su rostro, los ojos grises, el cabello castaño y la piel de porcelana que eran inconfundiblemente

ingleses.

«Soy... Marco. Creo».

Ella tomó su mano y la estrechó con rostro serio. «Es un placer conocerlo, señor Marco. Soy Amelia Smith».

«¿Y por qué estoy aquí?».

«Lo encontramos inconsciente en la calle del pueblo y lo trajimos a Dove Cottage para que se recupere».

Él frunció el ceño, «no recuerdo cómo llegué allí. ¿Cuánto tiempo he estado en esta cama?».

«Casi cinco días. Tenía fiebre, pero gracias a Dios, ya pasó».

«¿Estoy en Inglaterra?».

Ella se sentó en el borde de la cama, con el rostro inclinado hacia él. «Sí. ¿Dónde creía que estaba?».

«No... lo sé»,

Ella asintió como si lo que decía tuviera mucho sentido. «Tenía un hematoma bastante fuerte en la parte posterior del cráneo, señor. Sospecho que se golpeó la cabeza lo suficientemente fuerte como para desorientar todos sus sentidos. Lo he visto suceder antes. Tal vez se cayó del caballo», le dio una palmadita en el puño cerrado, «sus recuerdos regresarán con el tiempo».

Exhausto, él aceptó otro trago de agua y se recostó contra las almohadas. Una gota de lluvia golpeó la ventana y saltó.

Ella suspiró. «Sabía que el sol no duraría. Se acerca otra tormenta. Tendré que asegurarme de que Dotty traiga toda la ropa de la línea de secado. Estamos muy cerca del mar y el clima es bastante impredecible».

La asombrosa normalidad de sus comentarios lo inquietó. Seguramente su vida nunca había sido tan simple o sin complicaciones. No podía recordar un momento en el que no hubiera temido por su vida...

«¿Por qué me ayudó, señora Smith?».

Cuando la luz de la habitación desapareció bajo la amenaza del trueno, ella encendió una lámpara al costado de su cama y lo miró, sus rasgos regulares se notaban suavizados por el resplandor de la llama.

«No podía dejar que un miembro del ejército británico muriera al costado de la carretera».

Un recuerdo de calor abrasador y cadáveres amontonados lo asaltó y se obligó a hacerlo a un lado. «¿Por qué no?».

«Porque mi difunto esposo era militar. Siempre he tenido la esperanza de que, si le hubiera sucedido una desgracia similar, alguna alma buena hubiera hecho lo mismo».

«Es usted muy amable».

«Gracias», su sonrisa era dulce y le iluminó el rostro. «¿Le gustaría probar un poco de caldo o una taza de té?».

Sacudió la cabeza mientras sus ojos empezaban a cerrarse de nuevo. El dolor de cabeza volvió y se hundió de nuevo en la relativa seguridad de sus sueños. Tal vez cuando despertara de nuevo, se encontraría nuevamente en un mundo más familiar. Si tan solo pudiera recordar qué era eso...

* * *

Esta vez, la brillante luz del sol lo despertó indicando que la tormenta había pasado. Su cabeza dolía menos, por lo que su visión era mucho mejor. La habitación estaba amueblada de forma sencilla, con una cama pequeña, una cómoda empujada contra la pared del fondo, una

chimenea y una silla sobre la que descansaba un cesto de costura. Las paredes eran de yeso blanco y vigas curvas de roble sostenían todo el techo y lo que supuso que eran áticos encima. Era una habitación encantadora y no le sentaba nada bien.

Se sentía... atrapado.

La puerta se abrió y la mujer entró con una bandeja en las manos. El olor de algo sabroso flotó hasta él y salivó como un perro.

«Buenos días, Sr. Marco. Pensé que le gustaría probar un poco de caldo de pollo que preparó Cook. Ella jura que es lo mejor para el estómago de un inválido.

«No es ‘señor’ Marco. Es solo... Marco», frunció el ceño. «O algo así. Ahora suena mal».

«Ciertamente no suena muy inglés», ella dejó la bandeja sobre la cómoda y se giró para ayudarlo a sentarse, acomodando las almohadas detrás de su cabeza. «¿Supongo que es inglés, o al menos británico?».

«Creo que sí. ¿Importa?».

«Para mí no», ella colocó la bandeja sobre su regazo y le entregó la cuchara. «No es como si fuera a echarle de nuevo a la calle si es usted *extranjero*, aunque la tía Betty podría considerarlo».

Ella sonrió para mostrarle que estaba bromeando mientras colocaba una servilleta sobre la sábana a su lado.

«Me resulta difícil recordar mi inglés», confesó mientras comía la sopa con una cuchara e inhalaba el aroma celestial.

«Las primeras palabras que me mencionó fueron en español».

Hizo una pausa, con la cuchara a medio camino de sus labios mientras algo aparecía en su memoria. «No lo recuerdo», probó la sopa y casi gimió ante lo sabroso del caldo. Quería agarrar el tazón y simplemente verter el contenido en su garganta de un solo trago.

Los dedos fríos de ella tocaron su muñeca. «Le sugeriría que se tome su tiempo, señor. No creo que se haya acostumbrado a comer bien últimamente».

Miró abajo, hacia el gorgoteo en su estómago y se dio cuenta de que estaba vestido con un camisón antiguo que le quedaba demasiado grande.

«¿Dónde está mi ropa?».

«Dotty lavó todo lo que pudo y está haciendo lo mejor que puede para reparar lo que sobrevivió. Tendré que ofrecerle un nuevo par de medias de lana para reemplazar las tuyas, que estaban tan llenas de agujeros que se hicieron pedazos cuando intentó restregarlas».

Su comentario irónico lo sorprendió y le hizo reír. Volvió su atención a la sopa y la comió lentamente bajo su mirada fija. Cuando él se sentó, ella hábilmente retiró la bandeja y la dejó a un lado.

«¿Cómo está su dolor de cabeza?».

«Un poco mejor esta mañana», él dudó, «no puedo recordar su nombre».

«Es Amelia. Soy la señora Amelia Smith».

«Dijo que su esposo estaba en el ejército».

«Eso es correcto. Murió hace dos años». Una sombra pasó por su rostro antes de que ella volviera a encontrarse con su mirada. «Lo extraño todos los días».

«Entonces nunca será olvidado», la ira se agitó en algún lugar de sus recuerdos, y la rechazó.

«¿Tiene algún recuerdo de dónde viene, Marco?».

«¿España?», se encogió de hombros. «Por alguna razón, esa parece ser la respuesta correcta e incorrecta. ¿Qué año es?».

Ella levantó una ceja. «Es el año de nuestro señor mil ochocientos quince».

Lentamente cerró la boca mientras el pánico lo sacudía. «No puede ser».

«¿Qué año creía usted que era?».

«¡Maldita sea, no lo sé!».

Su mano se cerró sobre la de él y le acarició la piel con el pulgar. «Está bien».

«No es así. Me siento como un *tonto*. No sé cómo llegué aquí. No sé de dónde vengo y no tengo idea de quién soy».

«Y lo mantendremos a salvo hasta que pueda empezar a resolver esos misterios».

«No merezco tal consideración. Podría ser el tipo de hombre que le cortaría la garganta en la noche y le robaría todos sus objetos de valor».

Ella le sostuvo la mirada. «Puede que lo sea, pero tal vez debería saber que tengo una pistola cargada junto a mi cama, por si acaso».

Ella todavía sostenía su mano. ¿Cómo podía hacerlo cuando él acababa de amenazarla?

«Es una mujer extraordinaria, señora Smith».

«Viajé en el tren de equipajes del ejército. No hay mucho que no sepa sobre el comportamiento de los soldados.

«¿Acompañó a su esposo?».

«No parezca tan sorprendido», ella sonrió a medias. «Nos fugamos. No tenía otro lugar al que ir, salvo con él».

Alguien llamó a la puerta y ella levantó la vista. «Ah, aquí está Dotty con su té y otra dosis de la horrible medicina de la tía Betty. Me asegura que la corteza de sauce es justo lo que necesita para su dolor de cabeza».

Se estremeció al recordar el amargo sabor de la medicina. Por alguna razón, había encontrado un refugio y no iba a renunciar a su cómoda cama y al lujo de que lo atendieran por cualquier cosa. Mientras intentaba recuperar sus fuerzas, aceptaría la hospitalidad de la señora Smith, dejaría intactos sus objetos de valor y, con suerte, tendría una idea de lo que en nombre de Dios iba a hacer a continuación.

* * *

Dotty dejó la bandeja en la mesilla de noche.

«La señorita Betty preguntó por usted, señora Smith. Dijo que el vicario y su esposa están de visita en el salón delantero».

«Entonces bajaré».

Amelia se levantó del borde de la cama y se alisó las faldas. Hoy, su paciente se veía mucho mejor y había hablado con mucho más sentido. Tenía ojos de un azul muy oscuro y una vieja cicatriz en la frente que solo se sumaba a la austeridad de sus rasgos. Su evidente angustia por la pérdida de memoria la hizo sentir bastante protectora de él.

«Volveré y me sentaré con usted más tarde, señor».

«Gracias».

Quienquiera que fuese, tenía modales impecables. Bajó las escaleras y, después de palmearse el cabello para asegurarse de que estuviera arreglado, entró en el pequeño salón delantero, donde la tía Betty se encargaba de la bandeja de té.

«Ah, ahí estás, mi amor. Los Sherringham estaban preguntando por nuestro paciente».

«Se está recuperando muy bien», Amelia hizo una reverencia al vicario y a su esposa y luego se sentó al lado de Betty.

Doris Sherringham le dio una palmadita en la mano. «Es una gran inspiración para todos nosotros, señora Smith. Como le estaba diciendo a su tía, no traería a un rufián que viera en la

calle al seno de *mi* familia».

«Dudo que sea un rufián, señora Sherringham. Es simplemente un militar que ha pasado por momentos difíciles. Ayudar a su recuperación es lo mínimo que puedo hacer».

El vicario se aclaró la garganta. «Debería haberme informado, querida señora Smith. Me habría encantado llamar al alguacil de la parroquia y hacer que se llevaran al hombre».

«¿Al hospicio, donde probablemente se habría contagiado de algo y habría muerto?», Amelia sonrió. «No le deseo ese destino a nadie».

«No sé de ninguna infección en el asilo de pobres, pero tiene razón, señora», el vicario suspiró profundamente. «Hay tanta gente necesitada. Apenas sé cómo ayudarlos».

Amelia tenía varias sugerencias, pero ya sabía que ninguna de ellas sería apreciada o bien recibida. El vicario era un buen hombre, pero no alguien al que le gustara involucrarse personalmente en la solución de los problemas más sórdidos de su parroquia. Después de un año de discutir con él, simplemente siguió su propio camino y formó comités de personas con ideas afines que *estaban* preparadas para abordar el problema de alimentar y alojar a los pobres. Había una razón por la que el hospicio estaba actualmente libre de infecciones, y no tenía nada que ver con el vicario. Todo se debía a una mejor higiene y dieta.

«A mi querido Algernon no le gusta que visite el asilo de pobres, de lo contrario estaría allí todas las semanas», la mirada que Doris le dirigió a su marido estaba llena de gratitud, «teme que, con mi delicada constitución, pueda enfermarme y, peor aún, traer la peste a nuestros pequeños en casa».

Amelia sonrió. «Nadie podría dudar de su dedicación a los pobres de esta parroquia, señora Sherringham. Las cestas que proporciona son materia de leyendas».

La esposa del vicario se sonrojó. «Intento estar al tanto de todos los nacimientos, muertes y enfermedades de nuestro pequeño grupo de feligreses».

«Y lo hace muy bien. No puedo imaginar cuántos juegos de ropa de bebé prepara al año».

«Me pasa factura en mi tiempo y en mi salud, pero vale la pena».

Amelia sabía que la mayor parte del trabajo la realizaba una prima solterona que dependía de la buena voluntad de Doris. Mientras que Doris añadiera algunas puntadas de vez en cuando y criticara la costura de su prima, se sentía justificada para reclamar toda la empresa como suya.

La tía Betty sirvió el té y Amelia se levantó para repartir las tazas y los platillos. La señora Sherringham era la segunda en llevar ese nombre y era mucho más joven y vestía mucho más a la moda que su esposo, que siempre vestía de negro, mostrándose como un severo clérigo.

«¿Cuándo espera que su último paciente se recupere lo suficiente para irse, señora Smith?», preguntó el vicario. «Tengo entendido por su tía que no está seguro de su identidad».

«Por lo que sé, quedó inconsciente por un golpe en la cabeza, que parece haber afectado a su memoria».

«Es una lástima. ¿Ha pensado en escribirle al comandante de su regimiento para averiguar más sobre él?».

«No estoy muy segura de quién podría ser. Falta la insignia en su abrigo».

El vicario se inclinó hacia delante. «¿Un desertor?».

«No tengo ni idea, señor Sherringham, pero sospecho que lleva mucho tiempo fuera de estas costas. Sea cual sea su situación, tengo la intención de tratarlo como un verdadero hijo pródigo».

«Tenga cuidado de que no resulte ser un lobo con piel de oveja, señora Smith», el vicario se rió de su propia broma.

«Lo tendré en cuenta, sin duda», dijo con seriedad. Su seco sentido del humor y del ridículo nunca funcionaban con el demasiado férreo vicario y su esposa. Echaba de menos tener a alguien

con quien reírse de las absurdidades de la vida. Lo echaba de menos desesperadamente.

«¿Cómo suena cuando habla, señora Smith?».

Amelia parpadeó mirando a Doris. «¿Qué quiere decir?».

«¿Su forma de hablar es rústica o *común*, o habla como un caballero?».

«Como un caballero, supongo».

La señora Sherringham se reclinó en su asiento. «Entonces, probablemente no sea un desertor. Los caballeros no hacen eso».

Amelia no estaba de acuerdo. En el calor de una batalla, había visto a varios aristócratas correr igual de rápido, si no más, ante la amenaza de un conflicto. Algunos de ellos incluso la habían atropellado en su prisa por escapar. «Marco» hablaba como un hombre acostumbrado a dar órdenes.

«¿Cómo se llama?».

«Tampoco está muy seguro de eso».

El vicario y su esposa intercambiaron una mirada de sorpresa.

«¿No está seguro de su propio nombre? ¡Ay, Dios mío!», Doris se apretó el pecho con la mano.

«Las heridas en la cabeza a veces tienen ese efecto, señora Sherringham. Espero que se le pase cuando haya descansado bien y esté mejor de salud», Amelia le ofreció al vicario otro macarrón.

«Estaba a punto de ofrecerle escribirle a su familia por usted, señora Smith, pero si no recuerda su propio nombre, eso no es posible», el vicario sacudió la cabeza. «Es muy triste. Rezaré por él».

«Estoy segura de que lo apreciaría, señor», convino Amelia, «pase lo que pase, le he asegurado que lo mantendremos a salvo en Dove Cottage hasta que se haya recuperado».

«Usted es un ejemplo para las mujeres cristianas de todo el mundo, señora Smith».

Amelia sonrió, pero no respondió, mientras se ocupaba de añadir azúcar a su té. No creía que fuera nada destacable. Compartir lo que tenía con quienes lo necesitaban se había convertido en algo natural desde que vivía con el ejército. A pesar de que, comparada con los Sherringham y los Spendlow, no tenía casi nada, tenía mucho más de lo que había aprendido a vivir en el pasado.

Dove Cottage pertenecía a la tía Betty de Matthew y, entre sus ingresos privados y la pensión del ejército de Amelia, se las arreglaban para salir adelante. Ella estaba a salvo allí. Después de los últimos años turbulentos de seguir el ritmo de la música, esa seguridad la había atraído enormemente.

El vicario empezó a hablar sobre su próximo sermón y Amelia fijó una mirada atenta en su rostro. Vivir allí podía ser seguro, pero también era abrumador... Sabía todo sobre sus vecinos, y ellos sabían todo lo que estaba dispuesta a compartir con ellos sobre sí misma. Si no tenía sus buenas obras para mantenerse ocupada, sospechaba que podría lanzarse desde uno de los altos acantilados que daban nombre al pueblo y caer al agua gritando como una de las muchas gaviotas.

Excepto que las gaviotas volvían a la superficie después de pescar sus peces, y Amelia probablemente se hundiría hasta el fondo, jalada por sus enaguas.

Debía aprender a nadar correctamente.

«¿Y qué piensa usted, señora Smith?»., preguntó el vicario.

Ella juntó las manos y le dirigió su mirada más fervorosa. «Parece que todos vamos a tener un regalo el domingo, señor. No puedo esperar a oírle proclamar estas palabras desde el púlpito».

Él tomó sus cumplidos como un derecho y volvió a su tema favorito, el estado de la nación y la incompetencia del Príncipe Regente, pero finalmente incluso él se quedó sin cosas nuevas que decir y se levantó para irse.

Después de hablar con Betty y Cook sobre los próximos menús para la próxima semana y de instruir a Dotty sobre cómo secar los pétalos de rosa del jardín delantero, Amelia finalmente se sintió libre de escapar escaleras arriba y hablar con su misterioso paciente. Se detuvo en las escaleras y consideró su emoción. ¿Estaba equivocada al querer vivir indirectamente el viaje de otro hombre hacia la salud?

Anhelaba tener una conversación con alguien que había estado a más de treinta kilómetros de su lugar de nacimiento. Incluso en su estado actual, Marco era más interesante que la mayoría de la gente del pueblo. Mientras pensaba en eso, se reprendió a sí misma por ello. No había recibido más que amabilidad de los aldeanos desde que había llegado por primera vez. Su propia insatisfacción era el problema, no la falta de curiosidad de sus compañeros.

Tocó la puerta, la abrió un poco y vio a su paciente sentado contra sus almohadas, con una mano sosteniendo una taza y un plato vacío.

«Déjeme tomar eso», ella quitó la loza de su regazo y la puso en la bandeja que Dotty había dejado en la mesa auxiliar. «Prepararé un poco más de té en un momento».

«Eso sería muy amable de su parte, pero tómese su tiempo».

Ella se sentó junto a su cama y sacó su zurcido. «El vicario y su esposa vinieron a preguntar por su estado de salud».

Él frunció el ceño. «¿Cómo saben de mí?».

«Es un pueblo muy pequeño. Todo el mundo se entera de todo», comprobó que la aguja estaba bien enhebrada, «y si no lo saben, se lo inventan».

«Entonces, veo que en mi ausencia no ha cambiado mucho en ese aspecto», dudó. «¿Es realmente mil ochocientos quince?».

«Me temo que sí. Cuando se sienta mejor, puedo pedir prestado un periódico al vicario y podrá comprobarlo usted mismo».

«No dudo de usted, es solo que tengo la sensación de que he estado fuera durante muchos años. Que de alguna manera se me impidió regresar».

Ella lo miró, con la aguja en equilibrio entre el índice y el pulgar. «¿Quizás era un prisionero? Ahora que la guerra ha terminado, tal vez alguien decidió que ya no tenía ningún valor y lo liberó».

«¿La guerra ha terminado?».

«Sí. El duque de Wellington necesitó dos intentos para convencer al emperador de que realmente había sido derrotado, pero al final lo logró. Hubo una gran victoria en una batalla llamada Waterloo. Ahora, Napoleón se encuentra exiliado en la isla de Elba. Esperemos que para siempre».

Parpadeó con sus ojos azul oscuro hacia ella. «¿Ganamos?».

«Naturalmente, o de lo contrario todos estaríamos practicando frenéticamente nuestro francés viéndonos obligados a convertirnos en parte del imperio de Napoleón».

«Pensé que íbamos a perder. Cuando estuve en Portugal, nosotros...», sacudió la cabeza, «maldita sea, no recuerdo lo que iba a decir».

«Aún, es un progreso, señor. Obviamente estuvo en Portugal con su regimiento en algún momento y probablemente también en España. Ahora todo lo que tenemos que hacer es averiguar a qué regimiento pertenecía y averiguar quién es usted».

Su sonrisa de respuesta fue forzada. «O quién era yo. Yo... ya no creo que sea ese hombre.

¿Cómo podría serlo?».

«Me imagino que en el momento en que recuerde su nombre completo, ese hombre volverá a usted».

No parecía convencido, así que Amelia se concentró en zurcir durante un rato para darle tiempo de pensar las cosas. No podía imaginar cómo se sentiría perder varios años de su vida. Debía ser aterrador. Lo escuchó suspirar y recostarse contra sus almohadas.

«¿Le abro las cortinas, Marco? Hay una vista bastante agradable del mar. Me parece muy relajante».

«Me gustaría eso, señora Smith».

Dejó a un lado su trabajo y se acercó a la ventana para correr las cortinas. Más allá del jardín trasero bien diseñado había una cerca blanca y luego la extensión gris plana del Canal de la Mancha.

«Está bastante tranquilo ahí afuera hoy, pero a veces las olas suben hasta los acantilados y se estrellan contra nuestra cerca».

Se volvió hacia la cama mientras la luz del sol se deslizaba por el rostro de su paciente, iluminando su expresión seria.

«He extrañado el sol».

«¿Desde que regresó a Inglaterra?».

«En general», bajó la mirada hacia su muñeca descubierta.

«No sé si se dio cuenta, pero tengo marcas en mis muñecas y tobillos como si alguna vez hubiera estado encadenado», tragó saliva con fuerza, «¿sería posible que yo fuera un prisionero condenado a galeras?».

«No lo sé, señor», Amelia habló tan suavemente como pudo, «ya no importa. Ahora es un hombre libre».

«Depende más bien de quién me condenó, ¿no?».

«No creo que los británicos tuvieran galeras de esclavos», trató de sonar tranquilizadora, «pensé que esa solo era una idea de los franceses».

«Creo que los romanos pensaron en eso primero».

«Bueno, naturalmente, pero sería propio de los franceses resucitar una idea tan bárbara. Napoleón también se declaró emperador. Creo que incluso se coronó a sí mismo, ya que no consideró que nadie más fuera lo suficientemente bueno para hacerlo».

«Tenía razón. Probablemente no había nadie más para hacerlo. La aristocracia francesa y las órdenes religiosas ya habían sido derrocadas por sus predecesores».

«Dejándolo libre para avanzar en su camino hacia el poder», Amelia se estremeció, «y poner a todo un continente en guerra».

Marco se encogió de hombros, «si no hubiera sido él, habría sido otra persona. Quizás haya notado que a los hombres les encanta pelear», hizo una pausa, «¿en qué rama del ejército estaba su esposo?».

«Era fusilero».

«¿En qué regimiento?».

«En el 60».

«¿Era un oficial?».

«No. Era sargento. Creo que todos los oficiales eran europeos».

«¿Su marido era de los *Estados Unidos*?».

«No exactamente. Su padre era inglés y su madre estadounidense. Se le consideraba útil porque podía entender y traducir para todo el mundo», ella enarcó las cejas, «¿por qué?»

¿Importa?».

«Para nada, es solo que...», su mirada la recorrió, «usted parece tan típicamente inglesa».

«¿Y le sorprende que me haya casado con alguien mitad estadounidense?».

«No tengo nada en contra de esa nación emergente, señora Smith. En verdad, todos los fusileros americanos que conocí me parecieron tiradores extraordinarios», frunció el ceño, «simplemente no recuerdo exactamente dónde conocí a esos tipos».

«El regimiento de mi marido estaba estacionado principalmente en la península con el 95.º».

«¿Y usted siguió a su marido hasta allí?».

«Sí», Amelia miró la media que estaba zurciendo, «no fue el lugar más bonito que haya visitado».

«Era el infierno en la tierra».

Ella levantó la vista ante su tono áspero y se encontró con su sombría mirada azul. «Lo sé», suspiró, «todavía tengo pesadillas sobre algunas de las cosas que vi allí».

«¿Dónde fue asesinado su esposo?».

«Hace dos años, en la batalla de Vitoria».

Él parecía casi tan afligido como ella. «Le ofrezco mis más sinceras condolencias, señora Smith. No tenía idea de que el conflicto se prolongaría durante tantos años».

«¿Qué es lo último que recuerda?», Amelia intentó desviar el tema de su pérdida y volver a su invitado. «¿Estuvo usted involucrado en alguna acción en la península?».

Él consideró su pregunta, su mirada se volvió desenfocada y reflexiva. «No estoy seguro. Tengo la sensación de que llevaba mensajes entre regimientos y comandantes de batallón, pero eso es todo lo que puedo recordar».

«Lo recordará, señor», enterró la aguja en su ovillo de lana para zurcir y la puso en equilibrio sobre la pila de remiendos en su canasta de trabajo. «Ahora, déjeme llevar esos platos a la cocina y preguntar qué hay para cenar. Tal vez se sienta mejor cuando haya comido algo sustancioso».

Recogió la vajilla usada, la apiló en la bandeja y bajó a la cocina. Era interesante cómo su paciente podía hablar tan libremente sobre algunos temas y luego, de repente, sentirse perdido de nuevo. Era como si algunas partes de él estuvieran bloqueadas. Tal vez había visto tantos horrores que su mente se negaba a aceptarlos y los había enterrado junto con gran parte de su sentido de sí mismo.

Amelia suspiró mientras dejaba la bandeja en la mesa de la cocina y se dio vuelta para encontrar a Dotty entrando del jardín con una canasta de ropa lavada.

«Me alegro de que se haya secado todo eso antes de que volviera a llover», ayudó a Dotty a levantar la canasta y colocarla en una silla, «¿cómo sobrevivió la camisa de nuestro paciente en tu intento de lavarla?».

«Está raída, señora Smith», Dotty rebuscó en la canasta y sacó la camisa, «el más mínimo desgarró y toda la prenda solo servirá para la bolsa de trapos».

«Entonces tendremos que encontrarle algo más que ponerse», Amelia consideró sus opciones, «creo que tengo las partes de una camisa que comencé para Matthew. Si las corto, podría confeccionar algo para Marco».

Dotty señaló una pila de ropa sobre la cómoda. «Le he dado un par de medias nuevas, sus pantalones son de piel de ante y, aunque están manchados en algunos lugares, todavía se pueden usar, al igual que su chaleco, que ahora tiene botones nuevos. No tiene ropa interior ni corbata».

«Podemos arreglarnos con eso. ¿Dónde está su abrigo?».

«Está en el respaldo de la silla junto al fuego. Lo zurcí lo mejor que pude».

Amelia cogió el pesado abrigo militar y lo miró. El color se había desteñido mucho hasta convertirse en un rosa oxidado, pero pensó que alguna vez había sido rojo. Todos los botones de regimiento de peltre habían sido arrancados junto con cualquier insignia. Marco podría haber sido dueño del abrigo, haberlo heredado o haberlo adaptado para su propio uso. O bien él o alguien más se había quitado todo lo de valor para venderlo o borrar la identidad del portador.

Y ahora, estaba siendo fantasiosa. Si Marco hubiera sido prisionero de guerra, probablemente no hubiera tenido otra opción que robar cualquier cosa que lo mantuviera abrigado y al menos cubierto contra las inclemencias del tiempo. Solo los oficiales tenían dinero para enviar a sus sastres en Inglaterra a comprar un uniforme nuevo cada vez que uno se ensuciaba. Todos los demás tenían que arreglárselas en las largas marchas entre las batallas, tomando cualquier abrigo que fuera mejor que el suyo de cualquiera que tuviera la mala suerte de dejarlo atrás o morir con él.

Su *sastre*...

Estudió el abrigo con más atención. Alguien tenía que haberlo hecho. Si pertenecía a Marco, podría ayudar a identificarlo.

«¿Qué está buscando exactamente, señora Smith?», preguntó Dotty mientras Amelia le daba la vuelta al abrigo.

«Ver si hay una marca de sastre».

«¿De qué servirá eso?».

«Si encuentro una, puedo escribirle al sastre, describir a nuestro paciente y preguntarle si puede identificarlo».

«¡Qué idea tan inteligente, señora Smith! Nunca se me hubiera ocurrido algo así».

Amelia llevó el abrigo a la luz y continuó explorando las costuras con las yemas de los dedos hasta que encontró algo áspero cosido en el forro.

«Aquí hay algo» entrecerró los ojos para ver la pequeña costura negra, «hay una «S» mayúscula y una «t» minúscula».

«¿St?», repitió Dotty dubitativamente», ¿la abreviatura de ‘Saint’ algo?».

Amelia observó la fina costura del forro que nunca se suponía que se viera, lo que indicaba que el abrigo había sido confeccionado por un experto. «Si tuviera que hacer una suposición, diría Stultz, pero solo porque él es quien hizo los abrigos de mi hermano y él siempre quería lo mejor».

«¿Sabe dónde vive ese señor Stultz, señora Smith?».

«Está en Londres, Dotty. Tiene una tienda en Clifford Street. Le escribiré esta noche para pedirle ayuda», volvió a dar la vuelta al abrigo y lo dejó sobre la silla, «veamos el chaleco de Marco y para saber si tiene la misma marca. El señor Stultz probablemente sea demasiado famoso en estos días como para molestarse en hacer una petición así, pero nunca está de más preguntar».

Dotty empezó a doblar la ropa y Amelia se levantó para ayudarla.

«¿Por qué es famoso el señor Stultz?».

«Porque confecciona ropa para Beau Brummel y el Príncipe Regente, entre otros».

«¿El príncipe de Gales?», Dotty parecía emocionada y casi dejó caer la punta de la sábana, «¿cree que nuestro señor Marco es amigo de la realeza?».

«Lo dudo», Amelia dobló la funda de almohada en cuatro y la dejó sobre la pila, «pero, como dije, ¿quién sabe? Tal vez nuestro visitante resulte ser un apuesto príncipe disfrazado».

Mientras Dotty se unía a su risa, Amelia se preguntaba quién era realmente Marco. Si el abrigo le pertenecía y Stultz era su sastre, no era precisamente un hombre común. Dejando a un

lado ese pensamiento inquietante, tomó otra funda de almohada y se recordó a sí misma que no debía imaginar dificultades donde no las había.

Marco estaba bajo su cuidado. Cuando recuperara la memoria, abandonaría Highcliff y Dove Cottage y ella nunca volvería a verlo, que era como debía ser. Y tal vez, conociendo su infalible habilidad para meterse de cabeza en problemas, sería lo mejor para todos.

Capítulo 3: Capítulo Tres

Marco dejó caer las piernas por el borde de la cama y se levantó lentamente. El dolor de cabeza había desaparecido, tenía el estómago lleno y se sentía mejor que en años. ¿Cómo lo sabía, cuando no sabía dónde había estado?, eso era un misterio. Se estaba acostumbrando a tener pequeñas percepciones seguidas de un gran agujero negro de nada.

«¡Oh!».

Levantó la vista cuando la señora Smith entró por la puerta con una pila de ropa doblada. «Lo siento, no quise sorprenderla, señora».

Ella agarró la ropa contra su pecho y lo miró, con sus ojos grises muy abiertos.

«Es solo que nunca lo había visto de pie por sus propios medios. Es más alto de lo que pensaba».

«Probablemente sea porque me ha estado alimentando demasiado bien».

Ella lo miró con ojos de conocedora. «Bueno, no está tan delgado como cuando lo encontramos, pero sospecho que podría engordar varios kilos más antes de que nos veamos obligadas a soltar sus calzas».

Se encontró sonriendo de nuevo. Ella tenía un sentido del humor tranquilo y divertido que, si uno no tenía cuidado, podía pasar completamente desapercibido. En las dos semanas que la había conocido, había llegado a simpatizar muchísimo. Incluso había logrado hacerle reír en más de una ocasión, algo que sospechaba que no había sido capaz de hacer durante años.

«¿Tal vez me esté engordando como al ganso de Navidad?».

«Como estamos planeando alimentar a todo el pueblo con eso, esperaba que ahora tuviera el tamaño de un cerdo».

Se encontró sonriéndole. «¿Un cerdo, señora Smith? Tengo sentimientos, ¿sabe?, y creo que han sido lastimados».

Con una sonrisa flotando en la comisura de su boca, colocó la ropa sobre la cama y alisó las sábanas. «Si está decidido a levantarse hoy, necesitará su ropa», sacudió su abrigo, «su chaleco y sus pantalones están limpios, tiene medias nuevas, ropa interior y una corbata».

«Gracias», se acercó a ella y tocó la ropa cuidadosamente, «ojalá tuviera algún medio para recompensarle por todo su trabajo».

«Hay muchas tareas para manos ociosas en mi cocina, Marco. Estoy segura de que podemos encontrar algo para que usted pueda hacer», ella lo miró a la cara, «si no considera que el trabajo manual es indigno de usted».

«¿Por qué piensa eso?».

«Parece ser un noble».

Abrió las manos y le mostró sus palmas llenas de cicatrices. «Estas no son las manos de un hombre ocioso. Sea lo que fuere, estoy más que dispuesto a hacer cualquier cosa que me pida, señora Smith».

«Gracias».

Tocó la manga de la fina camisa de lino que estaba junto a sus pantalones. «¿La hiciste usted?».

«Con la ayuda de la tía Betty», su sonrisa era un poco forzada, «ya tenía las piezas cortadas cuando Matthew murió, así que fue fácil alterar las dimensiones y coser las costuras de la camisa».

«¿Era más grande que yo?».

«Era más grande que la mayoría de la gente. Sus compañeros soldados lo llamaban el Hombre Montaña».

«Entonces debió haber cortado la camisa considerablemente para que se ajustara a mi escuálido cuerpo», Marco sacudió los pliegues de la camisa. «Fue muy amable de su parte», dudó, «me imagino que debe haber sido difícil rehacer algo para otro hombre».

Se apartó de él y descorrió las cortinas. «Habría sido una pena haber desperdiciado la ropa de cama. Me alegro de haberle encontrado un buen uso». Ella asintió con la cabeza enérgicamente. «Cuando esté vestido, baje las escaleras hasta la cocina y podrá desayunar con nosotras».

Le abrió la puerta y ella salió, con la cabeza en alto, con los modales de una mujer acostumbrada a imponer respeto. Ella podría preguntarle por sus orígenes, pero los de ella lo fascinaban tanto como a él. A pesar de sus largas conversaciones, no había descubierto casi nada sobre su anfitriona, que parecía demasiado elegante para vivir en una pequeña cabaña en un pueblo remoto en la costa sur de Inglaterra.

Había conocido a muchas mujeres que seguían al ejército y a varias esposas de sargentos, y ninguna de ellas se parecía en nada a la señora Amelia Smith. Sin duda, tenía el ingenio y el sentido práctico de esa clase, pero ahí terminaban las similitudes. Nunca podría imaginarla peleándose por un hombre o compartiendo alegremente su alojamiento y su cuerpo con cualquier soldado que necesitara consuelo. Era toda una dama para hacer eso.

El sonido de las gallinas cloqueando para que las alimentaran en el jardín trasero lo hizo apresurarse a quitarse la camisa de dormir, lavarse con el agua ahora fría que Dotty le había traído antes y ponerse la ropa. Su nueva camisa le quedaba bien y sus pantalones se veían mucho mejor que en años. El único espejo era pequeño y estaba bastante bajo, así que se ató la corbata de memoria. Cuando se puso su maltratado abrigo rojo, le resultó tan familiar como su propia piel.

No había señales de sus botas, así que se puso sus nuevas medias de lana y bajó las escaleras. La cabaña no era muy grande y el olor a jamón y café lo guió directamente a la cocina, donde la señora Smith, su tía Betty y Dotty ya estaban sentadas a la mesa. Se le ocurrió que no tenía idea de cómo dirigirse a la señora mayor, salvo llamándola “tía”.

«Buenos días, Marco», la tía Betty le dio unas palmaditas en el asiento que estaba a su lado. «Venga y siéntese. Aquí no nos andamos con ceremonias. ¿Cómo se siente su cabeza esta hermosa mañana?».

«Muy bien gracias a sus medicinas, señora». Observó el banquete que se extendía ante él y se maravilló una vez más de su buena suerte.

«Sírvese un poco de jamón», lo instó la tía Betty, «hay avena en la olla si también quiere».

«Gracias», pinchó dos lonchas de jamón y una rebanada gruesa de pan y luego miró a la señora Smith que estaba sorbiendo su té. «Parece que ya ha matado a su cerdo, señora Smith».

«Por eso necesitamos otro, señor».

Dotty se aclaró la garganta. «No es nuestro cerdo, señor Marco. No tenemos espacio para uno. Este trozo vino de la vicaría a cambio de un poco de nuestra miel».

«¿Tienen colmenas?».

«Sí, tenemos», le respondió la señora Smith, «mi tía tiene un don con las abejas».

«Ya te lo he dicho antes, Amelia, si te tomas el tiempo de ir a hablar con ellas todos los días, nunca te harán daño y te darán toda la miel que puedas necesitar».

«Sin duda lo hacen. Somos realmente afortunadas».

La tía Betty le entregó a Marco un frasco de pepinillos amarillos. «Tome un poco de esto

con su jamón. Es excelente».

Después de disfrutar una segunda taza de café, Marco miró a la señora Smith desde el otro lado de la mesa. «¿En qué puedo ayudarla hoy, señora? Desde mi ventana noté que hay una pila de leña. ¿Necesitan leña para el fuego?».

Se mordió el labio inferior y lo observó con atención. «¿Está seguro de que desea realizar una tarea tan física en este momento, señor? Me preocupa que se vuelva a enfermar».

Intentó que su preocupación no la molestara. «Si la tarea resulta ser demasiado para mí, siempre puedo detenerme y hacer algo más relajante».

«Eso es cierto, pero creo que la mayoría de los hombres no admiten la derrota incluso cuando es obvio que no pueden completar una tarea».

Él la miró a los ojos. «No tengo ningún deseo de terminar de nuevo en la cama, señora Smith. Ya ha hecho bastante por mí. Juro que seré prudente y pararé si me siento cansado».

«Entonces, después del desayuno, Dotty le mostrará dónde guardamos la sierra y el hacha», se levantó y empujó su silla. «Tengo que ir al pueblo y hablar con la señora Sherringham sobre las flores para la iglesia el domingo».

Llevaba un sencillo vestido de muselina estampada en azul y su cabello castaño estaba trenzado en una corona en la parte posterior de su cabeza, lo que hacía que su cuello pareciera largo y elegante. No era el tipo de mujer que atrajera mucha atención en una multitud, pero su sonrisa era cálida y la inteligencia de su mirada lo hizo querer seguir mirándola.

Dotty comenzó a limpiar la mesa del desayuno. Marco se levantó para ayudar mientras la tía Betty parloteaba sobre todas las tareas que tenía la intención de realizar esa mañana. Era una escena tan pacífica que quiso pellizcarse para ver si todavía estaba soñando. La señora Smith regresó con su sombrero de paja y su chal. Llevaba una gran cesta sobre el brazo.

«No tardaré mucho. ¿Necesitamos algo del pueblo, Dotty?».

«No lo creo, señora. Más tarde, la chica de la lechería del terrateniente nos traerá mantequilla fresca y leche y yo iré a buscar algunos huevos».

«¿No necesita una escolta, señora Smith?», preguntó Marco.

Ella le hizo una reverencia. «Creo que estaré bastante segura, pero agradezco su preocupación».

«Pero...».

Ella le sostuvo la mirada. «Estaré bien. Es bastante seguro aquí, Marco, se lo aseguro».

Dio un paso atrás. «Supongo que sí».

Dotty apiló los últimos platos en el fregadero y se secó las manos en el delantal. «Vamos, señor Marco. Le mostraré dónde se guardan el hacha y la sierra».

* * *

En la oficina de correos, no se había recibido respuesta del sastre, el señor Stultz, pero Amelia recogió una carta para la tía Betty y un paquete de encaje fino que había encargado a través de la modista. Mientras caminaba de regreso por el sendero hacia Dove Cottage, miró hacia el cielo, donde se estaban reuniendo algunas nubes bastante negras en el mar, y aceleró el paso.

Las primeras gotas de lluvia la golpearon cuando abrió la puerta y rodeó la parte trasera de la casa para evitar que el barro entrara en el salón delantero. Se detuvo en la puerta trasera, consciente de un golpeteo rítmico que venía de la parte trasera del jardín. Dejó su canasta contra la puerta trasera y se dirigió hacia el sendero para encontrar a Marco cortando leña. Se había quitado la camisa y ella alcanzó a ver que tenía la espalda llena de cicatrices, una ligera capa de sudor que ahora resaltaba por la adición de las gotas de lluvia.

Cortaba leña con la facilidad de un hombre acostumbrado a realizar la tarea, sus músculos se movían suavemente a través de los movimientos. Por un momento, Amelia se permitió disfrutar de la vista de su cuerpo musculoso y del cálido aroma a hombre que emanaba de su piel.

«¿Marco?».

Se dio la vuelta tan rápido, con el hacha en alto para atacar, que ella instintivamente levantó la mano para protegerse la cara.

«¡Señora Smith!», dejó caer el hacha al suelo entre ellos», lo siento mucho. No quise alarmarla. ¿Está bien?».

Ella respiró profundamente, con las manos apretadas contra el pecho.

«Quería asegurarme de que entrara antes de que empezara a llover más fuerte».

Él miró hacia el cielo plomizo y se estremeció. «No me había dado cuenta».

«Odiaría que se resfriara», comentó ella.

Asintió y recuperó el hacha y la sierra. «Guardaré esto y entraré».

Señaló su pecho desnudo. «Quizá quiera ponerse la camisa antes de que lo vea Dotty».

«Me la quité porque no quería dañar la tela mientras cortaba la madera». Se frotó el esternón con una mano. «Pido disculpas si la he ofendido».

«No hace falta que me pida disculpas, he estado casada». Amelia se apartó antes de caer en la tentación de tocarlo. «Creo que nos espera una tarde tormentosa así que, por favor, no se quede aquí afuera».

«Sí, Sra. Smith».

Prácticamente volvió corriendo por el sendero, tropezando con sus faldas en su prisa por distanciarse de un hombre perfectamente sano y a medio vestir, que ni siquiera recordaba su propio nombre.

«Soy una mujer terrible», susurró para sí misma mientras empujaba la puerta trasera y entraba en la cocina donde Cook y Dotty estaban preparando la comida del mediodía.

«¿Cómo dice, señora?», dijo Dotty alegremente.

«Nada», Amelia dejó su cesta. «La señora Shaw tenía unos tarros de cuajada de limón, así que cogí uno y le di un tarro de miel a cambio».

«Entonces puedo preparar algunas tartas», Cook parecía casi aprobadora.

La puerta trasera crujió y Amelia huyó al pasillo y subió las escaleras hasta su dormitorio, cerrando y trabando la puerta detrás de ella. Se vio reflejada en el espejo de su tocador y consideró su apariencia de ojos desorbitados.

El problema de haber estado casada una vez y haber disfrutado de todos los privilegios de un hombre desnudo en su cama hacía que *no* tener uno fuera difícil de soportar. Extrañaba tener la piel de un hombre para tocar, su boca para besar, su...», con un gruñido, se quitó el gorro y el chal y los guardó.

Había lavado cada centímetro de Marco, había atendido sus heridas, le había sostenido una palangana cuando había vomitado, y sin embargo verlo allí de pie en su jardín sin camisa había despertado sentimientos dentro de ella que había asumido que habían muerto con Matthew. Y ahora se sentía sucia y desleal.

¿Marco había adivinado cómo se sentía? Se dio una palmada en las mejillas y se dio cuenta de que estaban ardientes. Rezó para que él no hubiera visto el interés evidente en sus ojos. Sería mortificante si lo hubiera hecho sentir incómodo en su compañía. Amelia se dejó caer en el borde de su cama y se quitó las botas embarradas.

Después de la muerte de Matthew, algunos de sus colegas se habían ofrecido a acostarse

con ella, explicándole que era un hecho bien conocido que una joven viuda estaría agradecida por la atención de cualquier hombre cuando su propio hombre estaba muerto. Ella había declinado con calma y cortesía todas esas invitaciones, disfrazando su horror interior ante la idea de volver a tocar a otro hombre. Y, sin embargo, allí estaba, recreando amorosamente en su mente la imagen de Marco blandiendo el hacha a través de la madera...

«¡Suficiente, Amelia Smith!».

Se puso de pie de un salto, se lavó la cara con agua fría y se puso las zapatillas. No demostraría que todos esos hombres tenían razón y se convertiría en una de esas mujeres que estaban dispuestas a hacer cualquier cosa simplemente para tener un hombre dentro de ella otra vez. No lo haría.

De todos modos, era demasiado mandona y simple para atraer a otro hombre. Con la cabeza en alto, abrió la puerta y bajó las escaleras hasta la cocina, donde la tía Betty estaba investigando el contenido de su cesta.

«Ah, ahí estás, querida. ¿Ha llegado algún correo? ¿Has tenido noticias del sastre del abrigo de Marco?».

Marco, que se había vuelto a poner la camisa y el abrigo, estaba sentado a la mesa. Levantó la vista.

«¿Qué pasa con mi abrigo?».

Deseando que su tía se fuera al diablo, Amelia se sentó frente a él. «Encontré una etiqueta de sastre en el forro de su abrigo y una marca a juego en su chaleco. Pensé en tratar de identificarlo a través de ellas».

«¿Sin consultarme?».

Había un tono de voz distintivo en su voz que la hizo sentarse derecha y perder todos los restos de su anterior incomodidad. «No estaba lo suficientemente bien como para consultarlo y ¿qué daño podría hacer?».

Dotty les sirvió un poco de té a todos. «Era una marca del señor Stultz, señor Marco, tenía una ‘S’ y una ‘t’. La señora Smith la encontró cosida en la costura».

«¿Stultz?», ahora él fruncía el ceño.

«Sí, de Clifford Street. ¿Es de ahí de donde vinieron sus uniformes?».

«No lo sé».

«Entonces, no podrá objetar si intento averiguarlo», intervino Amelia.

Se pasó una mano por la barbilla sin afeitar. «Lo siento. Estoy seguro de que hizo lo que creyó que era mejor».

Lo miró a los ojos. «¿No quiere que lo encuentren, Marco?».

«No estoy... seguro».

«Seguramente saber quién es tiene que ser mejor que no saberlo».

«Depende más bien de lo que haya estado haciendo durante los últimos dos o tres años, ¿no?».

«Como ya hemos hablado, señor, la guerra ha terminado y usted es libre de regresar a la vida que disfrutaba antes del conflicto. Haré todo lo que pueda para ayudarlo a lograrlo».

Él arqueó una ceja. «Aprecio su preocupación. No debe ser fácil para ninguna de ustedes tenerme aquí. Si desean que me vaya...».

«No dije eso», ella lo miró con asombro. «Estoy perfectamente feliz de que se quede con nosotras hasta que recupere la memoria».

«Yo también», añadió la tía Betty, «ahora, comamos la buena comida que nos ha preparado Cook antes de que se enfríe».

* * *

Por desgracia para la tranquilidad de Marco, durante la tarde el tiempo siguió empeorando, dejándolo incapaz de salir y reducido a caminar de un lado a otro por su habitación, como un animal enjaulado. Después de la cena, la tía Betty lo invitó a unirse a ella en el salón para jugar una partida de cartas, pero él ya había descubierto que no podía concentrarse lo suficiente como para jugar incluso a los juegos más simples. Y contar o recordar la secuencia de las cartas para juegos como el piquet eran algo que no podía hacer. Solo leer un libro le devolvía el dolor de cabeza.

Dijera lo que dijera la señora Smith, él sabía que era una carga para las damas. Ellas lo alimentaban y lo vestían y, aunque nunca se quejaban, se sentía como un intruso y un verdadero parásito. No tenía que recuperar la memoria para darse cuenta de que antes había inquietado a la señora Smith. Conocía lo suficiente a las mujeres como para saber que verlo con un hacha en la mano a centímetros de su rostro la había asustado. No debería sorprenderse. Había matado para ganarse la vida y no estaba seguro de si estaba en condiciones de seguir viviendo entre la gente común.

Los truenos retumbaban a lo largo de la costa, haciendo eco de la incertidumbre de su temperamento y la dolorosa presión en su cráneo. Los ecos de batallas pasadas hacía mucho tiempo y los gemidos y gritos de los moribundos lo hicieron anhelar algo que lo hiciera dormir sin soñar. Era eso o golpearse la cabeza contra la pared hasta que un dolor cancelara al otro.

Por fin, cuando la casa quedó en silencio, bajó las escaleras a rastras. Sabía dónde guardaba la tía Betty sus medicinas y que había un frasco de láudano entre sus remedios más prácticos. Un sonido en la cocina lo hizo buscar una pistola que ya no tenía hasta que se dio cuenta de que era solo el gato de la casa que se estiraba junto a las brasas brillantes del fuego de la chimenea.

Se tomó un momento para agacharse junto al gato Tom que ronroneaba y acariciar su cabeza pelirroja antes de caminar de puntillas hacia la despensa. El frasco de láudano estaba medio lleno. No creía que la tía Betty le negara una buena noche de sueño. Después de medir una dosis en una de las tazas de té que había sobre la cómoda, encontró la jarra de agua de pozo y la añadió a la mezcla.

Un relámpago seguido del estruendo de un trueno hizo temblar los cristales de la ventana y miró hacia los árboles, que se inclinaban con gracia ante el viento. Sonaba como un cañonazo, lo que hizo que su dolor de cabeza empeorara. El pestillo de la puerta trasera se soltó y Marco corrió para detener el golpe de la puerta contra la pared. Frunció el ceño mientras miraba la llave. ¿Por qué la señora Smith no había cerrado la puerta con llave como ella o la tía Betty hacían todas las noches antes de irse a dormir?

¿Había alguien ahí fuera? Mientras pensaba en ello, su mirada se dirigió a la ventana. Una mujer se recortaba contra el cielo negro, con el pelo colgando por la espalda mientras caminaba por el sendero hacia el fondo del jardín.

Sin pensarlo más, Marco fue tras ella, encogiéndose cuando el trueno retumbó justo sobre su cabeza y el relámpago iluminó su esbelta figura.

«Señora Smith», ella no pareció oírlo, lo que no era sorprendente dado el ruido de los truenos y el aullido del viento. «¡Señora *Smith*!».

Se giró a medias hacia él, con la boca abierta y una mano presionada contra su pecho.

«Váyase, Marco».

Se acercó tres pasos. «No debería estar aquí afuera. Podría...».

«Sé lo que me podría pasar», ella se estremeció. «Por eso tengo que afrontarlo».

«No tiene sentido. Tienes que entrar», le gritó la orden.

«Iré cuando esté lista».

La alcanzó, la agarró de la muñeca y la atrajo hacia sí. Su camisón estaba mojado y al instante quedó pegada a su pecho, lino mojado contra lino mojado, su calor contra su frialdad.

«No juegue, señora Smith».

Envolvió su mano alrededor de su muñeca y tiró de ella inútilmente. «No tiene derecho a decirme qué hacer. Si quiero permanecer en medio de una tormenta, no puede detenerme».

«Puedo levantarla sobre mi hombro como un saco de carbón si es necesario y llevarla adentro».

Tragó saliva con fuerza. «Tengo miedo a las tormentas».

«Entonces, ¿por qué en nombre de Dios estamos discutiendo sobre esto?».

Se desplomó contra él. «Porque odio tener miedo. Quiero dejar de encogerme bajo mis sábanas cuando es así».

Él le ahucó la barbilla. «¿Al menos entrará y hablará de esto antes de que nos ahogemos los dos?».

«Puede volver adentro cuando quiera, señor».

Con una maldición ahogada, se agachó, la levantó en brazos y caminó de regreso por el camino hacia la cocina. No se detuvo, sino que siguió subiendo las escaleras hasta que abrió de una patada la puerta de su dormitorio y la arrojó sobre la cama. Ella le mostró los dientes mientras él cerraba la puerta y se apoyaba en ella.

«Me salvó la vida, señora Smith. No puedo dejar que se quede ahí fuera».

«Y no puedo estar de acuerdo con usted, señor».

Se mordió el labio inferior tembloroso y cruzó los brazos sobre el pecho, pero no antes de que él notara que sus pezones estaban duros contra la tela húmeda. Sabía que debía irse, pero no podía dejar de mirar la forma en que su figura curvada se revelaba por la tela ceñida. Se lamió los labios. ¿A qué sabría su piel mojada por la lluvia y la sal del mar?

«No... me mire así».

Se apoyó contra la puerta, consciente de que su ropa también revelaba su lujuria inesperada e inoportuna.

«¿Así cómo?».

«Como si no pudiera decidir si querer estrangularme o...», de repente dejó de hablar.

«¿O acostarme con usted?», preguntó Marco.

Ella asintió.

«¿Y si dijera que tampoco puedo decidir eso?».

Ella se estremeció violentamente y él se apartó de la puerta y se agachó junto al fuego. «Necesita calentarse». Colocó varios trozos más de madera sobre las brasas y añadió algunos trozos del preciado carbón. «También tiene que quitarse esa ropa mojada y meterse en la cama.

«Usted también».

Se mantuvo de espaldas a ella, tratando desesperadamente de ocultar la evidencia de su excitación. «¿Puedo buscarle otro camisón o algo para envolverse?».

Hubo un silencio detrás de él seguido de suaves crujidos. Cerró los ojos para no imaginarse a ella quitándose la ropa. ¿Y si le sugería que se desnudara y se envolviera a su alrededor? Dios, quería hacerlo. Quería enterrarse dentro de su calor y quedarse allí para siempre...

«¿Marco?»

Él se ocupaba de ordenar las cenizas. «¿Sí?».

«Lo siento».

«No importa», se puso de pie manteniendo la mirada en el fuego. «Todos tenemos nuestras

batallas que pelear y nuestros demonios que vencer».

Se había quitado el camisón mojado y se deslizó entre las sábanas dejando solo sus hombros desnudos a la luz del fuego y su cabello cayendo sobre un hombro. Se veía hermosa.

«Una noche en Portugal, vi a un hombre muerto por un rayo justo frente a mí», ella negó con la cabeza. «Fue... horrible. Desde entonces he tenido un miedo mortal cuando hay una tormenta».

«Entonces, ¿por qué no quedarse adentro y estar a salvo en su lugar?», se arriesgó a mirarla otra vez.

«Porque ya no quiero vivir así. Escondiéndome de todo lo que temo, escondiéndome aquí en Dove Cottage», suspiró, «quería enfrentarme a la tormenta y vencerla».

«Y yo la detuve».

Se encogió de hombros. «Llevaba allí bastante tiempo. De todos modos, estaba a punto de entrar cuando llegó».

Puso la mano en el pestillo de la puerta. «Me alegro de que haya superado su miedo».

«¿Marco?».

«¿Sí, señora Smith?».

«Gracias».

Mantuvo la mirada fija en el panel de la puerta pintado de blanco. «¿Por qué?».

«Por comprender».

«Buenas noches, señora Smith».

Salió al rellano y volvió a la cocina, donde había dejado su taza de láudano. Se la bebió de un trago y se retiró a su dormitorio. El fuego todavía estaba caliente, y solo le llevó un momento quitarse la camisa y los pantalones húmedos y ponerlos a secar.

Mientras se deslizaba entre las sábanas, sintió el primer tirón del láudano en sus sentidos. Envolvió una mano alrededor de su pene todavía excitado y se permitió caer en un sueño placentero en el que compartía la cama con Amelia Smith. Tal vez nunca sucedería, y por Dios que no debería suceder, porque era un vagabundo sin nombre ni tierras, pero era mucho mejor que sus otros sueños.

Se la imaginaba de cara a la tormenta, con su expresión salvaje, y luego se imaginó a sí mismo detrás de ella, empujándola mientras el trueno rugía y los relámpagos la iluminaban. Parecía una persona diferente en el jardín. ¿Podría hacer que lo mirara así?

Gimió mientras su pene palpitaba con una necesidad urgente y apretó su agarre. O el láudano lo arrastraría hacia abajo o su liberación inminente lo haría. En ese momento, simplemente ansiaba el olvido.

Capítulo 4: Capítulo Cuatro

«¿Puedo hablar con usted?».

Amelia se aclaró la garganta y se sentó junto a Marco mientras él observaba la marea matinal subir desde las alturas del acantilado más allá de la cerca de la cabaña. La tormenta había amainado; el cielo y el mar estaban relativamente tranquilos con pequeñas olas de cresta blanca que se apresuraban hacia la orilla y chocaban contra la playa de guijarros. Se había quitado el abrigo y estaba sentado sobre él. Tenía una rodilla doblada cerca del pecho y la barbilla apoyada en los brazos cruzados.

Se sentó junto a él y observó hacia el mar hasta que pudo formar una frase coherente.

«Me gustaría explicarle sobre mi comportamiento de anoche».

Él no la miró; su mirada azul se entrecerró a la luz.

«No es necesario».

«Es totalmente necesario. Debe haber pensado que me estaba comportando como una loca».

«Creo que ya hemos hablado de este asunto. Entiendo por qué quería enfrentarse a su miedo».

Finalmente la miró.

«¿Qué quiso decir cuando mencionó que se estaba escondiendo de algo más que de la tormenta?»

Suspiró. «Vine aquí después de que Matthew muriera. Necesitaba un lugar donde pudiera llorar en paz su pérdida».

«¿Y ahora?».

Se envolvió más fuerte el chal. «Me siento extrañamente atrapada, como si la vida siguiera sin mí».

«¿Sigue de luto?».

«Nunca olvidaré a Matthew, pero cada vez me resulta más difícil imaginarlo aquí, verlo con claridad. Odio eso. He aprendido que el paso del tiempo puede ser cruel y amable con los que se quedan atrás. Él odiaría verme así, tan callada y desinteresada».

«¿Tiene otros familiares a los que quizás pueda visitar o con los que pueda vivir una parte del año?».

«En realidad, no», para su alivio, él no le hizo más preguntas. Ella se quedó mirando fijamente al mar. «Pensé en convertirme en maestra o en algo útil».

«Sería buena en eso».

«Gracias». Se arriesgó a sonreírle y lo encontró mirándola. Su mirada azul se oscureció mientras la observaba.

«Quería besarla anoche».

Ella se lamió los labios. «¿Cuándo?».

«Cuando estaba peleándose conmigo en el jardín».

«¿No cuando me tenía a su merced en mi dormitorio?».

Se levantó y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie. «No, entonces quise hacerle el amor».

Se levantó para mirarlo de frente, y él mantuvo su agarre en su mano, con su mirada intensa.

«Oh».

«Ahora es cuando debería abofetearme y marcharse».

«¿Por qué haría eso?».

Su débil sonrisa se apagó. «Porque no tengo nada que ofrecerle. Ni siquiera tengo un nombre. Aceptar a un hombre así en su cama sería una tontería, y sé que no es tonta, señora Smith».

«Salí en medio de una tormenta en camisón».

«Porque es una mujer valiente y aguerrida que quería enfrentar sus miedos, no porque sea una tonta».

Tragó saliva con fuerza. «No puedo ofrecerle nada, y podría dejarla embarazada. No le haré eso».

Había una nota de firmeza en su voz que hizo que Amelia buscara su calma y sentido común duramente ganados.

«Entonces, tal vez deberíamos interrumpir esta conversación y regresar a la cabaña», forzó una sonrisa. «¿Le gustaría acompañarme a la vicaría y conocer al señor Sherringham y a su esposa?».

Él hizo una reverencia y le besó los dedos. «Estaré encantado de hacerlo, señora».

Caminaron de regreso a la cabaña en silencio. Marco sostuvo la puerta de la cocina abierta para ella, y ella casi se estrelló contra la tía Betty que venía directamente hacia ella.

«¡Oh, querida, Amelia, estaba viniendo a buscarte! ¡La cosa más calamitosa!».

«¿Qué sucede?».

Amelia guió a la mujer mayor para que se sentara a la mesa y se sentó a su lado. Marco se sentó también.

«¡La carta!», agitó algo en la cara de Amelia.

«¿De quién es?».

«Mi abogado. Su hijo se ha hecho cargo recientemente del bufete. Nunca he conocido a ese hombre. No parece muy comprensivo con nuestra situación».

«¿Qué dice que te ha molestado tanto?».

«¡Dice que el hermano menor de Matthew está tratando de quebrantar el testamento y recuperar esta casa!».

Amelia tomó la carta de la mano temblorosa de Betty. «¿Puedo leer sus palabras exactas?».

«Adelante. No cambiaré nada». Apareció el pañuelo de Betty y se secó los ojos. «¿Qué será de nosotros? ¿Dónde viviremos?».

Amelia leyó la carta con atención y luego se la pasó a Marco.

«No estoy segura de que Jonathan pueda revocar el testamento, tía. Tendría que llevar el asunto ante los tribunales y eso cuesta dinero».

«Pero el Sr. Wilkes hijo está diciendo que Jonathan podría tener una causa justa porque el Sr. Wilkes *padre* interpretó los dictados del testamento de manera demasiado liberal y a mi favor».

«Eso no significa que Jonathan tendrá éxito. Él te quiere mucho».

Amelia miró a su tía. «Tal vez deberíamos escribirle las dos y averiguar qué pasa».

«Lo haré de inmediato», declaró la tía Betty, «estoy segura de que se trata de un error».

Recogió la carta y desapareció por el pasillo murmurando para sí misma. Amelia la siguió con la mirada hasta que oyó que se cerraba la puerta del salón.

«¿Cree que Jonathan Smith tendrá éxito?».

La tranquila pregunta de Marco hizo que Amelia se sentara más derecha. «No lo sé. Jonathan es un empleado de alto rango en una compañía naviera a unos quince kilómetros de aquí. Es el padre de una familia numerosa y en crecimiento, y su esposa es una arpía».

«Así que ella podría ser la que está presionando para este cambio».

«Me lo imagino», suspiró, «ella solo está haciendo lo que cree que es mejor para el futuro de su familia. No puedo decir que la culpo».

«Es demasiado amable», se puso de pie, ¿aún desea ir a la vicaría o tiene la intención de escribir su carta primero?».

«Prefiero dar un paseo que sentarme aquí y preocuparme».

«Entonces, me pondré las botas».

* * *

En menos de un cuarto de hora, Marco estaba paseando junto a la señora Smith disfrutando de la frescura del aire del mar y la sensación de libertad. Fuera lo que fuese lo que le había sucedido en los últimos años, sabía que esos hábitos pacíficos, como caminar por el campo, le habían sido negados. Nunca más olvidaría apreciar las pequeñas cosas que hacían la vida más llevadera.

Y tal vez volver a visitar el pueblo donde lo habían encontrado podría estimular su mente y recordar algo importante, como por qué lo habían dejado allí o quién era. La frustración de no saber nada lo estaba poniendo nervioso. Si pudiera recuperar algo de sentido de sí mismo, podría abandonar el santuario de Dove Cottage y volver a abrirse camino en el mundo. Si se quedaba mucho más tiempo, tal vez nunca quisiera irse...

«Los Sherringham son una pareja bastante agradable. Él tiende a la pomposidad y ella suele soltar lo primero que se le viene a la cabeza, pero no tienen malas intenciones».

Él le sonrió, sacándolo de sus pensamientos desesperados. «Es usted notablemente franca, señora Smith».

«Sobreviví en una compañía de soldados durante demasiado tiempo. Olvidé cómo ser algo más que directa y sincera», ella se encogió de hombros, «me esfuerzo mucho por ser educada con todos».

«Excepto conmigo».

Ella lo miró. «Usted también es un soldado y un hombre directo. A veces, cuando estoy con usted, me olvido de actuar como una viuda respetable».

«Me alegro de eso», dudó él, «todavía me resulta difícil desenvolverme en inglés. Descifrar lo que la gente *quiere decir* en contraposición a lo que dicen está resultando más difícil de lo que esperaba».

«Entonces, tal vez también debería dejar de burlarme de usted».

«Por favor, no lo haga», dejó que su mirada siguiera a lo largo del camino surcado, accediendo automáticamente a la posibilidad de una emboscada, «me dice la verdad. Valoro eso inmensamente».

Emboscada...

Se detuvo cuando el recuerdo de los rifles disparando en un paso de montaña resonante y los gritos de sus compañeros lo estremecieron con minuciosos detalles sangrientos.

«¿Marco?».

Ella había tomado su puño cerrado entre sus manos y estaba frotando sus dedos.

«Acabo de recordar algo», dijo él.

«¿Qué?».

«Hubo una emboscada en el alto paso de montaña. No recuerdo nada después de eso».

«Quizá fue entonces cuando lo tomaron prisionero», ella siguió sosteniendo su mano. «¿Desea regresar a Dove Cottage?».

Él respiró profundamente. «No, creo que ahora estoy bien», empezó a caminar de nuevo y automáticamente colocó la mano de ella en el hueco de su brazo. «He aprendido a no forzar mis

recuerdos. Rara vez ayuda, y termino con dolor de cabeza».

«Qué horrible para usted».

La vicaría apareció a la vista junto al alto campanario de la iglesia de piedra gris. La casa estaba construida con la misma piedra, pero era de una fecha mucho más reciente. La señora Smith abrió la puerta y esperó a que él se uniera a ella en el camino.

«Es una iglesia hermosa», Marco intentó hablar con normalidad.

«La original es normanda y el campanario es una adición reciente. No me gusta demasiado, pero a los feligreses parece gustarles. La vicaría fue reconstruida por el señor Sherringham, quien seguramente le mencionará que es el cuarto hijo del primo de un conde, así que prepárese para quedar debidamente impresionado».

Marco sonrió, «lo recordaré».

«Después de que hayamos hecho nuestra visita aquí, podemos ir al pueblo propiamente dicho para enviar la carta de la tía Betty y ver si tenemos correo».

«Eso suena muy agradable, señora Smith».

Ella lo miró. «Sus modales son bastante exquisitos, Marco. Sospecho que la señora Sherringham tenía razón, ya que no es un hombre común en absoluto. ¿Recuerda a qué escuela asistió?».

Consideró la pregunta mientras ella llamaba a la puerta principal. ¿Había ido a la escuela?

«Creo que fui a algún lado. Tengo vagos recuerdos de otros niños y de haber sido golpeado...», dejó de hablar cuando otros recuerdos más recientes de palizas salvajes lo abrumaron. Se agarró al marco de la puerta y presionó los dedos con fuerza contra la madera para evitar caer en la oscuridad.

«¿Marco?», se estremeció cuando una mano fría le tocó la mejilla, «lo siento mucho, ¿está bien?».

Se concentró en clavar las uñas en la madera hasta que le dolieron y respiró profundamente varias veces.

«Estoy bien. Pido disculpas por preocuparla».

La puerta se abrió de repente y se encontró mirando fijamente el rostro preocupado de una joven doncella con una cofia blanca impecable.

«Oooh, ¿está bien, señora Smith?» preguntó la chica.

«Creo que la caminata lo ha cansado un poco, Mabel. Tal vez deberíamos llevarlo al salón».

La señora Smith lo tomó del codo con firmeza y lo condujo a una habitación grande y elegante que daba a la parte trasera de la casa.

«Buenas tardes, señora», Marco apenas podía oír su voz tranquila mientras lo sentaba en la silla más cercana. «¿Puedo pedirle su indulgencia mientras atiende a Marco? Sus fuerzas lo han abandonado momentáneamente».

«¡Oh, Dios!», miró hacia arriba cuando una mujer pequeña se acercó a él, con las manos entrelazadas sobre el pecho. «No se está enfermando de algo, ¿verdad? Porque tengo que pensar en mis queridos hijos».

«No, no está enfermo. Solo un poco abrumado por el calor. Estoy segura de que estará bien en un minuto o dos».

Deseaba tener la confianza de la señora Smith en su capacidad para recuperarse. Todo lo que quería hacer era arrastrarse de nuevo a la cama, taparse la cabeza con las sábanas y fingir que el mundo ya no existía. Después de un momento, logró levantar la cabeza y se obligó a saludar a los demás en la habitación.

«Me disculpo», murmuró. «La caminata me cansó más de lo que esperaba».

Una taza de té fue colocada a su lado, y la Sra. Smith le dio una palmadita en el hombro. «Tome un poco de té, señor. Se sentirá mucho mejor en un momento».

Hizo lo que ella le dijo simplemente para tener algo en qué ocupar sus manos. Pero después de unos sorbos del té altamente endulzado, comenzó a sentirse mejor.

«Gracias», se arriesgó a sonreír a su anfitriona que estaba sentada mirándolo ansiosa desde el borde de su silla. «Lo agradezco. Me disculpo nuevamente, Sra. Sherringham».

«Me alegro de que esté bien, Sr. Marco», ella se estremeció. «¿Qué horrible habría sido si se hubiera desplomado en la caminata cuando la pobre Amelia era la única persona con usted?».

Supuso que Amelia habría encontrado una manera de salvarlo, pero se abstuvo de decirlo y simplemente estuvo de acuerdo con su anfitriona. Después de otra taza de té, pudo sentarse y participar más en la conversación, que consistía principalmente en las quejas de la señora Sherringham y las condolencias de la señora Smith. Había conocido a muchas mujeres como la señora Sherringham, hermosa, pero un poco vacía de mente, centrada en su familia y su marido en lugar de en los aspectos más complicados de la política o las guerras. La mayoría de los hombres preferían que sus mujeres fueran así. Él siempre había preferido una mujer que dijera lo que pensaba. Como su abuela...

Otra pista de su existencia anterior, una imagen de una mujer que se parecía bastante a él, que desapareció al instante. Le gustaría la señora Smith. Estaba bastante seguro de eso.

Al cabo de un rato, el vicario llegó para estrecharle la mano y sorprenderse por su recuperación. También le ofrecieron una selección de periódicos recientes para que se los llevara a la cabaña, que aceptó con la gratitud necesaria. Todavía era difícil leer sin que le doliera la cabeza. Peor aún, a veces las palabras flotaban y no tenían sentido. Pero necesitaba entender lo que estaba pasando en su mundo; le resultaría más fácil marcharse y decidir qué hacer. También podría haber pistas importantes sobre su identidad; aunque no estaba seguro de su clase social, todos los demás parecían estar convencidos de que era un noble.

Finalmente, la señora Smith se levantó y ambos fueron escoltados hasta la puerta. Hizo una mueca y se protegió los ojos con la mano cuando el dolor de cabeza comenzó de nuevo cuando salieron a la luz del sol.

«¿Desea regresar a Dove Cottage?», la señora Smith puso su mano sobre el brazo de él, con expresión preocupada.

«No hay necesidad de hacer alboroto. Vayamos al pueblo y enviemos la carta de la tía Betty».

La rápida retirada de su mano y la inclinación de su barbilla le indicaron que debía haberle contestado con bastante rudeza. Ella se volvió hacia el pueblo y comenzó a caminar sin esperarlo. Él la alcanzó, con su paso más largo devorando fácilmente la distancia entre ellos.

«Le pido disculpas, señora Smith».

«Aceptadas».

Ella no lo miró y él no podía ver su rostro con claridad a la sombra de su sombrero. El paseo fue misericordiosamente corto. Decidió esperar fuera de la oficina de correos y del almacén general, se apoyó contra la pared y observó la calle tranquila. No recordaba el pueblo en sí, a pesar de que le habían dicho que lo habían encontrado boca abajo al costado de la carretera que lo atravesaba. Se preguntó si alguien podría reconocerlo, pero el tiempo pasó y nadie parecía conocerlo.

Cuando apareció la señora Smith, se enderezó y le ofreció el brazo. Esta vez, ella se colocó el bolso sobre el codo y metió la mano en el hueco de su brazo. Caminaron de regreso en silencio, pero a él no le importó. Le permitía apreciar la belleza del cielo de la tarde, los cantos

de los pájaros y el suave murmullo del mar debajo de los acantilados.

Era el día en que Cook solo trabajaba la mitad del día y cuando entraron en la cocina, solo Dotty estaba allí poniendo la mesa.

«Buenas tardes, señora Smith, señor Marco. Cook nos dejó pastel de conejo y en la despensa hay un plato de compota de manzanas con la crema que envió la lechería».

La señora Smith se quitó el sombrero. «Eso suena delicioso, Dotty».

«¿Quiere un poco de té, señora? Iba a prepararle una taza a la señora Betty».

«Sí, por favor», rebuscó en su bolso y sacó dos cartas, tendiéndole una a Dotty. «Por favor, entrega esto a mi tía», le entregó la otra a Marco. «Esta es para usted».

«¿Cómo puede ser?».

«Es del señor Stultz».

«Está dirigida a usted».

«Y lo que contiene no es asunto mío», le sonrió, «¿por qué no se sienta y toma una taza de té mientras lee su carta? Voy a subir a cambiarme».

Capítulo 5: Capítulo Cinco

«¡Jonathan y su esposa vienen de visita, Amelia!», la tía Betty pasó la carta por la mesa, apenas evitando la bandeja de las tostadas. «¿Crees que tienen la intención de echarme?».

Amelia leyó la carta y luego levantó la mirada hacia su tía. Estaba mucho más interesada en el contenido de la carta de *Marco*, pero él no la había mencionado en dos días. No es que la tía Betty hubiera ofrecido a ninguno de los dos la oportunidad de decir más que unas pocas palabras todavía, tan grande era su consternación. «No creo que esa sea su intención, pero si estás preocupada, tal vez podrías sugerir reunirte con ellos en algún lugar más neutral, como la vicaría o la oficina de tu abogado».

«¡Pero entonces podrían ofenderse! ¿Y cómo diablos piensan que pueden quedarse aquí? Con Marco ocupando el dormitorio de invitados no tenemos dónde ponerlos».

«Lo cual es otra buena razón por la que podrías sugerir que se queden en la posada o busquen habitación en la vicaría», dijo Amelia con paciencia.

«Me mudaré de mi habitación. No deseo entrometerme en este asunto privado de la familia», dijo Marco.

Amelia miró a Marco, que había estado comiendo en silencio su avena. «Es muy amable de su parte ofrecerlo, pero el punto es...».

Él levantó la mano, «el punto es que me he quedado más tiempo del debido. Debí haber tomado mi camino hace una semana».

«¿Camino adónde?», Amelia lo miró fijamente, «todavía no sabe quién es ni de dónde viene».

«Tengo una pista», sacó la carta de Stultz de su bolsillo y comenzó a leer en voz alta. «El señor Stultz lamenta no poder revelar información personal de esa naturaleza a cualquier investigador casual, pero puede confirmar que no hay nadie que patrocine su negocio con el nombre o apellido de Marco. Atentamente, Sr. Algernon Brown. Secretario».

«Entonces volvemos al punto de partida», comentó Amelia.

Marco continuó leyendo como si no hubiera hablado. «Sin embargo, contamos con varios clientes en nuestra lista con nombres similares a Marco. Si su caballero desea hacernos el honor de visitar nuestro establecimiento, podríamos reconocerlo o encontrar su nombre en nuestra lista de clientes».

«¿Entonces tiene la intención de ir a Londres para ver si el señor Stultz lo reconoce cuando pase por su puerta?».

«Sí».

«¿Aunque crea que no ha frecuentado estas costas durante muchos años y que ha cambiado considerablemente?».

Dejó la carta. «Señora Smith, ¿por qué lo hace tan difícil? Supuse que estaría encantada de librarse de mí».

«Entonces estaba muy equivocado», ella prácticamente lo miró con enojo desde el otro lado de la mesa.

«Amelia, querida, me estás provocando indigestión. ¿Podemos volver al asunto en cuestión y decidir qué debemos hacer con Jonathan?», la voz de la tía Betty temblaba y Amelia se sintió terrible de inmediato.

«No hay nada de qué preocuparse, mi querida tía Betty». Marco se volvió hacia la tía y le dio una palmadita en la mano. «Puede invitarlos a quedarse aquí. Voy a Londres a ver al señor

Stultz».

«¿Y cómo piensa lograrlo sin dinero para pagar el billete de autobús?», insistió Amelia y fue recompensada por un destello de exasperación en los ojos azules de Marco.

«Jem Harris ha accedido a llevarme en su carruaje cuando mañana vaya a la cervecería de Londres. Lo ayudaré a cargar y descargar los barriles».

«Entonces tendrá que irse muy temprano», Amelia, que no estaba dispuesta a admitir la derrota, se dio la vuelta, «¿a qué hora llega Jonathan, tía?».

«Creo que al mediodía. Traerá a ese nuevo abogado con él, lo que no augura nada bueno para nuestro futuro, ¿verdad?».

Amelia forzó una sonrisa tranquila. «Estoy segura de que todo irá bien. Por favor, no te preocupes demasiado».

Se disculpó y subió las escaleras, deteniéndose en la puerta abierta del dormitorio de Marco para observar lo ordenado que mantenía todo.

«Señora Smith».

Él se le acercó por detrás, su cálido aliento lo sintió en el cuello. Se dio la vuelta y lo encontró mucho más cerca de lo que había previsto y se apoyó contra el marco de la puerta.

«¿Qué?».

«Por favor, no se enoje conmigo», la estudió durante un largo momento. «Tengo que descubrir quién soy».

«Lo entiendo».

Él le ahuecó la barbilla. «Pero se preocupa por mí. No lo merezco», su mirada se suavizó, «se preocupa demasiado por todos».

«Está equivocado».

Su pulgar trazó una línea a lo largo de su pómulos. «No, no lo estoy. Solo deseo ser digno de su atención».

«Descubrir quién es no lo cambia, Marco», ella forzó una sonrisa. «Ya sé que es un buen hombre».

Él se inclinó y la besó suavemente en la frente. «No lo sabe, pero aprecio la confianza que tiene en mí», se apartó. «Cuando descubra quién soy, es posible que no desee volver a estar cerca de mí».

«Lo dudo».

«Podría ser un ladrón o un desertor, alguien a quien su difunto esposo habría escupido y dejado pudrirse al costado del camino».

«No puedo creerlo, señor», hizo una pausa, «si realmente fuera un hombre malo, sospecho que ya habría regresado a sus costumbres malvadas. Un leopardo no puede cambiar sus manchas».

«Todavía no recuerdo lo suficiente como para estar de acuerdo o en desacuerdo con usted en eso», hizo una mueca, «pero uno pensaría que uno conoce la naturaleza esencial de su propio ser. Todo lo que veo es evidencia de un hombre que ha vivido un pasado violento».

«Como todos los soldados que han defendido su nación soberana».

«Gracias por eso», él exhaló muy lentamente, «realmente es una mujer notable, señora Smith».

«Soy simplemente una pragmática».

«Lo cual aprecio mucho en mi actual estado de descontrol».

Ella vaciló, «volverá, ¿cierto?».

«¿Mañana?», al ver su asentimiento, él sonrió. «Sí, por supuesto. ¿Después de eso?», se

encogió de hombros, «bueno, eso dependerá de lo que descubra, ¿no?».

* * *

«Es bastante pequeño, Jonathan, mi amor», la voz de la señora Smith se elevó más cuando concluyó la visita a Dove Cottage que había solicitado después de que el abogado se fuera.

La tía Betty emitió un sonido ahogado en su pañuelo y miró desesperanzada a Amelia.

«Siempre podemos ampliar la casa, querida. Hay mucho espacio alrededor», Jonathan golpeó una de las vigas con un gesto de propiedad.

«¿Le gustaría un poco de té, señora Smith?».

«Eso sería encantador, ¿no cree, Jonathan?».

«Sí, querida».

El cuñado de Amelia sonrió y se sentó junto a su esposa, evaluando con la mirada el tamaño de la habitación y la calidad de los muebles. O eso era lo que sentía Amelia. No se parecía en nada a su difunto esposo, era unos centímetros más bajo, de cabello oscuro y de un carácter mucho menos alegre. Había elegido quedarse en Inglaterra con su padre cuando su hermano mayor había seguido a su madre de regreso a Pensilvania. Como resultado, Matthew no lo había conocido muy bien, pero nunca había tenido nada malo que decir sobre él.

Con un sonido ahogado, Betty desapareció en la cocina, dejando a Amelia en silencio. Jonathan se aclaró la garganta.

«Me sorprende encontrarte aquí todavía, Amelia. Supuse que ya habrías regresado con tu familia».

«Mi familia no me habla, Jonathan, y Betty me rogó que me quedara y le hiciera compañía. Su pensión y la mía pagan las cuentas».

«Seguramente si tu familia supiera de la muerte de Matthew estarían dispuestos a ofrecerte un hogar».

La mirada perspicaz de Jonathan se posó en ella y ella levantó la barbilla.

«Pensé que tenía un hogar aquí con la tía Betty».

Suspiró.

«Amelia, querida, la cabaña supuestamente fue dejada a ti y a Betty en circunstancias bastante peculiares que fueron malinterpretadas por el abogado de la familia. No deseo arrastrar el asunto a los tribunales, pero la propiedad de Dove Cottage en realidad estaba dividida entre Matthew y yo. Matthew nunca alteró su testamento y le dejó su parte a Betty, no a ti, así que legalmente la mitad de la cabaña ahora me pertenece a mí y la otra mitad a Betty».

«Y tenemos una familia numerosa, Amelia. Muriel Smith se puso la mano en el estómago. —Y otra en camino.

«¿Así que quieres echarme a mí y a Betty?

«¡Oh, no! Deseamos que Betty se quede aquí con nosotros».

«Pero yo no». Amelia sintió una sensación de hundimiento en la región del estómago.

Jonathan le sostuvo la mirada con su voz amable. «Tienes otras opciones, Amelia».

«¿Y qué garantía tengo de que si me voy no abandonarás a Betty?».

«Formalizaré el acuerdo con mi abogado para que Betty pueda residir aquí hasta que muera. El testamento de mi padre establece que cuando Betty muera, la propiedad de la cabaña pasará a ser mía». Se reclinó en su silla. «No hay necesidad de tomar la decisión hoy, querida. El alquiler de nuestra cabaña en Greenwood está pagado hasta el próximo día del trimestre, por lo que no podremos mudarnos hasta entonces».

Eso le daba unas cuatro semanas para encontrar otro lugar donde vivir... Ella asintió como si estuviera agradecida. «Gracias», se levantó de su asiento. «Si me disculpas, iré a ver qué ha

pasado con ese té».

* * *

«Te necesitaré de vuelta a las cuatro», Jem le dio una palmada en la espalda a Marco y le entregó una moneda, «ve a buscarte una pinta y algo de comer».

«Lo haré», Marco dudó mientras observaba las calles abarrotadas. «¿Sabes por casualidad cómo llegar a Clifford Street?».

Cinco minutos después, caminaba por las calles hacia su destino. A medida que se acercaba, las calles se ensanchaban y volvían a estar pavimentadas y la calidad de los caballos y de las personas mejoraba drásticamente. Tenía la vaga sensación de que conocía muy bien esas calles. Giró hacia Clifford Street y caminó por ella, consciente de que los elegantes caballeros lo evitaban y lo miraban con sospecha.

Parecía que un soldado mal vestido ya no recibía el respeto que uno podría haber imaginado después de derrotar a un emperador francés. En verdad, la mitad de los hombres que había visto mendigando en las calles tenían aspecto de exmilitares, lo que, en su opinión un tanto parcial, era vergonzoso.

Localizó el negocio de Stultz y, quitándose el sombrero prestado, entró en la tienda. Sonó el timbre de la puerta y un joven inmaculadamente vestido se acercó a él.

«Las entregas se hacen en la parte de atrás».

«No voy a entregar nada».

El vendedor se burló. «Tampoco le estamos dando trabajo a gente como usted, así que márchese».

Marco se mantuvo firme y miró al hombre a los ojos. «Quiero hablar con el señor Brown, el asistente del señor Stultz. He recibido una carta suya».

«Déjela aquí».

«Preferiría dársela yo mismo».

Algo en el tono frío de Marco finalmente pareció inquietar al vendedor. «Quédese junto a la puerta y no permita que sus manos ladronas toquen nada, ¿me oye?»

Marco dio un paso atrás y sonrió. «Gracias».

Esperó pacientemente, consciente de las voces en la parte trasera de la tienda hasta que un hombre mayor apareció y se acercó a él con expresión incrédula.

«¿Quién dijo usted que era?».

«No lo dije».

Marco se encogió de hombros y le tendió la carta. «No estoy seguro de quién soy. Por eso estoy aquí».

El hombre leyó la carta y miró a Marco nuevamente. «¿No recuerda quién es, señor?».

«No. ¿Por qué? ¿Usted me conoce?».

El señor Brown tragó saliva con fuerza. «No estoy del todo seguro, pero creo que sí. ¡Todos pensábamos que estaba muerto!».

«¿Quién creía usted que estaba muerto?».

«El mayor Marco Stortford».

Una sensación de rugido llenó los oídos de Marco y se agarró a la encimera para estabilizarse. Marco, Marco... ¿era realmente él? ¿Podría ser?

«Siéntese, señor, por favor».

Una silla fue empujada apresuradamente detrás de sus rodillas y se desplomó en ella, con la cabeza entre las manos mientras mil imágenes pasaban en cascada por su mente como la liberación de una presa llena de agua. Percibió el olor a brandy cuando le pusieron un vaso en la

mano y se lo llevó a los labios.

«Dios mío, Dios mío...», se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta y cerró la boca con cuidado.

«¿Voy a buscar a un médico, señor Brown?», el desagradable vendedor ahora sonaba más bien asustado y joven.

«No», Marco logró decir con fuerza. Si no recuperaba el control, lo enviarían a Bedlam. «Estaré bien. Solo deme un momento».

* * *

Un rato después, después de que el Sr. Brown le hubiera puesto un nuevo conjunto de ropa para que pareciera “más un caballero”, Marco estaba listo para partir de nuevo. Su nuevo camino lo llevó más allá de Fletcher Square, a la elegante Oxford Street y a Mayfair. Parecía conocer el camino con bastante facilidad, pero nadie parecía reconocerlo, lo cual era una bendición. Todavía había enormes lagunas en su memoria, pero estaba bastante seguro de que Marco Stortford era su verdadero nombre.

Encontró su camino hacia una de las bibliotecas y librerías y pasó unos momentos buscando información sobre la familia Stortford en Debretts. Era extraño que no pudiera recordar dónde vivía o cuántos hermanos tenía..., después de unos momentos, tuvo que cerrar el libro ante el comienzo de uno de sus negros dolores de cabeza. Un reloj sonó cuatro veces. Tenía que volver a la cervecería para ayudar a Jem a cargar el carruaje.

Agarrando su paquete de ropa nueva bajo el brazo, comenzó a bajar hacia el Támesis y a la zona menos salubre de los muelles donde se encontraba la cervecería. Una parte de él no quería volver, pero le había prometido a la señora Smith que al menos lo haría.

Encontró a Jem con bastante facilidad y disfrutó del esfuerzo físico de cargar los barriles simplemente porque le impedía tener que pensar. Jem lo llevó a la posada para tomar una pinta de cerveza y cenar algo, una oferta que Marco aceptó con gratitud.

Finalmente, estaban listos para partir y Jem había enjaezado los caballos mientras Marco les sostenía las cabezas.

«Anda, Marco. Vámonos».

Marco caminó hacia Jem, que ya había subido a su caja, y lo miró.

«No puedo volver todavía», tragó saliva con fuerza. «¿Le darás un mensaje a la señora Smith de mi parte? Dile que he descubierto información importante y que la estoy investigando. Prométele que volveré cuando tenga noticias».

Jem asintió y juntó las múltiples riendas en una mano hábil. «Sí, se lo diré».

Marco dio un paso atrás. «Entonces, que Dios nos acompañe». Observó cómo el carruaje se alejaba, con los barriles balanceándose pesadamente en la parte trasera, y luego se volvió hacia la ciudad. Había un hombre cuyo nombre recordaba que podría ayudarlo a descubrir más sobre su pasado. Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrarlo.

Capítulo 6: Capítulo Seis

Faltaban dos semanas para que se marchara de Dove Cottage... sin ocupación, con una pequeña pensión y sin ningún otro sitio al que ir. Amelia se obligó a coger su pluma y a llevar la hoja de papel hacia ella. Era pasada la medianoche. Betty dormía y Amelia estaba... contemplando su futuro incierto.

No podía volver con su familia. Aunque suplicara, sabía que no la ayudarían y no tenía intención de pedirselo. Su decisión de casarse con Matthew había cortado definitivamente todos los lazos. Lo había sabido entonces y seguía sin arrepentirse. Soltó el aliento y la llama de la vela vaciló y luego se enderezó de nuevo. Todas sus solicitudes para puestos de institutriz habían sido ignoradas y nadie parecía necesitar maestros de escuela.

Incluso mientras terminaba de pensar en ese triste pensamiento, recordó que su antigua institutriz, Matilda Stone, ahora trabajaba en una escuela de niñas en Tunbridge Wells. Mojando la pluma en el tintero, escribió una carta a Matilda sobre sus circunstancias actuales y le pidió consejo.

Después de buscar la dirección de Matilda y sellar la carta con cera, Amelia ordenó el escritorio. Tenía que hacerle creer a Betty que se iba voluntariamente para ir a algo mejor, o su tía se preocuparía terriblemente y tal vez incluso se negara a aceptar su decisión. A pesar de toda su rigidez, sabía que Jonathan y su esposa cuidarían de Betty por el resto de su vida. Las lágrimas se le acumularon en la garganta y las reprimió con decisión. Sobreviviría. No era una indigente. Si ocurría lo peor, podría mudarse a Londres, encontrar alojamiento y buscar trabajo allí. Miró al otro lado de la mesa, a la silla vacía donde Marco solía sentarse, y se lo imaginó allí, con expresión seria, su atención fija en ella. Lo extrañaba. Era el primer hombre desde Matthew que parecía quererla exactamente como era. Desde que se había ido, ella había soñado con él, con el rizo de pelo negro que le caía sobre la frente cuando se concentraba, con su sonrisa irónica que ocultaba tanto dolor y con la intensidad de su mirada cuando la tocaba incluso de la forma más mínima.

Amelia se presionó las mejillas con las manos mientras revivía todas y cada una de sus caricias. La había hecho sentir viva de nuevo. La había hecho desear cosas que había pensado que habían muerto junto con Matthew. Si hubiera sabido que su futuro era tan precario antes de que se fuera, ¿le habría permitido más libertades? ¿Se habría permitido desearlo de vuelta?

Se oyó un golpeteo en el cristal y ella reprimió un jadeo cuando una figura fantasmal apareció en la ventana y desapareció por el costado de la cabaña en dirección a la cocina.

Con el corazón latiendo desesperadamente, atravesó de puntillas la casa silenciosa y abrió la puerta trasera.

«Señora Smith. Le pido disculpas por molestarla a una hora tan tardía, pero el carruaje perdió una rueda y tuve que caminar desde la aldea anterior».

«Marco», se felicitó por la calma de su tono y luego se dio cuenta de las diferencias en su apariencia. ¿Lo había conjurado con la intensidad de su necesidad? ¿Estaba realmente allí? Llevaba un abrigo marrón oscuro, pantalones nuevos de piel de ante y un chaleco negro. Sus botas también parecían nuevas. «Qué bueno verlo».

Había deseado tanto que volviera y ahora que estaba aquí, deseaba que no hubiera venido. Se avergonzaba de su inoportuna lujuria por un hombre que no necesitaba nada más que su tranquila aceptación y apoyo. Lo último que necesitaba *ella* era tratar de explicar por qué ya no podía quedarse bajo su techo.

Ni siquiera era su techo. Matthew no había pensado en alterar su testamento y le había dejado todo a su tía favorita.

Él se quitó el sombrero, lo dejó sobre la mesa y le hizo una reverencia.

«Tiene muy buen aspecto, señora Smith».

«Gracias», señaló su ropa. «Parece un hombre diferente».

Su sonrisa cautivadora se dibujó en su rostro. «En realidad, creo que soy el hombre que era».

«¿Lo *reconocieron*?», ella se llevó las manos al pecho. «¿Ha descubierto su identidad?».

«En parte», él se aclaró la garganta, «¿puedo sentarme?».

«Por supuesto. ¿Quiere un té?».

«No, gracias. No quiero molestarla, solo quería explicarle».

«Eso es muy amable de su parte». Ella se sentó frente a él en la mesa y sonrió alentadoramente.

«En realidad, mi nombre no es Marco, sino Marcus. Era un mayor en el Cuarenta y ocho de Infantería».

«Lo cual tiene mucho sentido», ella asintió, «¿encontró a su familia?».

«Creo que sé quiénes son. Tengo la intención de visitarlos bastante pronto. Actualmente no están en Londres».

Ella extendió la mano sobre la mesa para tomar su mano. «Estoy muy contenta por usted».

Él se llevó los dedos a los labios y los besó. «Me salvó la vida, señora Smith. Me dio un futuro. ¿Cómo podré pagarle por eso?».

Las lágrimas que había logrado contener antes volvieron a brotar y tuvo que parpadear con fuerza. «No me debe nada. Hice lo que cualquier mujer cristiana haría».

Él siguió sosteniendo su mano. «He leído mi Biblia, señora Smith, y ambos sabemos que no hay muchos buenos samaritanos en este mundo. ¿Cómo puedo pagarle?».

Mil palabras se agolparon en su boca, y ella las reprimió todas. No le pediría que la ayudara económicamente. No lo haría.

«Llévame a la cama», pronunció las palabras antes de darse cuenta siquiera de su intención.

Él se quedó quieto, su mirada azul inescrutable.

«No puedo hacer eso y alejarme de ti otra vez. Y no puedo quedarme».

«¿Cuándo te vas?».

«Por la mañana», él dudó, «solo quería verte y decirte que me he redescubierto a mí mismo».

«Dijiste que no podías tenerme cuando no sabías quién eras o cuando no tenías nada que ofrecerme. ¿Y ahora?». Amelia se puso de pie y caminó alrededor de la mesa para pararse frente a él. Dejó caer su chal al suelo, quedándose vestida solo con su camisón. Su mirada se posó en la forma de su cuerpo delineado por el fuego detrás de ella. Tragó saliva con fuerza y la miró.

«No puedo quedarme, Amelia».

«Lo sé», ella inclinó la cabeza y lo besó suavemente en la boca, «no quiero que te quedes. Solo quiero esta noche contigo».

Si todo iba a terminar, ¿no merecía ella un recuerdo egoísta para llevar a su nueva vida con ella? Matthew nunca se lo reprocharía. Marco murmuró una maldición y ella lo besó de nuevo, abriendo su boca con la de ella hasta que él le devolvió el beso, su mano se posó en su nuca, manteniéndola cerca.

«¿Estás completamente segura?», susurró contra sus labios, «porque te deseo muchísimo, pero, Dios, no quiero hacerte daño».

«Me estarás dando un regalo», ella sonrió a sus ojos preocupados, «y lo atesoraré por siempre».

La besó con toda la ferocidad de un hombre hambriento. Ella respondió con la misma necesidad mientras él la atraía hacia sus rodillas, envolviendo una mano firmemente alrededor de sus caderas.

«Llévame a la cama», murmuró entre besos. Esta vez, cada palabra la decía en serio.

«Si lo deseas», él se puso de pie, con las manos todavía enredadas en su cabello, sus bocas fusionadas, y la levantó. Ella se aferró a sus hombros mientras él subía las escaleras y abría la puerta de su dormitorio. Después de acostarla con cuidado en la cama, cerró la puerta con llave y encendió el fuego.

Amelia permaneció donde la había dejado, observándolo moverse por su dormitorio, y luego finalmente se arrodilló en la cama junto a ella. Sosteniendo su mirada, se sacó el camisón por la cabeza, quedando desnuda. La respiración de él se entrecortó en su garganta, y se inclinó sobre ella, con su mirada en todas partes. Ella no ocultó nada, disfrutando de su mirada ávida y el bulto ahora obvio en sus pantalones.

«Hermosa...», él susurró la palabra como una oración. Inclinando la cabeza, le dio un beso en el pecho y le pasó la lengua por el pezón. A ella le gustaba estar desnuda mientras que él estaba vestido, le gustaba el contraste entre la suavidad de su piel y la aspereza de su abrigo de lana y sus pantalones de ante.

Se dispuso a sentarse, pero él la empujó suavemente hacia abajo.

«Quédate ahí», él sonrió y le puso las muñecas sobre la cabeza mientras se arrodillaba entre sus muslos. Se quitó el abrigo y el chaleco, se desabrochó la corbata y la arrojó al suelo. «Si me tocas ahora, me correré».

«¿Tan rápido?», ella lo provocó.

Su boca se arqueó, «no he hecho esto en mucho tiempo. De hecho, no recuerdo la última vez. Podrían haber pasado años. Incluso podría ser virgen».

«De alguna manera, lo dudo».

«Yo también», su mirada bajó a sus pantalones ajustados, «mi pene parece saber lo que está haciendo».

«Y lo que quiere».

La besó lentamente y ella se movió contra él hasta que dejó un rastro de besos por su garganta y tomó su pezón en su boca. Mientras se deleitaba con ella, su otra mano vagó aún más abajo, deteniéndose entre sus piernas y deslizándose fácilmente sobre sus pliegues resbaladizos.

«Estás mojada por mí», murmuró.

«Creo que hace que sea más fácil tomar toda tu dureza dentro de mí».

Gimió contra su pecho. «No estás ayudando a mi capacidad de contenerme».

«No estoy tratando de hacerlo. Te deseo». Levantó la cabeza para mirarla, sus ojos azules entrecerrados por la lujuria. «Quiero que me tomes así, como si no pudieras soportar esperar a quitarte el resto de tu ropa».

Se quedó quieto, con la mirada fija en ella, su garganta esforzándose. «¿Duro?».

«Sí, por favor».

Se arrodilló y se abrió los pantalones, empujó su ropa interior y su camisa a un lado y se agachó sobre ella y...

«Oh, Dios», ella gimió cuando él la penetró. «Sí, así, por favor».

* * *

Marco apretó los dientes e intentó introducirse en Amelia, consciente de cada centímetro

que ganaba mientras ella se apretaba a su alrededor. Cuando estaba a medio camino, ella se corrió, haciéndolo temblar con la necesidad de tomarla tal como ella le había pedido. Sus tacones golpearon su trasero, empujándolo más profundamente hasta que tuvo que moverse, tuvo que empujar dentro y fuera de ella tan fuerte y profundamente como podía, porque nada importaba excepto esta unión, esta necesidad y esta sensación de que finalmente había llegado a casa.

Ella llegó al clímax de nuevo y él la siguió, tratando frenéticamente de recordar cómo respirar, besar y follar al mismo tiempo. Solo en el último segundo se acordó de retirarse, y odiaba hacerlo, probablemente lo había hecho demasiado tarde...

«Lo siento», jadeó y se incorporó sobre un codo para mirarla, «no quise quedarme dentro de ti, yo...».

Ella extendió la mano y colocó la punta de un dedo contra sus labios. «Nunca he concebido un hijo. No sé si puedo».

Él intentó hablar, pero ella siguió. «Estoy a punto de sangrar en cualquier momento».

Su actitud práctica y su conocimiento sobre su cuerpo hablaban de sus años viajando con el ejército. Le habían dicho que las mujeres que seguían al ejército sabían cómo evitar que un niño fuera concebido en medio de un campo de batalla, y era cierto que rara vez había habido bebés en el tren de equipaje.

Se dio la vuelta y ella lo siguió, con la cabeza bajo su barbilla y la mano sobre su corazón. Sus ojos amenazaron con cerrarse...

«Todavía tienes las botas puestas», susurró ella.

Él se sentó, retirándola de su pecho. «Dios, lo siento. Has invitado a un idiota a tu cama», se inclinó sobre sus botas y luego vaciló. «¿A menos que quieras que me vaya?».

Ella sonrió, «deseo verte desnudo».

«Entonces estoy más que feliz de complacerte». Le tomó unos minutos quitarse las botas nuevas y apenas unos segundos para empujar sus pantalones y todo lo demás fuera del camino.

Unas manos firmes lo presionaron hacia la cama, y Amelia se inclinó sobre él, su mirada atenta mientras trazaba con las yemas de los dedos su multitud de cicatrices y heridas de batalla. Su pecho se balanceó peligrosamente cerca de su rostro y él lamió su pezón, haciéndola temblar.

Su pene se levantó de nuevo cuando ella besó su pecho y la protuberancia de su cadera. Su mano se cerró en su cabello, desprendiendo el último de los pasadores y permitiendo que cayera sobre sus hombros en una nube roja oscura como una caída repentina de hojas de otoño. Su lengua siguió el rastro de cabello oscuro que se extendía sobre su vientre hasta su ingle y se posó en su pene, atrayéndolo hacia la cálida caverna de su boca. Su mano se cerró en su cabello, sujetándola exactamente donde la necesitaba mientras ella bañaba su carne rígida con besos, mordiscos y succiones hasta que estuvo grande y apretujándose en su garganta. Intentó retroceder, pero ella no lo dejó. ¿Quién hubiera pensado que sería tan feroz en la cama? No es que le disgustara en absoluto. Era solo que, en su experiencia, las mujeres no disfrutaban del sexo tanto como los caballeros.

Gracias a Dios, Amelia parecía ser una excepción.

«Por favor...», él gimió cuando ella lo lamió de nuevo. «Te deseo».

Ella soltó su pene y se sentó, con la mirada fija en su rostro mientras se sentaba a horcajadas sobre sus caderas y se inclinaba sobre él. Esta vez, pensó que moriría mientras ella lo montaba tan lentamente que se arqueaba fuera de la cama con la necesidad de hacerla ir más rápido.

«Amelia», logró pronunciar su nombre, «baja aquí».

«¿Por qué?».

«Para que pueda rogarte que me tomes más rápido».

«Pero me gusta esto. Me gusta poseerte».

Con un gruñido, envolvió un brazo alrededor de su cintura y la rodó debajo de él. Ella lo miró, sus ojos se abrieron mientras él embestía en ella, sosteniendo su mirada, mostrándole cuánto le gustaba lo que le estaba haciendo, mostrándose a sí mismo...

Esta vez, tenía más control y logró salir antes, pero aún lo odiaba, todos sus instintos le decían que se hundiera más profundamente, la sostuviera firmemente contra él y derramara su semilla en su acogedor calor apretado.

Cerró los ojos y se permitió a sí mismo vagar un poco, solo para ser servido con el recuerdo de una mujer desconocida montando su cuerpo encadenado.

Se quedó quieto mientras una fría ola de miedo lo invadía.

«¿Marco? Quiero decir, ¿Marcus? ¿Qué pasa?».

Se obligó a apartar el recuerdo y se volvió hacia la mujer que yacía a su lado, con el rostro enrojecido por haber hecho el amor y los ojos grises muy abiertos por la preocupación que sentía por él.

«Solo un recuerdo incómodo», la besó en la coronilla, «ya se ha ido».

* * *

«Marcus», susurró Amelia. «Marcus, tienes que despertarte. Dotty bajará pronto a la cocina y no te puede encontrar en mi cama».

Abrió lentamente los ojos y la observó.

«¿Hmm?».

Ella sonrió.

«Tienes que irte».

Se dejó llevar por el impulso de besarla y al instante se arrepintió cuando su mano se curvó alrededor de su cadera, atrayéndola contra su erección matutina. Ella fingió fruncirle el ceño.

«No tenemos tiempo para eso».

«¿Estás segura?», murmuró él.

«Seré rápida».

Se obligó a reír y se alejó de él.

«Si no te levantas, lo haré yo para poder desviar la atención de Dotty cuando bajes las escaleras. De hecho...», salió de la cama a toda prisa, «iré a arreglar la cama de tu antigua habitación para que, si te ve, piense que ahí es donde te quedaste». Mientras hablaba, Amelia se lavó rápidamente con el agua fría de la jarra que tenía en la mesilla de noche, usando un poco de su jabón de lavanda favorito.

«Amelia».

Ella se mantuvo de espaldas a la cama mientras se arreglaba el cabello y se ponía la ropa. «¿Sí, Marcus?», se puso las medias y las pantuflas, «por favor, no huyas de mí así».

«Tengo que irme. Ya puedo escuchar a Dotty». Salió rápidamente de la habitación y bajó las escaleras. ¿Qué más podía decirle? Le había dado exactamente lo que había pedido y se negaba a arrepentirse de ello ni por un solo momento. Todo lo que necesitaba ahora era un poco de tiempo para componer sus emociones rebeldes y todo estaría bien.

No había señales de Dotty, principalmente porque Amelia había mentido y Dotty se levantaba tarde por la mañana. Atizó el fuego en la estufa, puso la tetera a hervir y puso el jamón a cocer. Cuando se quedó sin cosas que hacer, se sentó a la mesa de la cocina y apoyó la cabeza en sus manos.

¿Cómo podía haber olvidado que compartir el cuerpo con otra persona era tan... *íntimo*? ¿Cómo podría volver a mirar a Marcus y no imaginarlo moviéndose dentro de ella, recordando la

forma en que su expresión se tensó cuando llegó al clímax, la forma en que la abrazó como si se estuviera ahogando? Pero no tendría que volver a mirarlo después de esta mañana, ¿no era verdad?

Respiró profundamente y levantó la cabeza. La solución era bastante simple. Él regresaría a su vida y ella... ella también se iría. No era una niña y había iniciado esta relación con los ojos abiertos. Cuando él bajara las escaleras, todo lo que vería serían sus habituales rostro tranquilo y agradable actitud.

El silbido de la tetera hirviendo la hizo saltar. Preparó té para Betty y se lo llevó a su tía. Volvió a la cocina y encontró a Marcus de pie junto a la estufa, volcando con habilidad las lonchas de jamón en un plato. Por un segundo, su corazón vaciló y trató de recuperar la compostura que tanto le había costado conseguir.

«Gracias por ocuparte del jamón. Me había olvidado por completo de él».

Él la miró por encima del hombro, sin sonreír. «No quería que se quemara. ¿Dónde está Dotty?».

«Oh, todavía no ha llegado. Debo haberme equivocado», Amelia se alisó el delantal con manos temblorosas, «¿Quieres huevos con jamón?».

«No, gracias».

Sirvió una taza de té a ambos y sacó una hogaza de pan grueso y un poco de mantequilla junto con un frasco del mejor chutney de Betty. Él dejó el plato de jamón sobre la mesa y se sentó frente a ella. Ella notó que él todavía no se había cepillado el cabello oscuro y que su camisa estaba abierta en el cuello, mostrando una pequeña marca roja donde ella debió haberlo mordido.

Nerviosa, dejó caer el cuchillo y este cayó al suelo. Ambos se agacharon para recuperarlo, casi golpeándose las cabezas en el proceso.

«¿Puedo preguntar cómo fueron las cosas con el hermano de tu esposo?», dijo Marcus.

«Oh, eso se ha resuelto de manera bastante satisfactoria. La tía Betty vivirá aquí por el resto de su vida».

«Me alegra escucharlo», terminó su jamón. «¿Vas a seguir ignorando lo que pasó entre nosotros anoche?».

Ella lo miró a los ojos. «No tengo ningún deseo de ignorar lo que pasó, señor. No me arrepiento de eso ni un solo momento».

Hubo un largo silencio mientras él la observaba. «¿Estás completamente segura de eso?».

«Sí».

Se encontró mirándolo con enojo. «¿Estás sugiriendo que debería avergonzarme de mí misma? ¿Que tendría remordimientos? No es así».

Ella apartó su plato. «Me diste exactamente lo que pedí. Fue maravilloso, y supongo que debería decirte gracias».

«No estoy pidiendo tu gratitud».

Se recargó en su silla, evaluando con su mirada azul. «¿Estás completamente segura de que todo está bien?».

«Sí».

«No te creo», él vaciló, «Amelia, ¿qué pasa, amor?».

«No me llames así».

Se puso de pie de un salto, sacudiendo las migas de su delantal.

«¿A qué hora tienes que irte?».

Él suspiró. «El carruaje sale a las once».

«Bien», le sonrió alegremente y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Al parecer, la calma y la dignidad estaban más allá de su alcance esa mañana. Tendría que confiar en sus otras fortalezas. Si tan solo pudiera recordar cuáles eran.

«Señora Smith, si hay alguna consecuencia de nuestra noche juntos, me la informará».

Había un tono autoritario de mando en su voz que le recordó a su padre.

«¿Cómo puedo hacer eso, si no tengo idea de dónde estará usted?».

«Puede volver a escribirle al señor Brown en la sastrería de Stultz».

«Ah, sí».

«Si no tengo noticias tuyas en el próximo mes más o menos, la visitaré nuevamente para asegurarme de que se encuentra bien de salud», hizo una pausa, «si no desea verme, entonces escriba esa carta».

Ella le hizo una reverencia. «Sí, mayor. No lo olvidaré». Su aparición en Dove Cottage después de que ella se hubiera ido solo complicaría las cosas innecesariamente. «Ahora, tengo que irme», miró el reloj, «son casi las nueve y tengo mucho que hacer antes de que llegue Doty».

* * *

Marco se afeitó y se vistió en su antigua habitación y luego bajó a la cocina de nuevo. No había señales de Amelia y no estaba seguro de si debía estar agradecido por eso o no. Dudó junto a la mesa de la cocina, deseando poder ser simplemente Marco y sentarse y ser parte de la familia. Pero no podía regresar. Conocía su nombre y sabía con quién tenía que hablar antes de enfrentarse a su familia y a otros caballeros que conocía.

Hasta que no hubiera aclarado su pasado, no tenía derecho a pensar en un futuro con nadie, en particular con alguien que había declarado con bastante énfasis que no lo necesitaba. La puerta de la cocina se cerró de golpe y entró Amelia, con el pelo castaño rojizo agitado por el viento y las mejillas sonrojadas. Se detuvo al verlo y puso su sonrisa social.

«¿Te vas, Marcus?».

«Sí, creo que sí».

«¿Quieres que le diga a Betty que recuperaste la memoria o lo mantengo en secreto?».

«Preferiría que lo mantuvieras entre nosotros por el momento. Hay varios asuntos relacionados con mi existencia que aún no se han resuelto».

Con cuidado, puso los huevos que había recolectado en su delantal sobre la mesa, «¿estuviste fuera tanto tiempo?».

«Se creía que hace varios años había fallecido en España».

«Entonces tu familia se sorprenderá y se alegrará de que vuelvas con ellos».

«Ya veremos», tomó su sombrero y se abrochó el abrigo, «será mejor que me vaya. Oigo que Betty te llama».

Ella abrió la puerta de la cocina y él la siguió hasta el jardín. El rugido del mar era fuerte hoy y el viento azotaba los árboles, doblándolos en ángulos imposibles. Cuando se volvió hacia él, él le tomó la barbilla y la apretó contra la puerta trasera.

«Adiós, señora Smith».

«Adiós, Marcus».

«Gracias por todo», le sostuvo la mirada, «prométeme que me escribirás».

Ella parpadeó lentamente. «Te lo prometo».

«Yo...», le besó los labios salados, «Amelia, no quiero irme».

Sus manos se interpusieron entre ellos, presionando su pecho, creando una barrera que él resentía amargamente. «Debes hacerlo. Tienes una vida que recuperar».

«Ojalá no lo hiciera», tragó saliva con fuerza, «desearía ser solo Marco y poder quedarme

aquí contigo».

«No digas eso».

«¿Por qué no?».

«Porque hace que lo que hicimos juntos sea más complicado».

«Te di lo que pediste, señora Smith. Una noche».

«Que era todo lo que tenías para dar porque te ibas».

Le pasó el pulgar por la mejilla y luego, impotente, por su exuberante labio inferior. «Te di lo que *tú* querías. No me has preguntado qué quiero yo».

Una lágrima se deslizó por su mejilla. «Por favor, no hagas esto».

«¿Por qué no? ¿Por qué no me has pedido que vuelva contigo después de que haya arreglado mis asuntos?».

«Porque estoy cansada de ver a los hombres que yo... hombres que se alejan de mí y nunca regresan. No puedo hacer eso otra vez, Marcus. No puedo sentarme y esperar y tener la esperanza de algo que nunca se hará realidad. Prefiero dejarte ir ahora».

Dejó escapar el aliento y encontró la fuerza para dejarla ir también. «Lo entiendo», la besó en la frente, «buena suerte, señora Smith».

Se dio la vuelta y se alejó, con la mirada fija en el camino que tenía delante, aunque éste se desdibujara ante sus ojos. Tenía un propósito y tal vez no viviera para ver que se hiciera justicia. Amelia Smith nunca tendría que esperar en vano a que él regresara con ella. Era lo mínimo que podía hacer para agradecerle todos sus cuidados.

Era el único regalo que podía darle.

Capítulo 7: Capítulo Siete

Cerca de Covent Garden, Londres

Ignorando las protestas del casero, Marcus le puso una moneda en la mano y le cerró la puerta con fuerza en las narices. La habitación estaba oscura, húmeda y sucia y despertaba demasiados recuerdos en su cabeza como para que se sintiera a gusto allí. No tuvo más opción que quedarse y esperar el regreso del ocupante actual.

Había una cama con una sola manta llena de piojos encima y una chimenea vacía. Marcus decidió ponerse de pie y caminar sobre las tablas desnudas del suelo mientras la casa se acomodaba para pasar la noche. Había logrado recordar el nombre de los abogados de su familia y había concertado una cita para hablar con ellos al día siguiente. Sacudió las pocas monedas que le quedaban en el bolsillo y sonrió sombríamente en la oscuridad. Le había llevado bastante tiempo localizar el lugar. La necesidad de su visita a la señora Smith había retrasado su oportunidad de encontrar al ocupante de la habitación y ahora se preguntaba si habría llegado demasiado tarde.

El propietario había insistido en que el hombre llamado Jack, que había vivido en la habitación, había pagado y se había ido, pero Marcus quería asegurarse. Le había llevado demasiado tiempo averiguar incluso esta información básica, y estaba ansioso por seguir adelante.

La puerta se abrió detrás de él. Se dio la vuelta, deseando tener su espada o pistola a mano.

«Mayor Stortford».

No había sorpresa en la voz del hombre, pero definitivamente no era Jack el que hablaba. Jack tenía un acento galés distintivo en su acento de clase alta.

«¿Cómo sabe mi nombre?», preguntó Marcus.

«¿Cómo podría no saberlo? Me costó un dineral encontrarlo y traerlo de vuelta a nuestras costas».

Marcus se acercó un paso más. «¿Quién diablos es usted?».

«Un amigo de Jack Llewellyn».

«Entonces no es amigo mío».

El hombre se rió. Había algo familiar en él, pero Marcus no tenía idea de qué era.

«Ha estado escuchando rumores, ¿no? Le sorprendería saber qué es verdad y qué es mentira».

«Solo dígame cómo encontrarlo».

«No encontrará a Jack en Londres. Está ocupado en otra parte», el hombre hizo una pausa, con el rostro oculto por el ala de su sombrero y las sombras, «pero hay alguien con quien debería hablar».

«¿Y quién podría ser?».

«El duque de Diable Delamere. Dígle que yo lo he enviado», se tocó el ala de su sombrero. «Buenas noches, mayor Stortford. Si no desea encontrarse con mis hombres afuera, ¿puedo sugerirle que espere otro cuarto de hora antes de abandonar este lugar?».

«Pero, ¿quién es usted?».

«Capitán Furia. Dígle al duque que lo envié yo».

La puerta se cerró y Marcus, que no tenía reloj de bolsillo propio, contó lentamente los minutos que faltaban para que pudiera salir.

* * *

Amelia esbozó una sonrisa brillante en su rostro y fue a buscar a Betty en el salón principal.

«Tía, acabo de recibir una carta de una vieja amiga mía», se sentó frente a Betty, que intentaba fingir que no acababa de despertarse de una siesta, «ella quiere que vaya a dar clases en su escuela. Es una oportunidad *maravillosa* para mí».

«¿Quieres dejarme?», el labio de Betty tembló, «pero ¿qué haré sin ti, Amelia?».

«Tendrás a Jonathan y a su familia para apoyarte, ¿recuerdas? Se mudarán la semana que viene», tomó la mano de Betty y la apretó para animarla, «esta oferta no podría haber llegado en mejor momento, ¿no es cierto?».

«Supongo que no, pero ¿estás completamente segura de esto? ¿*Enseñar*, Amelia? No creo que Matthew aprobaría que trabajaras para ganarte la vida».

«Ya no está aquí para aconsejarme, tía, y debo hacer lo que parezca correcto para todas nosotras. Jonathan apreciará el espacio adicional y me pagarán por hacer algo que amo».

En realidad, todavía no le habían ofrecido un puesto en la escuela. Pero Matilda le había pedido que viniera y se quedara para ver si le gustaba la idea.

«Tendré que irme en unos días», el labio de Betty tembló de nuevo, «pero te prometo que si las cosas no son como yo quiero, volveré y te pediré tu amabilidad una vez más».

«No seas tonta, querida. Has sido una bendición», Betty le dio una palmadita en la mano, «*supongo* que está bien».

«Gracias», Amelia se inclinó para besar la perfumada mejilla de Betty, «he disfrutado mucho vivir contigo». Su voz tembló. Era cierto; después de la muerte de Matthew, la cabaña y la gentil presencia de la tía Betty le habían salvado la cordura. «Nunca te olvidaré».

Volvió a subir las escaleras y centró su atención en decidir cuáles de sus pertenencias no podía soportar dejar atrás. Al menos después de los años que llevaba siguiendo a los militares, estaba acostumbrada a empacar livianamente. El resto tendría que pedirle a Betty que se lo guardara hasta que pudiera recogerlo. No había mucho que la atara a Dove Cottage. Solo recuerdos...

Con ese pensamiento, se imaginó a Marcus recostado contra sus sábanas, su cuerpo largo y delgado desnudo ante su mirada mientras se acomodaba sobre él. Tenía que escribirle y decirle que no había quedado embarazada. ¿Se sentiría aliviado? Tenía que suponer que sí, aunque sospechaba que, si las cosas hubieran sido diferentes, él habría insistido en cumplir con su deber hacia ella, independientemente de sus sentimientos al respecto.

Una sonrisa reticente curvó sus labios mientras observaba a su terco huésped. Sus experiencias en la guerra lo habían convertido en un hombre difícil de combatir, incluso aterrador, pero ella había vivido con soldados durante años y él no la asustaba. Excepto en un nivel personal, donde temía que él tuviera la capacidad de agitar sus emociones con demasiada facilidad. Sentada en su escritorio, le escribió una breve nota y luego le respondió a Matilda, indicando su fecha prevista de llegada.

Por la mañana, caminaría hasta la posada y le pediría a Jem que enviara su carta a Matilda y entregara la otra a Marcus, a cargo del Sr. Stultz, la próxima vez cuando estuviera en Londres. Entonces podría comenzar su nueva vida sin temor al pasado.

Una repentina oleada de anhelo la hizo cerrar los ojos y contener las lágrimas. Como maestra en una escuela de niñas, probablemente nunca volvería a conocer el tacto de un hombre. Nunca despertaría con el deseo urgente de un hombre ni vería su rostro mientras se presionaba

profundamente dentro de ella. Peor aún, no era el rostro amado de Matthew lo que imaginaba ahora, sino la estructura más fortalecida de Marcus.

¿Semejante traición significaba sin duda que merecía no volver a conocer a un hombre? Se pasó una mano temblorosa por la mejilla húmeda. Tal vez para empezar, esta fuera su penitencia por haber llevado egoístamente a su cama a un hombre que nunca había sido suyo. Tenía que seguir adelante y vivir sola.

* * *

Marcus entró en la oficina del abogado y esperó sin sonreír a que el empleado cerrara la puerta detrás de él. Se oyó un trueno en el aire y ese tiempo parecía provocarle un terrible dolor de cabeza. Ya había tenido que esperar casi dos horas y su temperamento estaba a punto de estallar.

«¿Mayor Stortford?».

«Sí», respondió. «¿Es usted el señor Richards? Es demasiado joven».

El hombre se estremeció visiblemente. «¿Demasiado joven para qué, señor?».

«Para recordarme. Deseo hablar con el señor *Thomas Richards*».

«Tal vez debería tomar asiento».

Marcus permaneció de pie. «Repito. No perdamos más tiempo. ¡Vaya a buscar a su padre, a su abuelo o a su tío, alguien que tenga una maldita posibilidad de *reconocerme*!».

El joven se encogió en su silla y tragó una bocanada de aire. «¿Quién se cree exactamente que es, mayor?».

Marcus avanzó y plantó sus manos en las esquinas del escritorio y se inclinó. «Vaya a buscar a uno de los socios principales *ahora mismo*, o no seré responsable de mis acciones».

El Sr. Richards salió apresurado por la puerta y Marcus finalmente tomó asiento, consciente de las voces que se alzaban fuera de la puerta y de un aire de pánico reprimido. Poco después, alguien entró y Marcus se giró para mirarlo.

«Ahora, ¿de qué se trata todo esto, señor y cómo se atreve a...?», hubo un jadeo. «¡Dios mío! ¡Marcus Stortford!».

Marcus miró al Sr. Thomas Richards. «Vaya, gracias a Dios por eso. *Finalmente*, alguien con algo de sentido común».

El hombre mayor se sentó detrás del escritorio, con la mano en el corazón y la mirada escrutando a Marcus. «Su familia supuso que estaba muerto».

«Así lo he entendido. Estuve cautivo durante varios años y hace poco escapé volviendo a Inglaterra», Marcus se inclinó hacia adelante, «¿me han declarado muerto oficialmente?».

«Todavía no, milord, pero creo que se han considerado los procedimientos. Han pasado varios años desde que desapareció».

«¿Cómo pruebo quién soy?», dijo Marcus con impaciencia.

«Necesitaría declaraciones juradas de su antiguo regimiento y de cualquier amigo cercano que tenga que pueda dar fe de usted».

«La mayoría de mis amigos están muertos, señor Richards».

«Pero tal vez su comandante de regimiento podría...».

«Comenzaré con él», Marcus asintió. «¿Hay algún miembro de mi familia actualmente en Londres?».

«No, milord. Creo que todos están en el campo en Stortford Hall».

«Entonces iré allí tan pronto como haya establecido mi identidad».

«¿Quiere que le escriba a su hermano o a su abuela?», preguntó el señor Richards.

«No». Marcus supuso que su sonrisa no era agradable mientras el señor Richards palidecía,

«preferiría que no estuvieran... preparados para mi visita. ¿Cómo está mi padre?».

El señor Richards tragó saliva con fuerza. «Lamento tener que informarle que murió hace dos años».

«¿Está muerto?», Marcus cerró los ojos brevemente ante ese golpe inesperado. «No era tan viejo».

«Nunca se recuperó del todo de la noticia de su pérdida, mayor».

Marcus dejó escapar un doloroso suspiro. «Entonces, ¿supongo que Charlie cree que heredará todo?».

El señor Richards movió algunos papeles sobre su escritorio. «Creo que ha estado investigando los aspectos legales de eso, milord, pero ciertamente no ha hecho ninguna reclamación oficial».

«Qué amable de su parte», espetó Marcus.

«Hay otro asunto que les concierne a ambos. Es un asunto bastante delicado». El señor Richards se secó la frente con el pañuelo. «Su prometida aún vive en Stortford Hall».

«¿Mi prima segunda, Felicity?», Marcus frunció el ceño. «No puedo casarme con ella».

«Entonces tendremos que anular el muy complejo acuerdo de compromiso que su padre concertó con el de ella. ¿Está completamente seguro de que no desea casarse con ella?».

Una visión del rostro de Amelia Smith apareció en la mente de Marcus. «No puedo».

«Pero...».

Se puso de pie y se inclinó. «Conseguiré la prueba de identidad que me pide y se la traeré. Mientras tanto, necesito un préstamo de la propiedad de Stortford como garantía. Levantó la mano y el señor Richards abrió la boca. «No será una suma sustancial. Solo lo suficiente para pasar la semana siguiente o algo así antes de ir a Stortford Hall».

Salió de la oficina del abogado con una bolsa de soberanos de oro sintiéndose aún más desequilibrado que antes. Su padre había muerto... Eso, en sí mismo, resultaba un golpe que no había previsto. Ahora, cuando volviera a casa, se encontraría en medio de una lucha por la sucesión, una prometida que debería haber tenido la decencia de casarse con otra persona y una montaña de problemas.

Conociendo la forma en que operaban los militares, sospechaba que cualquier información que solicitara tardaría un tiempo en recibirla. Mientras tanto, después de pensar en la señora Smith, iría a ver si Jem le había dejado un mensaje de ella al señor Stultz. Llevaba casi tres semanas en Londres viviendo tranquilamente y recuperándose. Ahora ella debería saber si llevaba en su vientre a su hijo.

Se detuvo para dejar pasar un carruaje y luego cruzó la calle. ¿Se lo diría? No estaba convencido de que lo hiciera, pero necesitaba saber la verdad antes de partir hacia Stortford Hall. En una parte perversa de él, deseaba que ella lo necesitara... Contar con su apoyo sería invaluable.

Las campanas de la iglesia sonaron diez veces y él consideró si debía intentar reunirse con el duque de Diable Delamere antes de reunirse con el señor Stultz. Un breve chaparrón y la aparición de un coche de alquiler le hicieron tomar la decisión y le indicó al conductor que fuera a Clifford Street.

Para su sorpresa, cuando se bajó del carruaje, reconoció la parte trasera del de Jem, que sobresalía de la esquina de la tienda. ¿Realmente había pasado un mes desde que había redescubierto su identidad? Parecían segundos.

Ignorando la puerta principal de la tienda, caminó hacia la parte trasera y descubrió a Jem preparando sus caballos para partir.

«Buenos días, Jem», gritó Marcus.

«Buenos días, Marcus». La mirada de Jem se desvió hacia la ropa nueva de Marcus. «Parece mucho menos un espantapájaros que cuando lo vi por primera vez».

Marcus sonrió. «Gracias. ¿Tendrás una carta para mí de la Sra. Smith?».

«Sí, señor», Jem se rascó la oreja. «La dejé en la puerta con el Sr. Brown».

Marcus vaciló mientras se acercaba al carruaje de Jem. «¿Están todos bien en el pueblo?».

«Oh, sí. El Sr. Jonathan se ha mudado ahora con su tía, y ella está disfrutando de los niños».

«¿El Sr. Jonathan Smith vive en Dove Cottage?», Marcus frunció el ceño. «¿Cómo diablos caben todos allí?».

«Están un poco apretados, pero la anciana no ocupa mucho espacio, y la señora Jonathan probablemente esté contenta de recibir ayuda con otro bebé en camino».

«¿Qué hay de la señora Amelia Smith?».

«Se ha ido, señor».

Marcus sintió como si alguien le hubiera dado un fuerte puñetazo en el estómago. «¿Se ha ido? ¿Adónde?».

«No estoy seguro», Jem se puso el sombrero y chasqueó la lengua hacia sus caballos. «Tal vez se lo diga en su carta».

«La carta», Marcus se dirigió hacia la puerta trasera de la tienda. «Jem, ¿me harías un gran favor y esperar un momento más hasta que lea la carta?».

Jem suspiró. «No puedo dejar a mis caballos aquí parados. ¿Qué tal si nos vemos en la posada de la calle para tomar una pinta de cerveza?».

«Lo agradecería mucho. Y pagaré tu cerveza y tu cena».

Jem se tocó el sombrero y dio marcha atrás con sus caballos hasta la esquina. Marcus golpeó la puerta por segunda vez y finalmente lo dejaron entrar. La carta fue colocada en sus manos y rasgó el sello para leer las pocas palabras. No decía nada sobre que ella se fuera de Dove Cottage...

«Maldición», murmuró Marcus mientras le agradecía al Sr. Brown y comenzaba a caminar por la calle hacia 'George and Dragon'. «¿Dónde diablos se ha ido?». Su carta decía que no estaba embarazada, pero él ya no estaba seguro de qué creer.

Jem se mostró feliz de charlar después de que Marcus pagara su cerveza y un pastel de cordero caliente.

«Salud, señor y buena suerte».

«Gracias, Jem», Marcus tomó un trago profundo de su propia cerveza e intentó formular una pregunta. «La Sra. Smith no me indicó su dirección de reenvío en la carta. ¿La tienes?».

«¿Por qué la necesitaría?», Jem arqueó las cejas. «Es demasiado elegante para mí, no es que no haya probado suerte una vez en la Cena de la Cosecha, pero sabía que no miraría a un hombre humilde como yo».

«¿Alguien vino a buscarla a Dove Cottage o se subió al carruaje del correo?».

Jem lo miró como si estuviera loco. «¿No se lo dijo tampoco? Esta mañana la dejé en la posada 'Magpie Inn' en el Strand. Había reservado su pasaje en el carruaje del correo».

Marcus se puso de pie de un salto. «¿Está en Londres?».

«Solo está de paso».

«Habría sido bueno que me lo hubieras dicho antes». Marcus encontró una moneda de oro y la arrojó sobre la mesa. «¿A qué hora salía?».

«Alrededor del mediodía, creo, señor».

«Entonces será mejor que me vaya».

La sonrisa de Jem tardó en aparecer mientras recogía la moneda. «Haga eso, señor. Estoy seguro de que se alegrará mucho de verlo».

Marcus lo dudaba, pero estaba decidido a verla, incluso si eso significaba que solo tenía tiempo para retorcerle el cuello.

* * *

La posada ‘Magpie Inn’ estaba abarrotada de pasajeros que descendían y salían de una variedad de diligencias de correo, carruajes privados y de granja. Marcus había tardado casi media hora en llegar caminando por las calles concurridas. El reloj del patio del establo sonó once veces y luego otra más para marcar la media hora. Agarró a uno de los mozos de cuadra.

«¿Los pasajeros siguen esperando en la posada?».

«Sí, señor». Gire a la izquierda cuando pase por la puerta de aquí y verá el salón. Podrá obtener una cena caliente y todo allí, señor».

«Gracias».

Marcus se dirigió al interior, que estaba casi tan lleno y ruidoso como el patio de afuera. Se detuvo en la puerta y vio a la señora Smith sentada en el rincón más alejado de la habitación. Llevaba un gorro azul oscuro y una pelliza a juego. Sus manos enguantadas sujetaban firmemente una gran caja de sombreros y llevaba el bolso colgado del brazo. Le hizo gracia que hubiera elegido sentarse con la espalda contra la pared y con vistas a toda la habitación. Los carteristas de Londres eran famosos y, obviamente, ella había decidido que no iba a correr ningún riesgo. Se recordó a sí mismo que su sentido práctico y su cautela se habían ganado con esfuerzo en los campos de batalla de Europa. Dios, ahora le vendría bien un poco de su sentido común en su vida. Mientras lo pensaba, se acercó a ella, consciente de que lo había notado y de la sorpresa y un dejo de cautela en sus hermosos ojos.

«Mayor».

Se deslizó en el asiento frente a ella en la mesa del banco. «¿Por qué no me dijiste que te ibas de Dove Cottage?».

«No sabía que fuera asunto tuyo».

«¿O que tal vez quisiera saber que estás bien, a salvo y *cuidada*?».

Suspiró. «Marcus, ¿por qué estás aquí?».

Se inclinó sobre la mesa y tomó su mano. «Tú primero. ¿Adónde vas?».

«Me han ofrecido un trabajo como maestra en una escuela de niñas en Tunbridge Wells».

«Creo que serías una muy buena maestra», Marcus respiró entrecortadamente. «Sin embargo, preferiría que consideraras otra oferta. Necesito una esposa».

La sorpresa se reflejó en sus rasgos uniformes, pero se recuperó rápidamente. «¿Por qué?».

«Porque necesito estar... armado antes de acercarme a mi familia».

«¿Una esposa es un arma?».

«En este caso, una esposa es una necesidad».

«¿Y crees que aceptaría un puesto así?».

Intentó liberar sus dedos, pero él no la soltó. «Suéltame, Marcus».

Pasó saliva con fuerza, tragándose su orgullo. Tenía que decirle la verdad. No se merecía menos. «A los dieciséis años, me comprometí con una prima lejana de la que mi padre fue designado tutor. A ninguno de los dos se nos ofreció ninguna opción en el asunto. Yo la quería, pero como vivía con nosotros, parecía más una hermana más que una futura esposa. Me han informado de que el contrato de compromiso sigue en pie».

«Entonces, vete a casa y cástate con la pobre chica».

«¿Y hacernos desgraciados a los dos? Ella no puede desear este matrimonio».

«Entonces, rompe el contrato y empieza de nuevo».

«Tengo la intención de hacerlo, pero sería mejor si puedo presentarles un hecho consum...».

«¿Presentándote ya casado?».

«Sí».

Ella arqueó una ceja. «Qué deshonesto».

Se encogió de hombros. «Tienes derecho a pensar eso, pero conociendo a mi familia, es la mejor manera de cumplir la tarea. Aceptaré toda la culpa, y ella será libre de casarse de nuevo, con su reputación intacta».

En este punto, Amelia no necesitaba saber que, en lo que a él respectaba, su familia no merecía su consideración. Tenían que entender desde el principio que él tenía el control de su propio destino. Estaba decidido a no permitir que le dictaran lo que tenía que hacer».

«¿Y si ella realmente todavía quiere casarse contigo?».

«Nunca lo quiso. Antes de mi desaparición, ya habíamos hablado de formas de librarnos del maldito compromiso. Cuando mi padre estaba vivo no era posible». Respiró profundamente para tranquilizarse. «Murió hace dos años, así que podemos seguir adelante con nuestra separación sin ningún temor».

Su expresión se suavizó. «Lamento lo de tu padre. Eso debe haber sido un impacto terrible».

«Sí».

Hubo una larga pausa en la que todo lo que pudo hacer fue mirar fijamente sus manos unidas. Finalmente, ella se movió.

«Aunque tu prometida esté contenta de librarse de este compromiso, ¿por qué necesitas casarte conmigo? Una vez que seas libre, podrías casarte con cualquiera».

«Pero yo quiero casarme contigo».

«¿Por qué?».

«Porque valoro tu fuerza y tu capacidad de verme como soy ahora, y no como era antes. Porque mi familia... no lo entenderá, y necesito a alguien, necesito que estés a mi lado y creas en mí. En mi nuevo yo».

Cerró los ojos brevemente. «Oh Dios, Marcus. ¿Por qué tuviste que decir eso?».

«¿Porque es la verdad?», él dudó, «te estoy pidiendo ayuda».

«Pero estamos hablando de matrimonio. Es un compromiso de por vida. Tú no me amas, y yo no te amo».

«Lo cual nunca ha sido un impedimento para una boda entre miembros de nuestra clase, lo sabes. Nos *gustamos*», bajó la voz, «también disfrutamos el uno del otro en la cama. Ninguno de los dos está listo para enamorarse. Ni siquiera estoy seguro de ser capaz de hacerlo, y tú ya has perdido al amor de tu vida. ¿No es mejor saber que tu corazón estará a salvo conmigo desde el principio?».

«Esto es una locura».

«No, esto es *real*».

«¿Qué pasará cuando recuperes tu verdadero yo? ¿De qué te *serviré* entonces?».

Él le sostuvo la mirada. «Nunca podré volver a ser ese hombre. Lo sé en mi alma. Tú lo sabes. La guerra cambia a una persona. No podrías instalarte en la paz de Dove Cottage para siempre, has visto demasiado, y yo también».

«Marcus...».

«Si regreso a mi familia así y sin ti como esposa, tengo... miedo de lo que sucederá».

Ella frunció el ceño. «No lo entiendo».

«Tengo miedo de no poder confiar en ellos otra vez, y de tener que irme otra vez y... eso

sería una doble traición a todo lo que alguna vez ellos creyeron sobre mí».

«Pero...».

«Podrán decidir que estoy loco si los enfrento solo. No tengo ningún deseo de que me envíen a Bedlam mientras mi hermano se hace cargo de mis propiedades», tragó saliva con fuerza, «te necesito conmigo. Necesito que creas en mí y *me digas la verdad*».

No podía creer que estuviera soltando sus peores miedos, pero le recordaba por qué Amelia se había vuelto tan importante para él. Se sentía seguro con ella. Ella lo había visto en su peor momento, cuando ni siquiera sabía su propio nombre, y nunca se había arrepentido de la verdad.

«¡El cochero de Tunbridge Wells está aquí!».

Hizo una mueca cuando el cochero gritó desde la puerta.

«Tengo que llegar con mi amiga», Amelia tomó sus maletas. «Tengo mi orgullo. ¿Puedes entender *eso*? Deseo ser libre. No soy una *cosa* que pueda ser rescatada y utilizada para tus propios fines».

Se levantó también y la miró fijamente mientras una leve punzada de ira se alojaba en su estómago. «Nunca he pensado que fueras una cobarde, señora Smith. ¿Pero ir a esconderte en una escuela?».

«Ganaré un salario, estaré...».

«¿Segura?».

Dio un paso atrás. «Lo entiendo. Si cambias de opinión, escíbeme y vendré a buscarte. Sin hacer preguntas», hizo una reverencia, «te debo la vida».

Ella se había alejado a medias de él y se había vuelto hacia atrás, con la barbilla en alto. «No soy una cobarde».

«Entonces ven conmigo y compartamos esta aventura. Puedo garantizarte que no te aburrirás. Podemos mantenernos a salvo el uno al otro».

Recogió sus maletas y salió furiosa de la habitación, dejándolo con la vista fija en la mesa. No podía culparla. Qué desastre tan torpe había hecho.

Se escuchó la última llamada para el carruaje de Tunbridge Wells. Se volvió a ciegas hacia la puerta, tratando de evitar la marea de pasajeros, odiando todos los cuerpos que se empujaban y arremolinaban a su alrededor. Se sentía como una derrota. Lo cual era al menos apropiado, ya que ambos estaban huyendo.

Tragó un poco de aire fresco y escudriñó el patio del establo mientras el carruaje completamente cargado avanzaba lentamente bajo el arco, haciendo que los pasajeros de afuera se agarraran los sombreros mientras tomaba un brusco giro a la izquierda. Una repentina paz descendió sobre el frenético patio, y escuchó el canto de los gorriones y los chistes obscenos de los mozos de cuadra mientras trabajaban dentro de los establos.

«Marcus».

Se volvió para ver una visión vestida de un azul oscuro sensible. Trató de hablar, pero no salió nada.

Amelia le tendió la mano enguantada. Notó que temblaba tanto como la suya. «Yo... yo no quiero estar a salvo».

Sin darse cuenta de quienes los rodeaban, juntó los dedos de ella y se los llevó a los labios. «Bueno, gracias a Dios por eso».

Capítulo 8: Capítulo Ocho

Después de acompañar a Amelia a una posada discreta donde se notaría su falta de doncella, pero no lo reprocharía, Marcus se puso en camino para encontrar la casa del duque de Diable Delamere. Resultó ser una mansión muy grande en una de las mejores plazas nuevas de Mayfair. Después de hablar con el mayordomo y mencionar su nombre, se sorprendió al ser invitado inmediatamente a entrar y llevado a lo que parecía ser el estudio del duque.

«¿Mayor Stortford?».

Marcus asintió con la cabeza al hombre desconocido detrás del escritorio. «Sí».

«Soy Michael Waterstone, el secretario personal del duque. Su Gracia lo recibirá tan pronto como se vaya su visitante actual. ¿Le gustaría tomar asiento mientras espera?».

«Gracias», miró al hombre con el ceño fruncido. «Waterstone. ¿Tiene hermanos?».

«Sí, señor. Dos».

«Pensé que reconocía el nombre».

«Creo que sirvió junto a mi hermano mayor en Portugal».

«Es muy posible», Marcus se encogió de hombros, «casi no tengo recuerdos de esa época. ¿Fue usted militar, señor Waterstone?».

«Lo fui hasta que me hirieron». La puerta interior de la oficina se abrió y salió un hombre que parecía querer llorar. Marcus supuso que no era el duque.

«Iré a ver si Su Gracia está listo para recibirlo ahora, Mayor», Waterstone se movió de detrás de su escritorio y Marcus se dio cuenta de que estaba en una especie de silla de ruedas. «No tardaré ni un momento».

«No es necesario, Michael. Estoy aquí y muy dispuesto a hablar con nuestro invitado».

Marcus se puso de pie cuando el duque de Diable Delamere apareció en la puerta, con su fría mirada plateada recorriendo a su inesperado invitado. No era un hombre particularmente alto, pero había una arrogancia profunda en él que atraía la atención y exigía respeto.

«¿Cómo se siente haber resucitado de entre los muertos, mayor Stortford?», el duque le dio la espalda y caminó hacia su santuario interior, obviamente asumiendo que Marcus lo seguiría.

«No estoy seguro, Su Gracia».

«Me imagino que debe ser bastante aterrador», se dio la vuelta para mirar a Marcus, «¿abandonó su regimiento y finalmente decidió volver a casa cuando Napoleón perdió?».

Sorprendido por tal franqueza, Marcus se detuvo, «¿qué diablos tiene que ver con usted?».

El duque se sentó detrás de su escritorio. «Tengo cierto interés en las personalidades involucradas en su desaparición».

«Me dijeron que conocía a Jack Llewellyn. ¿Dónde está?».

«Creo que está en Gales intentando reconciliarse con su esposa. ¿Por qué?, ¿quiere darle las gracias?».

«¿Agradecerle por qué? Me dejó morir».

El duque frunció el ceño. «¿Quién le dijo eso?».

«No lo recuerdo».

«¿Qué recuerda?».

«No mucho hasta que me desperté en la cama en un pueblo costero llamado Highcliff».

«¿En *Inglaterra*?».

«Obviamente», Marcus se contuvo. «¿En qué paradero exacto se encuentra Jack en Gales?».

«No estoy muy seguro. ¿Cerca de Swansea, tal vez?», el duque levantó una ceja arrogante.

«¿Cuándo volverá a Londres?».

«No tengo ni idea, y aunque la tuviera, no esperaría que se lo revelara a un hombre que obviamente está sediento de sangre. ¿Quién lo envió aquí?».

«El Capitán Furia».

«Ah, por supuesto. Le encanta entrometerse».

«Dio a entender que él tuvo algo que ver con mi regreso a Inglaterra».

El duque parecía interesado. «Es posible, pero tendría que hablar con Jack para obtener los detalles».

«Si queda algo de Jack después de que haya “hablado” con él, me aseguraré de preguntar por el Capitán Furia. ¿Al menos le diría a Jack que lo estoy buscando?».

El duque se reclinó en su silla y miró a Marcus. «Con el debido respeto, mayor Stortford, creo que puede haber confundido las cosas. Jack no es su enemigo».

«Oh, eso ya lo sé, Su Gracia. Una vez pensé que era mi mejor amigo en todo el mundo», Marcus hizo una reverencia y salió de la habitación. No había descubierto mucho, pero al menos Jack sabría que estaba vivo y que no estaba dispuesto a olvidar el pasado.

Sumido en sus pensamientos, Marcus llevó a cabo el resto de sus recados, contrató una doncella para Amelia y obtuvo una licencia especial de la oficina del arzobispo para poder casarse con ella lo antes posible. El dinero que le había dado su abogado se estaba agotando. A menos que Jack regresara al día siguiente o en dos, no tendría suerte con sus planes de sacarle la verdad a golpes al hombre.

Un viaje a la casa de su familia era inevitable y quería a Amelia a su lado. En ese momento, ella era la única persona en la que confiaba para decirle la verdad. Sus pasos se hicieron más lentos a medida que se acercaba a la posada. El duque había insinuado que había malinterpretado la parte de Jack en su traición, pero Jack siempre había sido un encantador. Probablemente regresaría a Inglaterra como un héroe...

Marcus ahora recordaba el primer mes infernal de su cautiverio. El interminable tropiezo a través de las cadenas montañosas cuando estaba tan débil que a veces lo dejaban arrastrarse hasta el campamento como un perro atado. Pero incluso en su estado febril, había escuchado a sus captores reír y bromear sobre el traidor inglés que les había traído tanta buena suerte. David Rice había sido asesinado a tiros ante sus ojos, lo que significaba que Jack...

«¿Marcus?».

Se dio cuenta de que estaba de pie frente a la puerta de Amelia, con la mano levantada lista para tocar. Obviamente, ella había oído su llegada y había abierto la puerta.

«¿Estás bien?».

La miró fijamente a los preocupados ojos grises. «Acabo de recordar algo importante sobre por qué estaba decidido a encontrar a Jack Llewellyn».

Tomando su mano, lo atrajo hacia la habitación y lo condujo hacia un sofá, «Cuéntamelo».

Respiró profundamente. «Hubo una emboscada en el paso de montaña. A uno de mis compañeros le dispararon, a mí me tomaron prisionero y el tercero...», tragó fuerte, «al parecer, volvió a casa ileso».

Se arrodilló a sus pies y le acarició la rodilla. «¿Recuerdas sus nombres?».

«Teniente David Rice asesinado y Jack Llewellyn... sobrevivió».

«Y a ti te capturaron», ella dudó. «¿Llevabas algo importante?».

«Órdenes y planes de batalla», su boca se torció. «Miles de vidas en la palma de nuestras manos. Dios, no tengo idea de si nuestros enemigos usaron la información o no».

«Tienes que pasar por el cuartel general de tu regimiento mañana, ¿no? Tal vez puedas

preguntarles», asintió, «traté de averiguar si Jack estaba en Londres».

«Supongo que deseas verlo para que puedas asegurarte de que sobrevivió ileso».

«No, quiero verlo para poder estrangularlo por traicionarme a mí, a su rey y a su país».

Ella se quedó quieta. «¿Él te *traicionó*?».

«Eso me dijeron», él se encogió de hombros. «Mis captores iniciales no parecieron darse cuenta de que hablaba español y portugués con fluidez».

«Oh, Marcus, lo siento mucho», ella besó sus dedos, llevándolos a su mejilla, «eso es lo peor que pueda imaginarse».

«No, lo peor es que él era mi mejor amigo. Yo hubiera dado mi vida por él, y asumí que él haría lo mismo por mí», suspiró, «no puedo explicarte acerca de cómo era él, pero era ingenioso, encantador y... muy *fuerte*. Había dejado la casa de su familia y se había abierto camino hasta llegar a la cima, solo para ser degradado debido a la negativa de un oficial incompetente a aceptar la responsabilidad de un intento de masacre de inocentes. Jack se enfrentó a él. ¿Cómo pudo habernos traicionado?».

«No parece el tipo de hombre que haría eso. ¿Estás completamente seguro de que fue él?».

«¿Quién más podría haber sido?», Marcus sacudió lentamente la cabeza, consciente del dolor que se arrastraba por su cráneo y estrechaba su visión. «Perdí años de mi vida por culpa de Jack. Incontables soldados también pudieron haber muerto. ¿Cómo podré perdonarlo?».

«No lo sé, Marcus».

Su voz le llegó a través del dolor y lentamente abrió los ojos. «¿Vendrás a la cama conmigo, señora Smith?».

«¿En mitad del día?».

«Podemos correr las cortinas de la cama».

En respuesta, ella se puso de pie y comenzó a desvestirlo, quitándole el abrigo y desatando su corbata. Él la ayudó, sus dedos buscando el calor y la tranquilidad de su piel tan resistente y tan suave. Ella lo besó mientras trabajaba, murmurando su nombre y otras palabras tranquilizadoras que lo ayudaron a recuperar el control de sí mismo.

Cuando ella se quedó con su camisón y él desnudo, la levantó y la llevó a la cama. La colocó sobre la colcha y fue a asegurarse de que la puerta estuviera cerrada antes de volver a su lado. Una de sus manos ahuecó su pecho a través de la fina tela de su camisón. A él se le secó la garganta cuando ella pasó el pulgar sobre su pezón, y él se arrastró hasta la cama, separando sus muslos con las rodillas.

«Hermosa», murmuró.

Inclinó la cabeza y lamió su dedo en movimiento, empujándolo hacia un lado para poder poner su boca sobre ella. Ella arqueó la espalda suavemente, su mano se metió en su cabello para sostenerlo cerca mientras él la acariciaba.

«Te eché de menos», susurró, «pensé que nunca volvería a sentirme así».

Él la besó en el cuello y luego en la boca, explorando la exuberancia de su labio inferior y su sabor. Fue su turno de gemir cuando ella envolvió su mano alrededor de su pene y tomó el control de él.

«Necesito estar dentro de ti», dijo con voz ronca, «por favor, déjame entrar».

Ella deslizó su pie por la parte de atrás de su pierna, empujándolo hacia abajo sobre ella y posicionándolo en el centro cálido y húmedo de su sexo. Su talón se clavó en su nalga mientras él se empujaba profundamente y se quedó quieto, sintiendo cada espasmo y temblor de su abrazo apretado y su propia reacción a ello.

«Dios», él comenzó a moverse, empujando dentro y fuera de ella, más y más profundo

mientras ella inclinaba sus caderas hacia él, sus manos sosteniéndolo cerca, instándolo con pequeñas patadas entrecortadas de sus talones. Él se dio la vuelta, sorprendiéndola con un chillido, y la miró.

«Móntame».

La abrazó con fuerza, su pecho a un tentador centímetro de su boca... y luego gruñó, cuando ella se meció dentro de él, llegando al clímax alrededor de su miembro. La envolvió con sus brazos y bombeó hacia arriba, con los pies apoyados en la cama mientras se esforzaba por dominarla desde su posición boca abajo. Su pecho estaba en su boca, su cuerpo apretaba el suyo como un torno y él tenía que correrse, tenía que...

Intentó levantarla de encima, pero era más difícil desenredar sus extremidades de lo que había previsto, y estaba bastante seguro de que todavía estaba dentro de ella cuando la soltó por primera vez. Ella se apartó, y él la atrapó y los giró a ambos sobre sus costados, respirando con dificultad.

Ella le besó el cuello. «No logramos cerrar las cortinas de la cama».

«Pero sí cerré la puerta con llave, así que no nos molestarán». Cerró los ojos mientras su corazón volvía a un ritmo menos frenético. «Por cierto, podemos casarnos mañana a las nueve en la capilla de St. Botolph en el Strand».

«¿Qué?».

Ella se incorporó sobre un codo y lo miró, su cabello castaño rozando su mejilla. No quería abrir los ojos, pero sintió que no tenía otra opción.

«Obtuve una licencia especial».

Ella se mordió el labio. «¿Estás seguro de esto? Todavía no te he contado sobre mi familia, y no sé nada sobre la tuya. Tal vez deberíamos...».

Él colocó suavemente su dedo sobre sus labios. «No, no deberíamos. Esta es una aventura, ¿recuerdas? No tengo la intención de tener mucho que ver con mi familia, y estoy seguro de que los tuyos son personas perfectamente respetables».

«En cuanto a eso...».

«Señora Smith, una vez le pregunté si tenía familia y dijo que no. Si no podía recurrir a ellos en su actual estado de necesidad, entonces supongo que todavía está en desacuerdo con ellos. No importa», él sostuvo su mirada preocupada. «Después de mañana, nos perteneceremos el uno al otro y eso es suficiente para mí».

Ella tragó con fuerza. «Marcus, tienes la terrible costumbre de decir cosas que me provocan ganas de llorar».

Él le acarició la mejilla, atrapando una lágrima en su pulgar. «No llores».

«Intentaré no hacerlo, pero aún siento que deberías saber...».

La besó hasta que ella le devolvió el beso y se acomodó contra su pecho. «Ambos tenemos nuestras razones para querer casarnos. ¿Lo dejamos así?».

Ella emitió un ruido de preocupación contra su garganta. Él le pasó la mano por el pelo enredado y luego la besó hasta que ella se perdió en él y él en ella, y luego nada importó excepto la paz que encontraron juntos en su cama.

Capítulo 9: Capítulo Nueve

Amelia no dejaba de mirar la sencilla argolla de oro que Marco le había puesto en el dedo hacía apenas unas horas en la pequeña capilla en el Strand. En ese momento estaban en un carruaje de pasajeros que se dirigía a través de Hatfield Heath hacia la frontera entre Hertfordshire y Essex. No estaba segura de si seguirían viajando después del cambio de caballos o si llegarían a su destino final.

Marcus llevaba la ropa nueva que le había regalado el señor Stultz, lo que a ella la hacía sentir como una vieja concursante incluso con su mejor vestido. Su vestido de seda era una reliquia de su pasado que llevaba al menos diez años pasado de moda. Bostezó y se inclinó más cerca del hombro de Marcus mientras el carruaje se balanceaba hacia la izquierda.

«¿Estás bien?», murmuró él.

«Sí, estoy bien». Ella le sonrió, percibiendo la tensión en su cuerpo y la expresión interior que significaba que se había despertado atrapado en algún lugar del pasado.

«Probablemente tengamos que caminar hasta la casa desde la posada», suspiró él, «casi me he quedado sin dinero».

«Bueno, tengo una guinea en mi bolso. Siempre podemos usarla».

Él la miró con una cálida sonrisa, «eres una de las mujeres más ingeniosas que he conocido. Puedo imaginarte haciendo milagros alrededor de una fogata con un pollo flaco y dos cebollas robadas».

«Entonces debes haber probado mi sopa de pollo, señor. Aprendí a cocinar con muy poco». En verdad, ella había tenido que aprender a cocinar. Su vida antes del matrimonio no había incluido habilidades tan útiles. La habían entrenado para administrar una casa llena de sirvientes en lugar de cómo hacer algo práctico. «¿A qué distancia está tu casa del pueblo?».

«A unos tres kilómetros. Lo cual es perfectamente caminable siempre que el clima se mantenga templado», la rodeó con el brazo, acercándola a él, «así que te sugiero que duermas un rato y recuperes fuerzas».

Con tacto, Amelia no mencionó que él era el que necesitaba recuperar fuerzas y se quedó dormida, muy consciente de los ronquidos y los pedos de los demás pasajeros y del cacareo de la gallina en una cesta de junco debajo de su asiento.

«¡Bishops Stortford!».

El grito del cochero hizo que ambos se despertaran de golpe e intentaran pasar por encima y alrededor de sus compañeros de viaje que continuaban hacia Newmarket. Las dos maletas de Amelia fueron recuperadas del carruaje y Marcus ofreció una moneda, que ella dudaba que pudiera permitirse, al mozo de cuadra que las bajó.

Todavía era de día y tenía una vista excelente desde donde el carruaje se había detenido junto a la posada ‘Cock Inn’, en la cima de la colina hacia la ciudad con sus antiguas ruinas del castillo y el río que corría alrededor del montículo.

Marcus se puso el sombrero, recogió las maletas de Amelia y vaciló. «¿Estás segura de que quieres caminar? Podríamos alquilar una calesa».

Amelia ató las cintas de su gorro con más fuerza en su lugar y sostuvo su mirada. «Estoy muy contenta de proceder como estaba previsto. ¿Nos vamos antes de que desaparezca la luz?».

Los guió a través de la calle hacia un camino más estrecho bordeado por altos setos verdes. Había muy poco tráfico, por lo que no tendrían que recurrir a caminar por la zanja fangosa que corría junto al camino elevado.

«Acabo de recordarlo. Hay un atajo», Marcus se detuvo en un portillo y levantó las bolsas por encima, volviendo a ofrecerle una mano a Amelia mientras trepaba por la parte superior. «Ese paso debería reducir el viaje a la mitad y llevarnos a la parte trasera de la casa».

Una llovizna ligera comenzó a caer mientras la luz del día se desvanecía. Amelia mantuvo la mirada en el camino irregular, sin apenas notar cuando los campos dieron paso a un paisaje más cuidado de árboles agrupados pintorescamente y un lago. La ayudó a trepar por la sección rota de un alto muro de piedra oculto en un bosquecillo de árboles.

«Es justo aquí abajo».

La tensión había vuelto a la voz de Marcus cuando empezaron a bajar la pendiente hacia las acogedoras luces de lo que parecía ser una casa relativamente grande.

«¿Estás completamente segura...?».

La agarró de la mano y la acercó mientras se acercaban a un arco de piedra con una superficie adoquinada en el interior. En algún lugar, un perro empezó a ladrar, seguido pronto por otros. Amelia intentó no resbalar mientras sus faldas húmedas y embarradas se enredaban alrededor de sus piernas impidiéndole avanzar.

«Marcus...».

Siguió moviéndose casi arrastrándola con él. Una puerta en el lado opuesto del patio se abrió y apareció un hombre, encogiéndose de hombros y poniéndose lo que parecía un abrigo negro de mayordomo.

«¿Quién está aquí?».

Marcus alcanzó al hombre y lo empujó para pasar. «Disculpe».

«No puede entrar aquí de golpe y...».

«Creo que puedo. ¿Está la familia cenando?».

«Sí, pero...».

Marcus aceleró el paso y Amelia lo acompañó a través de una confusión de rostros sorprendidos en las cocinas y luego subió unas escaleras hasta la casa propiamente dicha y siguió hacia el olor a rosbif y pudín de Yorkshire. Detrás de ellos, todavía podía oír al mayordomo protestando mientras los seguía, pero Marcus no se detenía por nadie.

El murmullo de la conversación la alcanzó y tiró con fuerza de su brazo. «Marcus. Por favor. Detente un momento. ¿No crees que deberíamos...?».

«No», se inclinó y la besó con fuerza. «Deséame suerte».

Entraron al comedor y todos se quedaron en silencio como si hubieran caído en un estado de ensoñación.

«Buenas noches», dijo Marcus.

Se oyó un grito ahogado y la anciana que estaba al pie de la mesa se puso de pie de un salto.

«¡Dios mío! ¿Marco? ¿Cómo puede ser esto? ¡Nos dijeron que estabas muerto!».

«Ahora, mira, quienquiera que seas, no puedes entrar en mi maldita casa y...».

«¿Tu maldita casa? Es extraño, pensé que era mía», respondió Marcus.

Amelia se tensó cuando un hombre más joven que tenía un parecido pasajero con su nuevo esposo se acercó furioso a ellos.

«¿Qué es esto? ¿Algún tipo de broma horrible? ¿Cómo te atreves a entrar aquí y molestar a mi abuela de esta manera?».

Marcus se mantuvo firme. «Ella también es mi abuela, Charlie. ¿No vas a darme la bienvenida?». Su mirada recorrió la habitación, «parece que todos se han sentido *muy* a gusto en mi ausencia».

«¿Marco?», Charlie miró fijamente al invitado no invitado. «¿Tienes pruebas?».

«¿Qué te gustaría que te probara?», Marcus pasó un dedo por la nariz de Charlie con indiferencia, «sé que te rompí la nariz con mi bate de críquet cuando hice un movimiento bastante directo a la pelota. Sé que la cicatriz sobre tu ceja fue causada cuando te burlaste de mi nuevo cachorro y él hundió sus dientes en tu cráneo. ¿Dónde está Grayfish, por cierto? ¿Está muerto como mi padre?».

El mayordomo entró con cuatro lacayos y se inclinó ante Charlie. «Milord, ¿desea que...?».

«Milord, ¿es así, Charlie? ¿Has asumido oficialmente el título?».

«Por supuesto que no», espetó Charlie.

«¿Pero ya has investigado lo que se necesita para asumirlo? No mientas. Ya he hablado con nuestro abogado de la familia». Marcus hizo una pausa cuando su hermano dio un paso atrás. «Tengo una prueba oficial de quién soy si alguno de ustedes todavía duda de mí».

El rostro de Charlie se arrugó. «Por favor... no seas así, todos estamos en estado de shock, nosotros... pensábamos que estabas muerto, nos *afligimos*», se pasó una mano temblorosa por la cara, «por favor, danos un momento para reaccionar».

Se volvió hacia Amelia y luego hacia Marcus. «Le pido perdón, señora. ¿Puedo preguntarle su nombre?».

Marcus respondió por ella. «Esta es mi esposa, Amelia. Su primer marido también era militar».

Charlie tragó saliva y luego hizo una reverencia. «Es más que bienvenida aquí, milady, pero...», su mirada se dirigió a una joven que estaba sentada como si se hubiera convertido en piedra en la mesa del comedor.

«Gracias», Amelia clavó sus uñas en la carne de Marcus. «Mi esposo no ha estado bien. Tal vez sería posible que nos retiráramos a refrescarnos antes de sentarnos junto a ustedes y...».

«¡Por supuesto!».

Charlie se volvió con evidente alivio hacia el mayordomo que se había quedado junto a la puerta. «Jenkins, ¿puede llevar a mi hermano y a su esposa al dormitorio azul?», miró el reloj, «¿quizá podrían unirse a nosotros en mi, quiero decir, en la biblioteca en una hora?».

«Eso sería muy agradable», Amelia hizo una reverencia. «¿Marcus?».

En cuanto la puerta del dormitorio se cerró detrás de ellos, Amelia puso tanta distancia entre ella y Marcus como pudo.

«Si querías poner al gato entre las palomas, sin duda lo conseguiste», se pasó una mano por el pelo oscuro.

«Se lo merecían. Sentados ahí, engordando con mi comida en mi casa mientras yo...».

Se sentó de repente y se cubrió la cara con las manos. «Dios, no sé qué me pasó. Todos parecían tan sorprendidos, como si la idea de que pudiera haber sobrevivido fuera tan inverosímil que no podían creer lo que veían sus propios ojos».

Lentamente la miró. «Se dieron por vencidos conmigo, Amelia. Dejaron de tener *esperanza*. Me parece imperdonable».

Ella se arrodilló a sus pies. «No lo sabes. Les echaste una mirada y simplemente asumiste que no les importó. Te comportaste *horrible*».

Apretó la mandíbula de una manera que se estaba volviendo demasiado familiar. «Mi hermano y mi abuela ordenaron a los abogados de la familia que buscaran formas legales de declararme muerto para que el título pudiera pasar a mi hermano».

«¿Qué título?».

«Haverling. El condado de Haverling».

«Oh, Dios mío, ahora soy una condesa», murmuró Amelia. «Finalmente hice exactamente

lo que mi padre quería y me casé con un noble», ella lo miró con el ceño fruncido. «¿Por qué no mencionaste esa información tan importante?».

«Porque mi *padre* era Havering. Yo siempre he sido vizconde de Stortford, que es un título que nunca me he molestado en usar», frunció el ceño. «¿Qué tiene que ver exactamente esto con lo que estamos discutiendo?».

«Ciertamente no tiene nada que ver con tu comportamiento actual», Amelia respiró profundamente. «Podemos hablar de eso más tarde. Ahora, ¿qué piensas hacer con tu hermano?».

Marcus exhaló. «Supongo que al menos debería intentar darle una audiencia justa».

«Ese sería un excelente comienzo».

«¿Y si descubro que tengo razón y que no quieren que vuelva?».

«Tendrán que acostumbrarse, ¿no?», Amelia lo miró con preocupación, «eres el conde de Havering. Si quieres echarlos a todos de tu casa, nadie te lo impediría».

«¿Y si no quiero quedarme?», se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas entre las rodillas, «¿y si he cambiado demasiado para sentar cabeza?».

Se encogió de hombros. «Entonces nos vamos».

Él la miró parpadeando. «¿Aceptarías mi decisión?».

«Podría discutir contigo al respecto, pero nunca obligaría a nadie a quedarse y cumplir con su deber si lo odiara».

Respiró profundamente, estremeciéndose, «estoy consciente de que después de esa actuación en el comedor, no merezco tal consideración. Tendrán todo el derecho a declararme loco».

«Marcus», dijo ella suavemente, «te han negado años de libertad, creo que al menos mereces estar enojado por haber sido olvidado».

Él asintió, «me disculparé con mi hermano y mi abuela cuando bajemos».

«¿Y con suerte, con esa pobre mujer que supongo que es tu prometida olvidada? Qué manera de darle la noticia», Amelia negó con la cabeza, «ella también merece una disculpa».

«Y se la ofreceré tan pronto como haya arreglado los asuntos con mi familia».

Hizo una pausa, «ni siquiera noté que estaba allí. Me doy cuenta de que ella no tiene la culpa de mi cambio de opinión. Yo soy el culpable y aceptaré plenamente la culpa».

«Mucho bien te hará si te mata de un disparo», murmuró Amelia, «eso es lo que yo estaría pensando en hacer».

«Bueno, recemos para que ella sea más indulgente que tú».

Amelia se puso de pie y se acercó al tocador para mirar su reflejo en el espejo. «Oh, Dios mío. Parece que he atravesado varios setos para llegar aquí. No me extraña que todas las damas me estuvieran mirando como si fuera algún tipo de ramera que sigue al campamento».

Miró a Marcus, que todavía estaba ocupando una silla. «¿Puedes llamar para pedir un poco de agua caliente? Al menos deberíamos intentar parecer respetables antes de reunirnos con tu familia nuevamente».

* * *

Marcus aminoró sus pasos mientras seguían al lacayo por las escaleras. La casa parecía extrañamente inalterada, como si nada hubiera sido tocado desde que se había ido. En verdad, como él era el heredero, no se *debería* haber tocado nada, pero, aun así, le daba al lugar una extraña sensación de haber quedado congelado en el tiempo.

La mano de Amelia descansaba sobre su manga mientras caminaba a su lado, con su mirada interesada en todas partes. Supuso que debería haber mencionado el título antes de casarse con

ella, pero no le había parecido importante en ese momento. También era demasiado tarde para cambiar lo que había sucedido. Tal vez no quisiera los honores y responsabilidades que acompañaban a su antiguo nombre, pero serían suyos hasta que muriera y otro heredara el condado.

«Es una casa hermosa, Marcus», murmuró Amelia.

«Supongo que lo es».

Lo había dado por sentado hasta que se encontró encerrado en una celda subterránea negra y maloliente donde apenas podía mantenerse en pie. Tropezó y casi se perdió el último paso.

«La biblioteca está aquí abajo».

Guió a Amelia a través del gran vestíbulo de entrada y hacia la izquierda. Era curioso cómo podía recordar todo sobre la casa, pero muy poco sobre la guerra. «Mi abuelo quería que su estudio estuviera lo más alejado posible del ruido del resto de la casa», hombre sensato, agradeció a Dios una vez más haber encontrado a Amelia. Su voz tranquila y su actitud eran las únicas cosas que mantenían sus emociones conflictivas bajo control. Había dejado Stortford Hall como un joven feliz y seguro de sí mismo, amado por todos. ¿Cómo demonios iba a reconciliarse su familia con la persona en la que se había convertido? Un hombre que no confiaba en nadie y que ni siquiera podía recordar exactamente qué lo había traído hasta ese día.

Cuanto antes viera a Jack y se ocupara de su regimiento, antes podría tomar algunas decisiones sobre su futuro. Al menos esperaba que, decidiera lo que decidiera, Amelia sería su amiga. El lacayo se detuvo en la puerta de la biblioteca y la abrió para ellos antes de dar un paso atrás. Marcus todavía esperaba tontamente que su padre estuviera sentado en el escritorio, pero su hermano estaba allí con su abuela.

«Pasa, Marcus, por favor», Charlie dejó su asiento a toda prisa y rodeó el escritorio para ofrecerles asientos más cerca del fuego. «Y lady Havering».

«Por favor, llámame Amelia».

«Sería un honor para mí hacerlo. Por favor, tú llámame Charles».

Marcus se sentó junto a su esposa. Ella deslizó su mano en la de él dentro de los pliegues de su falda todavía húmeda. Él se aclaró la garganta.

«Deseo disculparme por mi arrebato anterior. Fue un error de mi parte hacer tales suposiciones a los pocos segundos de mi regreso a esta casa».

«Entendemos que esto debe ser muy difícil para ti», dijo Charlie con cuidado, «también es algo impactante para todos nosotros, así que también debes perdonarnos si somos insensibles o demasiado curiosos». Se sentó al lado de su abuela. «¿Cuándo regresaste a Inglaterra?».

«Hace unos meses».

La sorpresa se reflejó en las facciones abiertas de Charlie. «¿Hace tanto tiempo? Yo...», se sonrojó, «perdóname. Ahí voy de nuevo siendo demasiado curioso».

Amelia le sonrió. «Tu hermano perdió la memoria. Le llevó bastante tiempo recordar quién era y a dónde pertenecía». Miró rápidamente a Marcus, quien asintió y luego continuó, «por lo que tengo entendido, fue hecho prisionero en España y estuvo cautivo durante varios años. Hay que suponer que después de la derrota de Napoleón, sus captores se dieron cuenta de que ya no habría motivos para retenerlo y lo liberaron».

«¿Cautivo?», Charlie negó con la cabeza, «hablamos con el comandante de tu regimiento y confirmó que habías sido atrapado en una emboscada. David Rice fue asesinado en el acto y Jack Llewellyn fue «retirado del servicio» discretamente. Intenté hablar con él, pero desapareció. Incluso su familia lo repudió».

«No te preocupes por Jack», dijo Marcus sombríamente, «me ocuparé de él yo mismo».

«Entonces, ¿qué más podemos hacer por ti?», Charlie escrutó el rostro de Marcus como si buscara alguna señal del hermano al que una vez había amado. «Obviamente, esta es tu casa y...».

«En realidad no tengo la intención de enviarlos a todos a empacar, Charlie», ofreció Marcus, «todavía ni siquiera he decidido si quiero vivir aquí».

«Pero *debes* hacerlo. Esta es tu casa. Aquí es donde el conde de Havering posee tierras, trata con sus arrendatarios y administra justicia. Siempre ha sido así».

«Y siempre has sido tú quien ha estado más consciente de esa tradición que yo. Padre no quería que me fuera a la guerra. Se esperaba que me quedara en casa y aprendiera mis futuras obligaciones. Tú eras el que debía ir». Charlie se sonrojó. «Estaba muy contento de dejarte eso a ti. No tenía estómago para la guerra. Esperaba que mientras estuvieras fuera con el ejército, pudiera aprender sobre la finca y ser de alguna ayuda para ti cuando regresaras». Marcus se preguntó cómo habría sido su vida si hubiera obedecido a su padre y se hubiera quedado en casa. Una de las razones por las que él y Jack se habían hecho amigos era porque ambos se habían rebelado contra sus padres. Si se hubiera quedado en Stortford Hall, ¿ahora estaría casado con su prima lejana y preocupado por el paradero de su hermano? Ya ni siquiera podía imaginar una vida así.

«Eres el hijo mayor, Marcus. Independientemente de lo que pienses de mí, nunca lo olvidé», dijo Charlie en voz baja.

«Yo fui quien le dije que averiguara cómo estaban las cosas con nuestros abogados, Marcus. Charlie no quería hacerlo».

Marcus volvió su atención hacia su abuela, que lucía exactamente igual que antes de que él se uniera al ejército. Sus ojos azules brillaban y su barbilla estaba sostenida en un ángulo desafiante que le recordaba a Amelia.

«Charlie estaba muy feliz de administrar la finca en tu ausencia para siempre. No pensé que eso fuera justo».

«¿Así que dejaste de buscarme y te concentraste en entrenar a mi reemplazo?», Marcus enarcó una ceja. «Muy sensato de tu parte».

«No nos rendimos. El Ministerio de Guerra nos dijo categóricamente que estabas muerto. Durante su juicio, Jack Llewellyn dijo que te vio caer de tu caballo durante la emboscada».

«¿Jack fue sometido a un *tribunal militar*?».

«Hubo algún tribunal militar involucrado», dijo la condesa viuda. «Me imagino que su padre, el duque, usó su influencia para evitar que se filtrara cualquier información negativa. Solo lo supimos porque le pedí a un viejo conocido mío del ejército que averiguara los detalles».

«¿De qué se acusó a Jack?».

Ella enarcó las cejas. «¿Por qué importa?».

«Porque...», Marcus miró impotente a Amelia, que escuchaba atentamente. «Siempre supuse que Jack había vuelto a casa y que vivía su feliz para siempre».

«Difícilmente», dijo Charlie. «Fue repudiado y desheredado por su padre y lo último que supe es que tuvo que trabajar para ganarse la vida como enfermero para soldados heridos».

Marcus luchó por asimilar esa información. Si Jack ya había sido castigado por sus crímenes contra sus compañeros soldados, ¿por qué el duque de Diable Delamere no lo había mencionado? No es que le hubiera dado al hombre muchas oportunidades de hablar en defensa de Jack...

«Estoy seguro de que si te comunicas con el jefe de tu regimiento, podrás averiguar exactamente qué le pasó», dijo Charlie. «¿Has decidido renunciar a tu comisión también?».

Marcus miró fijamente a Charlie. «Ya no me considero apto para ser soldado. Ciertamente tengo la intención de renunciar, aunque imagino que mi rango y puesto se cubrieron hace mucho tiempo».

Charlie se inclinó hacia delante, «entonces, ¿al menos te quedarás en casa hasta que todo se resuelva?».

«Supongo que sí». Marcus logró sonreír. «No tengo otro lugar a donde ir». Tragó saliva con fuerza. «¿Padre, quiero decir, todavía tenemos una casa en Londres?».

«Sí, por supuesto».

«Entonces tal vez sería mejor si fuera allí y primero llevara a cabo mis asuntos con el regimiento y las autoridades».

El rostro de Charlie se ensombreció y miró a la viuda. «La casa no tiene personal en este momento. Podría llevar unos días organizar y abrir las habitaciones. Si eso es realmente lo que quieres hacer. Es tu casa después de todo», dudó, «esperábamos que te quedaras aquí por un tiempo».

«Estaremos encantados de esperar aquí hasta que la casa tenga personal, ¿no es así, Marcus?», dijo Amelia apretándole la mano. «Te dará tiempo para volver a familiarizarte con la finca y tu familia».

Al parecer, su deseo de irse y cazar a Jack se veía frustrado a cada paso, incluso por su esposa. Había esperado años para su venganza. Podía esperar una semana, más o menos.

Él logró esbozar una sonrisa. «Sí, eso sería maravilloso».

Capítulo 10: Capítulo Diez

Amelia dejó a Marco durmiendo en el opulento dormitorio de invitados de color azul. Bajó las escaleras y un lacayo la condujo hasta un pequeño salón de desayunos en la parte trasera de la casa con vistas al jardín. Era muy emocionante volver a estar en una casa grandiosa con sirvientes que atendieran todos sus caprichos. Nunca había imaginado que volvería a tener una vida así, y ahora estaba allí, siendo una condesa y la esposa de un hombre que poseía miles de acres de Hertfordshire.

Era casi divertido.

La única otra ocupante de la habitación era la dama que Amelia había visto en la mesa la noche anterior. Probablemente tendría veintitantos años, la misma edad que Amelia, y vestía con un gusto bastante bueno. Llevaba el pelo castaño trenzado en una corona en lo alto de la cabeza de forma regia, lo que le sentaba bien.

«Buenos días», Amelia le ofreció una cálida sonrisa. «No creo que anoche nos hayan presentado adecuadamente. Soy Amelia, la esposa de Marcus».

«Y yo soy su prometida, Felicity Marcham. ¿Marcus no mencionó que ya estaba comprometido a otra?».

Amelia hizo una pausa, atrapada entre la diversión ante una respuesta tan brusca y el respeto por la mujer que la desafiaba. No había sirvientes en la habitación, así que no tuvo reparos en responder de la misma manera.

«Sí lo mencionó, pero insistió en que el matrimonio había sido arreglado por su padre cuando ambos eran bastante jóvenes, y que ninguno de los dos lo quería».

La señorita Marcham levantó la barbilla.

«Se firmaron los contratos; mi dote fue entregada a la herencia. Creo que, si fuera a un abogado, él con gusto procesaría a Marcus por incumplimiento de promesa».

«Estoy segura de que lo haría».

Amelia llenó su plato con comida y se sentó al lado de la señorita Marcham.

«¿Lo amas?».

«Eso no es asunto tuyo».

«Es cierto, pero estoy tratando de entender la situación. Obviamente, a Marcus le resulta fácil insistir en que siempre fueron más como hermano y hermana, porque eso me convenció de que estaría bien casarme con él».

La señorita Marcham resopló. «Dudo que necesitaras mucha persuasión».

«¿Disculpa?».

Esta vez, Amelia detectó una mueca de desprecio muy definida. «Por lo que me dijo Charlie, seguiste el tren de equipajes del ejército».

«Lo hice, pero no entiendo qué tiene que ver eso con que me haya casado con Marcus».

«Las mujeres como tú, *seguidoras del campamento*, siempre encontrarán una forma de sobrevivir. ¿Lo persuadiste para que se casara contigo cuando estaba borracho, incapacitado o herido?».

Amelia controló su temperamento con lo que consideró una moderación admirable.

«En realidad, no conocí a Marcus hasta que apareció en mi pueblo. Yo ya había regresado a Inglaterra como viuda».

«Donde obviamente estabas buscando a otro hombre que cuidara de ti».

Amelia levantó la barbilla. «Odio contradecirte, pero eso no fue lo que pasó. Encontré a

Marcus inconsciente en la calle del pueblo y lo traje a casa para cuidarlo.

«Y te aproveché de su estado de debilidad».

«Señorita Marcham, conoce a Marcus desde hace años. ¿De verdad cree que alguna mujer podría aprovecharse de él? Es bastante formidable», Amelia controló los restos de su temperamento. «No vine aquí para discutir sobre cómo o por qué terminé aceptando casarme con su prometido. Solo quería escuchar su versión de la historia. En realidad, usted ha dicho muchas cosas desagradables sobre mi carácter y deseos y, sin embargo, no expresó ninguna emoción sobre Marcus, el hombre con el que estaba comprometida».

La señorita Marcham enarcó las cejas. «¿Qué tiene que ver el matrimonio con la emoción? Me prometieron a él a una edad temprana. He esperado pacientemente a que regresara a mí, más allá de toda esperanza y expectativa. ¿No tengo derecho a enojarme cuando usted aparece en su lugar?».

«Uno podría pensar que su primer sentimiento sería el alivio de que no muriera», Amelia sostuvo la mirada de su compañera. «Si lo amara, claro está».

Se oyó el sonido de alguien aclarándose la garganta y Amelia levantó la vista para encontrar a Charles Stortford enmarcado en la puerta. Con un sonido ahogado, la señorita Marcham se puso de pie.

«Disculpe».

Empujó a Charles y salió de la habitación, dejando a Amelia frente a su cuñado.

«Pido disculpas, Charles. Normalmente no busco peleas en la mesa del desayuno», Amelia hizo una mueca. «Debes pensar muy mal de mí».

«No creo que fueras la única que se peleó», entró más plenamente en la habitación y se sentó frente a Amelia antes de servirse café de la alta cafetera de plata que estaba sobre la mesa. «Felicity puede ser bastante franca a veces».

Amelia no dijo nada al respecto. Ya había molestado a un miembro de la familia de Marcus y no tenía intención de terminar en desacuerdo con su hermano. Sabía cómo se sentía estar distanciada de los parientes y haría todo lo que estuviera en su poder para asegurarse de que Marcus tuviera todas las oportunidades para sanar las heridas dentro de su familia.

«No quise molestarla», titubeó, «no me gusta hablar de asuntos tan personales, pero Marcus me aseguró que ninguno de los dos quería que él y la señorita Marcham se casaran. No me habría casado con él si hubiera creído lo contrario».

Charles sonrió. «Dudo que tuvieras muchas opciones si mi hermano estaba decidido a hacerlo. Puede que no parezca el mismo por fuera, pero siempre fue bueno para salirse con la suya».

«Sufrió mucho en la guerra», dijo Amelia suavemente, «sentía que todos lo habían abandonado y olvidado».

«¿Y quién puede culparlo? Volver aquí después de sobrevivir a los horrores del cautiverio y encontrarnos a todos aquí... viviendo en su casa intacta por la guerra. Dios, me avergüenzo de *mí mismo*», su voz se quebró y Charles rápidamente miró hacia otro lado. «Daría cualquier cosa por hacerlo feliz. Por devolverle su antigua vida, pero no puedo, ¿verdad?».

«Puedes darle la bienvenida de nuevo a tu familia y aceptar que ha cambiado bastante profundamente». Amelia vaciló, «sufre de fuertes dolores de cabeza y pérdida de memoria que lo hacen enojar y frustrarse. Estoy segura de que esas cosas mejorarán con el tiempo, pero en este momento todavía está luchando contra ello».

Charles exhaló lentamente. «Gracias por compartir tus pensamientos sobre este asunto. Creo que Marcus es un hombre afortunado por haberte conocido».

«La señorita Marcham no está de acuerdo. Cree que me propuse tenderle una trampa», Amelia suspiró. «supongo que la conoces mucho mejor de lo que yo jamás podré. ¿Hay algo que puedas decirle que pueda hacerla sentir mejor con respecto a esta horrible situación?».

«Sin duda haré todo lo posible por ayudarla», Charles dudó, «tal vez debería hablar directamente con Marcus. Si alguien puede hacerla entender cómo se siente él y por qué actuó de esta manera, es él. Puede que ella no lo haya amado, pero desde mi punto de vista, siempre lo adoró».

Había una nota melancólica en la voz de Charles que hizo que Amelia lo estudiara atentamente. Había vivido con la señorita Marcham durante años y obviamente le tenía bastante cariño.

«No le deseo ningún daño, y estoy segura de que Marcus quiere lo mejor para ella». Amelia sirvió más café a Charles. «Sin embargo, no estoy segura de que Marcus aprecie que ella intente llevarlo a los tribunales por incumplimiento de promesa».

«Dijo que iba a hacer eso, ¿lo hizo?», Charles sonrió, sorprendentemente. «Siempre sale a pelear como una verdadera luchadora. Me disculpo, *quiero decir...*».

«No es necesario», dijo Amelia, «entiendo lo que quisiste decir. Después de todo, pasé varios años siguiendo al ejército».

«Felicity no es la cosita tímida que Marcus podría recordar».

Amelia lo miró a los ojos. «Entonces, tal vez sea hora de que Marcus lo entienda y garantice que su futuro esté tan protegido y bien dotado como pueda hacerlo».

«La propiedad es lo suficientemente rica como para soportar la retirada de su dote; me aseguré de eso».

«Entonces Marcus también debería agradecerte por cuidar tan bien de sus posesiones».

Charles bajó la mirada hacia su taza. «Era lo menos que podía hacer por los dos. Quería asegurarme de que la propiedad prosperara, quienquiera que estuviera al mando, y que Felicity tuviera la libertad de casarse de nuevo. Hace años le dije que era libre de dejarnos y encontrar un nuevo marido, incluso le prometí que le devolvería su dote con el tiempo y me aseguraría de que su familia lo supiera, pero se negó. Creo que tenía demasiado miedo. Ha vivido aquí con nosotros desde que era una niña».

«Eres un hombre muy bueno, Charles Stortford», Amelia brindó por él con su taza de café.

«Un hombre que dejó de buscar a su propio hermano, que se dio por vencido...».

«El Ministerio de Guerra dijo que estaba muerto; Jack Llewellyn lo confirmó. ¿Qué más se suponía que debías pensar?», se acercó y le dio una palmadita en el puño cerrado. «La guerra es horrible y caótica y la gente que amamos muere y nunca regresa», tragó saliva con fuerza, hiciste lo mejor que pudiste para seguir adelante en nombre de tu hermano. Estoy segura de que, con el tiempo, te estará agradecido por lo que hiciste».

Cuando envió una carta a sus padres para decirles que Matthew había muerto, no recibió nada a cambio, ni siquiera un reconocimiento de lo que había escrito. En lugar de recordarla, habían optado por borrarla por completo de su familia.

Terminó su café y decidió volver arriba para ver si Marcus se había despertado. Lo mínimo que podía hacer era prepararlo para la ira de la señorita Marcham y el aparente remordimiento sincero de su hermano. Sus pasos se hicieron más lentos mientras subía las escaleras. Pero ¿debería siquiera estar haciendo esto? Tenía tendencia a querer tratar de manejar a la gente. ¿Estaba tratando a Marcus como a un inválido que no podía resolver estos asuntos familiares íntimos por sí mismo?

Llegó a su dormitorio y entró para encontrar a Marcus despierto, su mirada azul oscuro

ahora fija en ella.

«Debiste haberme despertado».

Se obligó a sonreír. «Parecías cansado. Desayuné con tu hermano y tu prometida. Fue muy estimulante».

«¿Interfiriendo otra vez, Amelia?».

Caminó hacia él y su sonrisa desapareció.

«¿Lo estoy?».

«¿Estás qué?».

«¿Interfiriendo?», suspiró, «¿odio ver a tu familia peleando entre sí».

Él le tendió la mano y ella la tomó de mala gana mientras él la empujaba hacia la cama. «Sé que quieres ayudarme y me alegro de que estés aquí para ofrecermelo tu apoyo, pero parte de esto...», hizo una pausa, «parte de este lío lo he creado yo y tengo que encontrar una manera de solucionarlo por mí mismo. ¿Entiendes?».

«¿Como casarte conmigo cuando tenías una prometida perfectamente buena esperándote en casa?».

Él arqueó una ceja. «Creo que esa fue una de mis mejores decisiones».

«No creo que la señorita Marcham esté de acuerdo contigo».

«Me encargaré de eso, te lo prometo», se llevó la mano de ella a los labios y la besó. «¿Está siendo grosera?».

«Sin duda no está contenta de que la suplante una seguidora del campamento».

«Felicity no debería hablarte así», su boca se tensó.

Ella se inclinó para besarlo. «No te enojés. Es verdad. Seguí a los militares, y la gran mayoría de las mujeres que hicieron lo mismo definitivamente no eran respetables».

* * *

«Amelia...».

Él enredó su mano en su cabello, atrapéandola contra él y besándola hasta que ella le entregó su boca con un suspiro. Deslizó una mano por su espalda y suavemente le subió la falda y las enaguas hasta descubrir la parte superior de las medias y las ligas.

«Felicity no te conoce en absoluto. Eres la mujer más valiente que he conocido», murmuró contra sus labios mientras continuaba besándola.

«No soy valiente», susurró ella, «a veces me siento como una completa cobarde».

«No para mí». Deslizó su mano más arriba por su muslo y la colocó sobre su nalga, presionándola contra él hasta que se sentó a horcajadas sobre su regazo. Lo único que lo separaba de la cálida bienvenida de su sexo era la sábana entre ellos. «Ambos sabemos que soy el único cobarde aquí, mi amor».

Ella ahuecó su rostro entre sus manos y lo miró a los ojos, con una sonrisa en los labios. «Te capturaron cumpliendo con tu deber y has regresado a casa a pesar de todas las dificultades. La mayoría de la gente pensaría que eres valiente y bastante extraordinario».

«Preferiría que no me señalaran como a un animal extraño en una feria del condado», se quejó, «he tenido suficiente emoción en mi vida para que me dure para siempre».

Ella se rió y lo besó. «Estoy de acuerdo. No puedo esperar a verte convertirte en uno de esos viejos caballeros estirados que fruncen el ceño a los jóvenes y se quejan de lo mucho mejor que eran las cosas en su época».

«Dudo que diga eso. Si algún hijo mío puede evitar involucrarse en una guerra, le estaré eternamente agradecido», él sostuvo su mirada. «¿Quieres tener hijos?».

«Creo... que sí».

«No pareces muy segura».

Ella suspiró, «estuve embarazada una vez cuando estaba en Francia. Perdí al niño cuando tuvimos que hacer una retirada apresurada debido a las tropas francesas que avanzaban. Casi me muero. Nunca he concebido desde entonces. Puede que no pueda hacerlo».

«Lo siento». Besó la punta de su nariz y luego su boca. «La guerra no solo afecta a quienes luchan en ella. Otros inocentes también se ven obligados a involucrarse». La imagen de un niño inclinado sobre él atravesó su conciencia y se quedó paralizado.

«¿Qué pasa?».

«Acabo de recordar a un chico que conocí durante mi cautiverio. Venía a traerme agua y luego se quedó para cortar todos los botones plateados y encajes de mi uniforme. Estaba demasiado débil para detenerlo», sonrió a medias, «en estas circunstancias, no podría culparlo por hacer todo lo posible por mantenerse con vida».

«Si no quieres tener hijos, no deberíamos estar haciendo esto», Amelia se balanceó contra él. «De hecho, no deberíamos haberlo hecho en absoluto».

«Estoy más que dispuesto a aceptar las consecuencias de esta elección en particular», murmuró Marcus. «Siempre y cuando tú también lo estés».

En respuesta, ella se arrodilló sobre él y empujó hacia abajo la sábana entre sus cuerpos, liberando su pene. Él colocó sus manos en sus caderas y la atrajo hacia él, gimiendo con la sensación de estar agarrado firmemente dentro de su suave calor.

«Esto es bueno, Amelia».

Ella lo miró y su cabello le rozó la mejilla. Con un sonido ahogado, la rodó debajo de él y se apoyó sobre sus codos por encima de ella.

«Lo siento... a veces no soporto estar atrapado debajo de ti».

Su sonrisa desapareció. «¿Alguien te encadenó a una cama y te forzó?».

Cerró los ojos y se estremeció, enterrando su rostro en la curva de su cuello y simplemente dejó que sus instintos tomaran el control hasta que no pudo pensar en nada más que en la exquisita estrechez alrededor de su pene embestido y la necesidad de correrse profundamente dentro de ella.

Ella jadeó su nombre cuando él llegó al clímax y clavó sus uñas en sus hombros. El dolor agudo solo aumentó su disfrute.

«Marcus...», sus dedos acariciaron el cabello húmedo en la parte posterior de su cuello. «¿Qué te pasó?».

Se dio la vuelta y miró hacia el dosel sobre sus cabezas. «No puedo recordarlo. Todo lo que sé es que no puedo soportar sentirme atrapado».

Ella tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de él. «Lo siento. Me estoy entrometiendo de nuevo, ¿no? Siempre quiero arreglar las cosas».

Dejó escapar un suspiro que ni siquiera era consciente de que estaba conteniendo. «No es tu culpa. Realmente no sé qué pasó. Veo destellos de algo, de una familia, de ser utilizado como un animal y luego se desvanecen», se estremeció. «En verdad, no estoy seguro de querer recordarlo todo. Tengo miedo de volverme loco».

Eso, al fin lo había dicho en voz alta. Era su peor miedo.

Ella se levantó sobre un codo y lo miró. «No dejaré que te vuelvas loco».

«No creo que puedas ser capaz de detenerme».

«He visto cosas terribles, Marcus, cosas que ninguna jovencita educada debería ver, y he sobrevivido hasta ahora. Puedes contarme cualquier cosa», añadió ella.

«¿Incluso si eso me ha afectado directamente?».

«La guerra es horrible. Nadie escapa de ella sin arrepentimientos. Incluso yo...», se detuvo y se estremeció, «a veces, cuando cuidaba pacientes, tenía que decidir a quién cuidaría, quién tenía más posibilidades de sobrevivir. Me odiaba a mí misma por tener que tomar esas decisiones. Todavía sueño con esos rostros, con todos esos hombres que no pude salvar, especialmente los que tuvieron que quedarse atrás...».

Él le colocó un mechón de su cabello castaño rojizo detrás de la oreja con una mano temblorosa. «Vaya pareja que somos».

Ella sonrió, «en efecto».

Él la besó y se puso encima de ella, más lento y más suave esta vez, compartiendo el placer en oleadas lentas y extáticas mientras se miraban a los ojos. No había lugar para que él se escondiera. Tampoco había lugar para ella, solo un deseo mutuo y una honestidad que desafiaba todo lo que habían visto y de alguna manera lo hacía soportable.

Sintió cada apretón de su útero, cada pulso separado de su semilla mientras la llenaba y cada suave sacudida mientras ella se balanceaba contra él.

Paz.

Algo que nunca pensó que volvería a encontrar. Tal vez solo paz en su propia cama y dentro del cuerpo de su esposa, pero era un comienzo. Seguramente era eso...

* * *

«Felicity».

Marcus lo intentó de nuevo mientras Felicity se levantaba e intentaba salir de la sala de estar donde finalmente la había encontrado.

«Esto es ridículo. Necesitamos hablar sobre la desafortunada situación en la que nos encontramos».

Sus ojos destellaron fuego. «¡La situación es toda tuya, Marcus! ¿Cómo pudiste casarte con esa mujer?».

«No estoy aquí para hablar de mi esposa. Solo deseo hablar de lo que puedo hacer para compensarte».

Felicity apartó la mirada de él. «Oh, seguro que compensarás lo que hiciste. Te llevaré a la ruina».

«¿Por qué?».

«¿Qué quieres decir? Rompiste tu promesa. ¡Me abandonaste por una desvergonzada seguidora de campamentos!».

Marcus se sentó frente a ella y ordenó sus pensamientos. Las mujeres enojadas ocupaban un lugar destacado en su lista de preocupaciones que debía evitar, pero tenía que lidiar con su prima. Su enojo era culpa suya después de todo y estaba bastante justificado.

«Ya habíamos acordado antes de que me fuera a España que no encajaríamos juntos».

«¿Y? Tal vez decidí cambiar de opinión».

«¿Por qué harías eso? Éramos *amigos*; no había nada en absoluto romántico entre nosotros. Seguramente no puedes estar diciendo que mi ausencia hizo que tu corazón se encariñara más».

Sus mejillas se sonrojaron y lo miró con enojo. «Habría hecho mucho bien a mi reputación si de repente hubiera declarado que ya no quería estar comprometida con un hombre que luchaba heroicamente contra los enemigos de nuestro país».

«Eso es lo primero que has dicho que tiene sentido», dudó, «puedo ver que eso podría haberte complicado las cosas. Y luego, cuando no regresé, ¿sentiste que tenías que permanecer soltera para honrar mi memoria?».

Ella soltó un bufido poco elegante. «Te halagas tú mismo».

«Entonces, ¿por qué...?».

«¿Qué se suponía que debía hacer, Marcus? ¿Anunciar que ya no me consideraba comprometida contigo e ir a Londres para asistir a una temporada? ¿Cómo se suponía que iba a lograr eso? Tu abuela no me habría aceptado y, hasta donde entendí las circunstancias de Charles, mi dote estaba tan firmemente arraigada en las finanzas de Stortford que nada menos que la pólvora podría desalojar un centavo de ella».

«Lo siento, Felicity. No lo pensé. Tienes toda la razón en estar enojada», Marcus encontró su mirada furiosa. «En cuanto entienda cómo funcionan las cosas, por supuesto que te daré todo el dinero de tu dote».

«Eso me servirá de mucho ahora», le espetó, «tengo veintiséis años, Marcus. Soy demasiado mayor para casarme».

«Tonterías. Si quieres casarte, haré todo lo que esté en mi poder para que suceda. Si deseas regresar a Londres, tal vez Amelia pueda acompañarte como dama de compañía...».

«Como si fuera a permitir que ella me domine», respondió molesta.

Marcus se contuvo con un poco de esfuerzo. Había olvidado lo terca que podía ser. «Entonces, tal vez mi abuela podría llevarte o algún otro pariente. Estoy seguro de que podemos encontrar a alguien adecuado».

«¿Por qué te molestarías?».

«Porque me siento muy culpable por ti».

Su única respuesta fue un resoplido. Él extendió la mano y tomó su mano. «Felicity, solíamos ser amigos. Podemos hacerlo mucho mejor que esto. Juro por la tumba de mi padre que haré todo lo que esté en mi poder para compensarte, pero no puedo permitir que hables mal de mi esposa», dudó, «cuando la conozcas mejor, estoy seguro de que llegarás a simpatizar mucho con ella. Me salvó la vida. Le debo todo».

«Y lo consiguió todo, ¿no?».

«Solo después de que le rogué y le supliqué que volviera y se casara conmigo».

«Entonces es más inteligente de lo que parece».

«Dios mío, sí. Seguro que sabías que no se me ocurriría casarme con alguien que no fuera tan inteligente como tú, Felicity».

«Está bien», retiró la mano de la de él, «haré todo lo posible por ser cortés con ella».

«Te lo agradecería enormemente. Y en cuanto al resto, he quedado con el señor Berry para hablar mañana sobre varios asuntos relacionados con la herencia. Me aseguraré de mencionar la liberación de tu dote como algo de suma importancia».

«Yo también pienso eso».

«Parece que Charles piensa...».

Volvió la cabeza y recogió su bordado, «Charles ha trabajado muy duro para poner en orden la herencia. Espero que lo aprecies».

«Sí», Marcus se puso de pie mientras amenazaba con un dolor de cabeza. «No te preocupes. Tengo la intención de asegurarme de que reciba una compensación por todo el trabajo que ha hecho», hizo una pausa, «lo conoces mejor que yo, Felicity. ¿Podré alguna vez compensar la pérdida del título a su favor?».

«Por el amor de Dios, Marcus, no seas ridículo», se alegró de que ella pareciera haber vuelto a tratarlo como a un hermano mayor aburrido. Una cosa que ella nunca había sido era una malhumorada. «Charles lo hizo por ti. En su corazón, siempre pensó que volverías, incluso después de que todos los demás, incluida yo, habíamos perdido la esperanza».

«Entonces estoy doblemente en deuda con él». Marcus hizo una reverencia. «Gracias. Sé

que esto no es fácil para ti, Felicity, ni para Charles, pero aprecio tu comprensión más de lo que puedo decir».

Sus manos se retorcieron juntas sobre su regazo. «No me importa lo que pienses de mí y de mi comportamiento. Todo lo que quiero es que Charles sea reconocido por su lealtad y devoción inquebrantables».

«Lo entiendo».

Ella sostuvo su mirada. «Gracias. Y ahora supongo que debería llamar al ama de llaves y a la cocinera y presentarles a tu esposa».

«Su nombre es Amelia».

«Cumpliré con mi deber hacia ella por tu bien y por el bien de esta familia», ella le hizo un gesto para que se fuera. «Dile que se reúna conmigo en la pequeña sala de estar junto a la escalera de servicio».

Marcus hizo una reverencia y salió de la habitación. Parecía que le llevaría una eternidad volver a su dormitorio. Estaba bastante seguro de que Felicity aceptaría su ayuda para liberarse de su familia. Era notablemente clara y directa sobre todo y su orgullo significaba todo para ella. Se presionó una mano en la sien. Cada encuentro con su familia le hacía doler la cabeza en un inútil intento de darle sentido a su pasado y al papel que ellos habían desempeñado en él. Había tantos huecos donde su memoria estaba en blanco. Seguía preocupándose de que si no se concentraba mucho no entendería nada en absoluto.

Su dormitorio estaba benditamente tranquilo y aprovechó la oportunidad para sentarse en una silla frente al parque y mirar a la nada. Finalmente, su corazón dejó de latir aceleradamente y su dolor de cabeza remitió. Lo habían preparado para hacerse cargo de las propiedades de Stortford desde su nacimiento, pero lo que una vez le había resultado natural, ahora le parecía forzado y falso y...

Malditamente agotador.

¿Cómo iba a manejar todo? La idea de ser responsable del bienestar de otra persona le aterrorizaba. Él protegería a Amelia con su vida, pero ¿a todos los demás? ¿A su personal, a sus inquilinos y a la gente que dependía de él? Ya no quería estar a cargo del destino de nadie. La guerra había sacudido todas sus certezas sobre Dios y el orden de las cosas. Ahora lo único que veía era caos.

Echó otra mirada a los campos cuidadosamente cuidados, su mirada se dirigió a la antigua torre de la iglesia en el lejano centro de Bishops Stortford. El tiempo pasaba. Las familias prosperaban y morían siguiendo un patrón desconcertante que nadie podía siquiera intentar comprender. Tal vez saber eso, saber que el desorden estaba a un pelo de distancia, lo convertiría en un mejor administrador.

Con Amelia a su lado, no había ninguna posibilidad de que corriera a Londres y jugara, usara prostitutas y bebiera para gastar su fortuna. Si se quedaba como cabeza activa de la familia Stortford, haría todo lo posible por proteger la finca contra cualquier posible desastre. Y si se trataba de luchar cuerpo a cuerpo para defender su tierra, era perfectamente capaz de matar.

Todos los hombres lo eran.

Marcus calculó cuántos días pasarían antes de que pudiera regresar a Londres. Si hubiera juzgado al duque de Diable Delamere con precisión, Jack estaría muy al tanto de su regreso. Tanto si Jack quería encontrarse con Marcus como si no, al final no tendría otra opción. Lo encontrarían y se darían explicaciones. Y luego habría un ajuste de cuentas entre ellos.

Capítulo 11: Capítulo Once

«Espero que no te importe volver a Londres tan rápido», dijo Marcus.

Amelia se giró para estudiar su rostro severo, «No cuando viajamos con tanto estilo. Supongo que estás intentando encontrar a Jack».

«Sí».

Marcus se pellizcó el puente de la nariz como si le doliera la cabeza, lo que probablemente era así. Ella había notado que sufría de muchos dolores de cabeza, especialmente cuando estaba estresado o intentaba leer durante largos períodos de tiempo. Había pasado la mayor parte del día anterior encerrado en la sala de la finca con Charles y el agente inmobiliario y había salido pálido y se había ido directamente a la cama.

«Por suerte, podemos alojarnos en Stortford House. Está en una ubicación muy conveniente».

«Seguro que sí», Amelia frotó la ventanilla de cristal del carruaje con la punta de su guante. «¿Dónde esperas encontrar a Jack?».

«No estoy seguro. Sospecho que tendré que volver a casa del duque de Diable Delamere».

«Oh, querido».

Marcus levantó la vista. «¿Lo conoces?».

«Apenas», Amelia se apresuró a disimular su error.

«Querida, estoy bastante seguro de que creciste en la mejor sociedad. No hay necesidad de fingir lo contrario».

Ella no dijo nada y después de un momento él continuó hablando.

«El duque tiene muchos contactos y me dio a entender que conocía bastante bien a Jack», frunció el ceño, «aunque no mencionó que Jack había sido dado de baja del ejército y había sido repudiado por su propia familia. *Trató* de decirme que no debía creer todo lo que había oído».

«¿Crees que Jack también podría ser inocente?».

«No lo sé», Marcus se encogió de hombros, «no veo cómo. A pesar de que se alistó como soldado regular, es hijo de un duque. Su padre podría haber usado su influencia para reducir los cargos simplemente para proteger el nombre y la reputación de la familia».

«Eso suena tal un aristócrata», convino Amelia.

«¿Qué hizo exactamente tu padre para proteger su nombre de familia, Amelia?».

«Lo que consideró necesario», Amelia volvió a mirar hacia la ventana. «Creo que usaré esa guinea que ahorré para aventurarme en los mercados y comprarme la tela para un vestido nuevo. Apenas puedo salir con este vestido viejo».

«No hay necesidad de que hagas eso».

«Hay toda la necesidad. Me veo muy desarreglada».

«Felicity ya ha hecho arreglos para que una modista te atienda en Stortford House».

«¿Lo ha hecho?».

«Pensó que estarías complacida». Su risa tranquila la hizo darse la vuelta para mirarlo. «Dijo que no quería que nadie te confundiera con una de las sirvientas».

«Felicity es una joven extremadamente controladora, pero me siento notablemente aliviada de que haya decidido no odiarme», Amelia se mordió el labio. «No tengo el dinero para pagarle a una modista».

«Eres la condesa de Havering. Puedes permitirte lo que quieras», Marcus hizo un gesto airoso con las manos. «Créeme, vi las cuentas ayer. Charlie ha hecho maravillas con la

propiedad. Mucho mejor de lo que yo hubiera hecho. Tengo la intención de hacerte una asignación trimestral, pero pide lo que necesites por ahora y podemos saldar las cuentas más tarde».

Amelia parpadeó y lo miró. «¿Hablas en serio?».

Su sonrisa se ensanchó. «Absolutamente. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un vestido nuevo?».

Ella bajó la mirada hacia sus útiles faldas azules. «¿Que no haya ayudado a hacer yo misma? Ese habría sido el año de mi debut en la sociedad. Hace una vida».

Él tomó su mano y besó sus dedos. «Entonces, estoy encantado de ofrecerte *carta blanca*», le guiñó un ojo, «en el sentido financiero».

«Yo...», ella tragó saliva con fuerza. «Desearía poder ser noble e insistir en que estoy bastante contenta con mis viejos vestidos, pero no puedo. La idea de un vestido nuevo, y mucho menos varios, me hace muy feliz», ella le apretó la mano. «Gracias».

Él se inclinó y le besó la nariz. «Gracias por casarte conmigo. Si tengo que gastar el dinero de Haverling, prefiero gastarlo en ti que en mí», su expresión se tornó seria. «Y si vamos a escalar los muros de la sociedad en busca de Jack, necesitamos la armadura adecuada».

«¿Pensé que tu abuela dijo que estaba trabajando como enfermero?».

«¿Jack? ¿Eso dijo ella?», frunció el ceño, «no lo recuerdo. Todo lo que sé es que hay alguna conexión entre él y el duque. Si queremos encontrar a Jack, tendremos que enfrentarnos a la mansión del duque en Grosvenor Square».

Amelia se estremeció un poco. «No puedo esperar».

* * *

Cinco días después, vestida con su recién llegado vestido de mañana, Amelia estaba de pie junto a Marcus en los escalones que conducían a la extremadamente grandiosa casa del duque. La tarjeta de visita de Marcus fue aceptada, y fueron conducidos al salón de azulejos blancos y negros y subieron las escaleras hasta el salón de la duquesa. Los músculos de Marcus se tensaron debajo de la fina tela de su manga y casi se acobardó frente a la puerta.

Amelia le apretó el brazo. «Ánimo, amigo mío».

«El conde y la condesa de Haverling, Su Gracia». El mayordomo hizo una reverencia y se hizo a un lado, dejándoles pasar. Solo había otra persona presente en la habitación.

Una elegante mujer que llevaba un vestido de seda azul que Amelia codició al instante se puso de pie y se acercó a ellos. No era una belleza clásica, pero era atractiva y claramente consciente de su valor. Amelia no recordaba haberla conocido antes, lo que fue un alivio. Había pasado varios momentos de ansiedad preguntándose si alguno de sus antiguos socios la reconocería después de casi diez años alejada de la sociedad londinense.

«Buenas tardes. Su Gracia dijo que debería esperar que me visitara». La duquesa tomó la mano de Amelia entre las suyas. «También creo que debería felicitarla por su reciente matrimonio».

Amelia hizo una reverencia. «Gracias, Su Gracia».

A su lado, Marcus hizo una profunda reverencia. «Su Gracia».

«Por favor, vengan y siéntense conmigo». La duquesa volvió a sentarse. «Entiendo que ha regresado recientemente a Inglaterra, milord».

Marcus estudió a la duquesa con atención. «Con el debido respeto, Su Gracia, está notablemente bien informada».

«Su Gracia es quien tiene toda la información. Solo me aseguro de que la comparta conmigo cuando es necesario».

«Entonces probablemente también sabrá que estoy buscando a Jack Llewellyn».

«Eso he oído», la duquesa fijó su mirada inteligente en Marcus. «Aprecio mucho a Jack. Cuidó bien de mi hermano Michael, que resultó herido durante la guerra», sonrió a Amelia. «Después de la intervención de Jack, Michael se hizo lo suficientemente fuerte como para asumir el trabajo bastante complejo de secretario del duque».

«¿Michael Waterstone es su hermano, duquesa?», preguntó Marcus.

«En efecto, lo es. ¿Lo conoce?».

«Lo conocí hace unas semanas cuando vine por primera vez a buscar al duque. Creo que también conozco al menos a uno de sus hermanos mayores que luchó en España».

«Mi esposo dijo que era militar, milord. ¿Es así como también conoció a Jack?».

Amelia miró a la duquesa. No había nada en su rostro que indicara que sabía cuánto culpaba Marcus a su amigo por su situación actual. Era posible que el duque de Diable Delamere no hubiera compartido absolutamente todo con su formidable esposa. También era posible que la duquesa no hubiera creído al duque si lo hubiera hecho.

«Sí, también conocí a Jack en España».

«Se encuentra actualmente en Gales por encargo del duque».

Marcus frunció el ceño. «¿Aún no ha regresado?».

«Esperamos que vuelva en breve. Estaba acompañando a su esposa a casa y podría haberse visto envuelto en asuntos familiares».

«¿Su esposa?», Marcus preguntó, «pensé que estaban distanciados».

«Lo estaban», la duquesa suspiró, «creo que el duque esperaba que pudieran resolver sus diferencias durante el viaje, pero sospecho que está siendo bastante optimista».

«¿Sobre qué, querida?».

«Ah, ahí estás, Su Gracia».

Amelia miró hacia la puerta cuando entró el duque de Diable Delamere. Vestía un abrigo negro y lino blanco que enfatizaba la línea dura de su mandíbula y su nariz autocrática. Sus ojos plateados estaban fijos en ella de manera desconcertante.

Marcus se puso de pie lentamente. «Su Gracia. Entiendo que Jack aún no ha regresado».

«Está en lo correcto». El duque avanzó hacia la habitación y se detuvo junto a su esposa para tomar su mano y besarla. «Señora, su obediente sirviente. Le pido disculpas por llegar tarde». Su mirada se dirigió a Amelia. «¿Sería tan amable de presentarme?».

Marcus dio un paso adelante y puso su mano sobre su hombro. «Esta es mi esposa, Amelia, condesa de Havering».

La reverencia del duque fue perfecta. «Un placer, milady», miró a Marcus. «¿Después de todo su prometida decidió no esperarlo?».

«Acordamos separarnos. Ella es libre de casarse con quien elija, Su Gracia».

«Entonces sospecho que se casará con su hermano. A menudo he pensado que harían una pareja admirable», el duque tomó asiento junto a su esposa. «¿Me servirías un poco de té, querida?».

* * *

Marcus se puso el sombrero y le ofreció el brazo a Amelia mientras bajaban las escaleras de la mansión. El cielo estaba despejado y no había posibilidad de lluvia. Habían decidido caminar de regreso a Stortford House.

«Parece que nunca veré a Jack», se quejó Marcus.

«El duque se ofreció a informarte de su regreso».

«Como si confiara en él para que me dijera algo. Lo primero que hará será advertir a Jack y

se irá de nuevo».

«Pero, ¿qué pasa si Jack no quiere evitarte?», preguntó Amelia lentamente, «tal vez no sepa lo que pasó y se sorprenderá tanto como todos los demás porque has reaparecido».

Marcus no respondió y Amelia siguió hablando. «La duquesa habló muy bien de él».

En ese momento, Marcus la miró. «¿Ahora estás tratando de poner excusas para Jack?».

«Solo te estoy pidiendo que seas cauteloso con tu proceder».

Marcus dejó de caminar y se giró para mirarla. «Merezco una explicación, Amelia».

Ella le tocó la manga. «Lo sé, pero...».

«He perdido años de mi vida por lo que pasó ese día. Años que nunca podré recuperar o incluso recordar».

«Por lo que parece, Jack no ha estado viviendo exactamente la buena vida. Sometido a un tribunal militar, expulsado por su familia, distanciado de su esposa...».

«Tal vez se lo merecía». Había una expresión dura en la boca de Marcus que no presagiaba nada bueno para el futuro de Jack.

«Tal vez lo merece», asintió Amelia.

Él exhaló lentamente. «Lo siento, Amelia. Es solo que he pasado años pensando en este momento, en volver a ver a Jack y simplemente envolver mis manos alrededor de su garganta y estrangularlo. Es la única constante que tengo desde el momento en que me capturaron hasta que desperté en Dove Cottage. Me *consumió* y me mantuvo con vida. Es difícil dar un paso atrás y considerar toda esta nueva evidencia».

«Si él admite lo que hizo, no te impediré que tomes cualquier venganza que creas necesaria contra él. Incluso sostendré tu abrigo mientras luchas».

Ella sostuvo su mirada y vio que la tensión desaparecía de sus ojos azules. Un lado de su boca se levantó.

«Vaya chica sanguinaria, ¿eh?».

Ella agitó sus pestañas hacia él. «Eso es porque crecí en el ambiente de un ejército. A veces extraño esa vida. Al menos la entendía».

«No puedo decir que yo lo haga, aunque no tener que comportarme siempre como una tonta en un baile de debut fue bastante refrescante. Descubrí que era capaz de muchas cosas».

Él tomó su mano, la colocó sobre su manga y comenzaron a caminar de nuevo.

«Le daré la oportunidad de que se explique él».

«Antes de que lo estrangules».

Él la miró, sus ojos azules llenos de diversión irónica. «Eso, querida, es un hecho. Uno no puede confesar si está muerto».

Ella se estaba riendo de él cuando un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Se giró para ver el rostro sorprendido de una mujer que pasaba en un carruaje abierto. Agachó la cabeza y aumentó el ritmo, con el corazón latiendo con fuerza.

«¿Estás bien, Amelia?», preguntó Marcus mientras intentaba seguirle el ritmo.

Ella siguió caminando. «Creo que va a llover. No quiero mojar mi nueva pelliza».

«Siempre puedes comprar otra», la animó él.

Doblaron una esquina de la plaza y ella se obligó a mirarlo y sonreír. «Se está convirtiendo en un derrochador, señor. ¿Qué pensará Charles si arruina el condado comprándome abrigos?».

«Al diablo con el condado», le ahuecó la barbilla y volvió a detener su avance. «Preferiría que estuvieras abrigada y no helada por la lluvia».

«Como si no lo hubiera estado antes durante tanto tiempo y sobrevivido perfectamente bien».

«No quiero que tengas que sobrevivir. Quiero que *prosperes*. Quiero que nunca más tengas que preocuparte por estar a salvo y abrigada».

Se le llenaron sus ojos de lágrimas. «Marcus...».

«Lo digo en serio, milady. Pase lo que pase entre Jack y yo, nunca te faltará nada».

Ella asintió y él empezó a caminar de nuevo.

«Entonces, ¿quién era la mujer del carruaje?».

Amelia suspiró. «Esperaba que no te hubieras dado cuenta. Era... alguien a quien conocí una vez».

«Ciertamente parecía sorprendida de verte».

«No he estado en Londres durante casi nueve años. Espero que piense que ha cometido un error y se olvide de mí».

«¿Es el tipo de persona que se guarda esa información para sí misma?».

«No», dijo Amelia con tristeza, «es una entrometida terrible».

Le dio una palmadita en la mano enguantada. «Entonces, tal vez deberíamos esperar una llamada suya».

«Solo si puede averiguar dónde me alojo y quién eres tú. Incluso entonces, probablemente no se atreverá a llamar sin permiso».

«Conociendo el tamaño de la sociedad londinense y su propensión a los rumores, dudo que le lleve mucho tiempo. Ya he recibido varias invitaciones de varias anfitrionas. Sospecho que mi abuela y mi prima Felicity han estado ocupadas escribiendo cartas para facilitar nuestro regreso a la sociedad».

«Oh, maldición».

Stortford House apareció a la vista y subieron los escalones hacia la puerta principal con paneles negros.

Marcus se detuvo para mirarla. «¿Estás preocupada por esta mujer? ¿Te ayudaría contarme quién es?».

Amelia dejó escapar el aliento, «supongo que lo descubrirás de todos modos. Era mi madre».

La puerta se abrió y ella pasó rápidamente junto al mayordomo, dejando a Marcus varado en el escalón. Él la alcanzó en la puerta de su dormitorio.

«¿Tu *madre*?».

«Todos tenemos una, ¿sabes?». Entró y él la siguió, esperando en silencio mientras ella se quitaba el sombrero y la pelliza.

«Pero...».

«Tú dijiste que no necesitabas saber nada sobre mi familia».

«Antes de casarme contigo», él asintió. «Ahora somos una pareja. Me gustaría pensar que puedes confiar en mí con los hechos del asunto».

Ella se sentó en su tocador y se dio unas palmaditas en el cabello, mirando su reflejo en el espejo. «Debe ser bastante obvio para ti lo que sucedió. Mis padres no aprobaron a Matthew como mi esposo. Yo no estuve de acuerdo y me escapé con él a Francia».

«¿Cuándo lo conociste?».

«Durante mi primera temporada», Amelia tomó su cepillo de pelo. «En un picnic vespertino en la casa de su oficial al mando. Lo habían traído para asegurarse de que la casa y los terrenos estuvieran seguros. Lo conocí en uno de los jardines y me agradó de inmediato».

«Pero tus padres no lo aprobaron».

«¿Cómo podían hacerlo? Era de una clase social mucho más baja y medio estadounidense».

«Casi un extranjero».

«Exactamente».

Marcus se acercó a la cama y se sentó en el borde. «¿Qué edad tenías?».

«Diecisiete, ¿por qué?».

«¿Sabías lo que querías a esa edad?».

«Sí», le sostuvo la mirada. «Quería casarme con alguien a quien pudiera amar y no con alguien que mis padres eligieran para mí por su riqueza o posición. Me enamoré de Matthew en el momento en que lo vi».

«¿Alguna vez dudaste de esa elección?».

Consideró su pregunta por unos momentos, repasando su matrimonio en su cabeza como una serie de imágenes. «Discutimos, no estuvimos de acuerdo y cometí muchos errores. Creo que Matthew se sorprendió al descubrir lo ignorante que era su nueva esposa sobre la vida real, pero salimos adelante y nos amamos».

Marcus asintió y pasó una mano sobre la colcha de seda.

«Después de que murió. ¿Informaste a tus padres?».

«Les escribí, sí».

«¿Y?».

«No se comunicaron conmigo».

Su mano se quedó quieta. «Lo siento, Amelia».

«¿Por qué? Casi me alegré de que no quisieran tener nada que ver conmigo. Hubiera odiado tener que volver y pedir perdón. Y habrían insistido en que suplicara, e incluso así, podrían haberme rechazado».

«Y tú crees que yo soy testarudo».

Ella suspiró. «Ya no soy la misma niña, Marcus. He visto y hecho cosas que estarían más allá de la comprensión de mis padres. No podría volver a ser esa niña inocente y dócil que esperaban. Me asfixiaría».

«Ven aquí».

Dio unas palmaditas en la cama y ella se acercó para pararse frente a él. Él puso sus manos en su cintura y la atrajo hacia sus muslos.

«Lo entiendo».

Ella le levantó una ceja cautelosamente.

«Yo también me siento como un impostor. No soy el tonto idealista que se fue de casa a pesar de las advertencias de su padre de defender su país. Perdí a ese hombre, a ese *niño* grande, en algún lugar de Francia, y nunca lo encontraré ni volveré a ser él». Su sonrisa era triste. «La diferencia entre nosotros es que a ti te gusta la persona en la que te has convertido y yo...», hizo una mueca, «todavía no sé quién soy ni qué pienso hacer a continuación».

Ella le acarició la mejilla. «Has sobrevivido a cosas que habrían destrozado a la mayoría de los hombres y aun así has vuelto a casa. Apenas has redescubierto tu identidad. Temo que estés siendo demasiado duro contigo mismo».

«¿Crees que las cosas mejorarán?», levantó su mirada azul oscuro hacia ella.

«Estoy bastante segura de que lo harán. Tu salud mejorará, tu memoria regresará y...».

«No estoy seguro de querer recordarlo todo», parpadeó y miró hacia otro lado, «creo que podría volverme loco».

Ella besó su boca. «Estoy aquí. No permitiré que te ahogues en tus recuerdos. Lo que te pasó fue horrible, pero tienes la oportunidad de forjar un nuevo camino para ti».

«Después de que me haya ocupado de Jack».

Ella escudriñó su rostro. «No lo matarás».

«He tenido suficiente de matar por cinco vidas. Pero ¿lo que hizo Jack?», sus manos se apretaron en su cintura, «¿qué es una vida más cuando él se llevó tantas?».

Amelia suspiró. «*Intenta* no matarlo».

Su lenta sonrisa fue algo así como una sorpresa y un alivio. «Te prometí que no lo haría».

«Te haré cumplir eso».

«No esperaba menos», se inclinó hacia delante y capturó su boca, y ella se rindió a su beso. En cuestión de segundos, la sentó en su regazo y sus manos hurgaron debajo de sus enaguas para ahuecar sus nalgas.

«Marcus...».

«¿Sí, querida?».

«Todavía es de día».

«Y somos un viejo matrimonio en nuestra propia casa que no tenemos nada más que hacer con nuestro tiempo excepto ser atendidos por sirvientes». La besó más a fondo, moldeando su carne contra la elevación de su pene cubierto por los pantalones. «Ninguno de nosotros tiene un solo deber que cumplir excepto este. De hecho, nuestro primer deber con la familia es procrear. Es bastante liberador, ¿no?».

Con un suspiro, ella le quitó el abrigo, le retiró la corbata y empezó a desabrochar los botones del chaleco. «No estoy acostumbrada a estar inactiva».

«Entonces, concéntrate en entretener a tu esposo».

Le desabrochó los pantalones y le sacó la camisa por la cabeza, exponiendo su piel llena de cicatrices a la luz. Besándole el hombro, inhaló su aroma único.

«¿Prometes mantenerme ocupada?».

Sus dedos trabajaron en la parte de atrás de su vestido, aflojándolo de sus hombros.

«Sí, milady. Tan ocupada y satisfecha como pueda».

Capítulo 12: Capítulo Doce

Desde el otro lado de la sala llena de gente, la duquesa de Diable Delamere hizo una seña amablemente a Amelia, quien le dio un codazo a su marido.

«Marco, hemos sido convocados».

Habían decidido aceptar una invitación a un picnic en la casa de una de las mejores amigas de la abuela de Marcus. La marquesa de Evesham también era una de las anfitrionas más importantes de la temporada londinense. Todos los que aspiraban a ser alguien habían asistido a la reunión. Amelia estaba contenta de llevar uno de sus nuevos vestidos y de no verse demasiado fuera de lugar.

Había reconocido algunas de las caras con las que había convivido todos esos años atrás. La mayoría de ellos se veían iguales; algunos, especialmente los hombres, parecían haberse ido a la ruina. Ninguno de ellos le habló ni la reconoció abiertamente, aunque era consciente de los susurros que la siguieron a ella y a Marcus a medida que avanzaban por los salones y llegaban a la terraza, donde se había dispuesto un suntuoso banquete.

«Ah, ahí está, Lady Havering», dijo la duquesa cuando Amelia y Marcus se acercaron a ella. Gracias a Dios no había señales de su enigmático esposo. «¿Están disfrutando de la fiesta?».

Amelia hizo una reverencia y Marcus se inclinó sobre la mano de la duquesa. «Duquesa. Lady Evesham tuvo la amabilidad de invitar a dos insignificantes a su evento. Estamos bastante abrumados».

La duquesa enarcó una ceja. «De hecho. Difícilmente insignificantes. Toda la sociedad está entusiasmada con su regreso de entre los muertos, milord. La marquesa ha logrado un extraño golpe de efecto al convencerlo de que asista a su evento».

«Nos hemos dado cuenta de que estamos causando revuelo», dijo Marcus. «Pero afortunadamente, esta es una reunión tan grande que hemos podido disfrutar notablemente bien, a pesar de todo».

Amelia notó que Marcus era perfectamente capaz de ser educado cuando quería serlo. Los años que llevaba fuera no habían dejado huella en sus modales de compañía, que probablemente estaban tan arraigados en él que probablemente ni siquiera era consciente de tenerlos.

La duquesa asintió. «Personalmente, prefiero los eventos más pequeños en los que puedo hablar con sentido común sin que me interrumpan constantemente», hizo agitar su abanico. «El duque insistió en que debía aparecer aquí hoy. Sospecho que lo hace para mantenerme ocupada y evitar que me entrometa en sus asuntos».

Amelia ocultó una sonrisa ante la franqueza de la duquesa. Sospechaba que debajo de su competente apariencia social, la duquesa era una mujer muy interesante y a la que le gustaría llamar amiga si la situación no fuera tan compleja.

«Debo admitir que eventos sociales como estos no han formado parte de mi vida diaria durante muchos años, Su Gracia».

La duquesa tomó el brazo de Amelia y comenzó a pasear por el perímetro de la sala. Amelia miró impotente a Marcus, quien se encogió de hombros.

«¿Dónde vivía antes de casarse, milady?», preguntó la duquesa.

«En un pequeño pueblo de la costa con mi tía política».

«Ah, es verdad. El duque me lo dijo. Su primer marido también era militar, ¿no?».

«El duque parece saber mucho sobre mí, Su Gracia. No tengo idea de por qué».

«Porque ahora está casada con el mayor Stortford, un hombre en el que mi marido está muy

interesado», miró a Amelia. «El duque le ha escrito a Jack».

«Supimos que lo haría. Marcus está muy interesado en volver a ver a Jack».

La duquesa le dio una palmadita en la mano. «Eso deduje por el duque. Espero que le dé a Jack la oportunidad de explicarse. Su vida no ha sido fácil desde que regresó de España».

«Mencionó que tenía a Jack en alta estima, Su Gracia», Amelia respiró hondo. «¿Puedo preguntar qué quiere que haga con este asunto? Quiere algo de mí, ¿no?».

«Es tan inteligente como pensaba, milady, y leal a su marido. Ambas cualidades las valoro mucho en una mujer y una amiga potencial».

Habían llegado a la esquina del salón y la duquesa siguió caminando hacia la galería pavimentada y bajó los escalones hacia el jardín formal. Las nuevas zapatillas de niño de Amelia se hundieron en la suave hierba, haciéndole desear haberse puesto sus botas cortas más resistentes.

«Su Gracia, mientras el asunto de Jack se interponga entre nosotras, no estoy segura de si estamos destinadas a ser amigas. No puedo, en conciencia, conspirar con usted contra mi marido».

«Tampoco esperaría que lo hiciera», dijo la duquesa con calma, «siento un gran cariño por Jack, pero mi lealtad está con el duque. Él es quien desea que se resuelva el misterio».

«¿Su Gracia lo desea? ¿Por qué?».

«Porque ocupa un determinado puesto dentro del gobierno actual que se ocupa de asuntos relacionados con la reciente guerra».

La duquesa hizo una pausa. «¿Su marido ha mencionado a un hombre llamado Capitán Furia?».

«No lo creo».

«Entonces, se lo aclararé. El Capitán Furia trabajó tanto a favor como en contra del gobierno durante la guerra, principalmente para aumentar su propia riqueza, pero a veces en beneficio de las fuerzas aliadas. Hizo su dinero comerciando con información y contrabandeando mercancías a través del Canal de la Mancha. Conocía a Jack y estaba muy al tanto de lo que le sucedió a su esposo y al otro miembro del grupo emboscado».

«Marcus mencionó a un tal David Rice que fue asesinado».

«Así es. Para complicar aún más las cosas, la exesposa de Jack está siendo cortejada por el hermano mayor de David Rice», la duquesa hizo una mueca, «esa es una de las razones por las que Su Gracia le pidió a Jack que escoltara a su esposa de regreso a Swansea. Ambos son bastante testarudos, y el duque esperaba que pasar algún tiempo juntos los ayudara a volver a estar juntos».

«¿Y ha oído si la estrategia del duque ha tenido éxito?».

«No hemos oído nada, excepto que deberíamos esperar invitados dentro de la semana».

«¿Pero Jack regresará en algún momento?».

«Creo que sí. Le debe un informe al duque, y siempre es concienzudo con sus deberes».

«¿Sabe que la actitud de mi esposo hacia él es hostil?».

«El duque no mencionó específicamente a su esposo en su carta. Pensó que era demasiado peligroso, pero le dijo a Jack que regresara lo antes posible».

«Si el Capitán Furia sabe que Marcus ha regresado, ¿informará a Jack?».

«Podría ser. Por lo que sé de él, le gusta entrometerse en la vida de otras personas. No estoy segura de por qué», la duquesa vaciló, «parece tener un rencor muy particular contra Jack y su esposo. ¿Le preguntará por el Capitán Furia? Sería útil que todos los implicados tuvieran la misma información».

«Sin duda lo pensaré», Amelia hizo una pausa, «Marcus todavía está asumiendo su liberación del cautiverio. Sus recuerdos de lo que pasó durante la guerra son incompletos».

La duquesa asintió, «ni el duque ni yo deseamos impedir la recuperación de su marido. Deseamos realmente ayudarlo a él y a Jack».

«Entonces, ¿es realmente el Capitán Furia en quien está interesado el duque?».

«Definitivamente es un hombre misterioso. Dudo que su nombre sea realmente Furia, ¿no cree?», la duquesa se volvió hacia la casa. «Por cierto, mi nombre es Elizabeth. Espero que podamos llegar a ser amigas después de que se resuelva este asunto».

Amelia miró fijamente a los ojos gris claro de la duquesa.

«No soy... socialmente aceptada, Su Gracia. Me fui de casa en desgracia, y mi familia no me reconoce».

«¿Porque se casó con alguien de un rango inferior al suyo?».

«A sus ojos, no a los míos».

«Ahora es una condesa. ¿Cree que sus padres reconsiderarán su decisión?».

«No estoy segura de si deseo ser recibida nuevamente en el seno de mi familia simplemente por mi nuevo rango social».

La sonrisa de la duquesa se ensanchó y tomó la mano de Amelia. «Oh, me agrada. Esperemos que podamos superar todo esto y convertirnos en amigas».

«¿A pesar de nuestro estatus social desigual?».

Elizabeth levantó una ceja autocrática, «mi querida, Amelia. Si el duque y la duquesa de Diable Delamere no encuentran ningún defecto en usted, el resto de la sociedad lo aceptará».

«Debe ser divertido tener tanto poder, Su Gracia».

«Oh, lo es, créame. Hace unos años, me ganaba la vida como acompañante y escritora de cartas a sueldo e intentaba sustentar una casa con prácticamente nada. Ahora aprecio profundamente el poder», le guiñó un ojo a Amelia. «¿Vamos a encontrar a su esposo?»

Amelia se dejó llevar de nuevo de regreso a Marcus, quien se encontraba conversando con el escurridizo duque de Diable Delamere, que vestía su habitual ropa negra y plateada y exudaba un aura de poder sin siquiera intentarlo.

«Su Gracia», hizo una reverencia y el duque le dedicó una leve sonrisa. «Lady Haverling. Solo le estaba preguntando a su esposo dónde estaba. Debería haber sabido que mi propia duquesa la había robado».

La duquesa entrelazó su brazo con el del duque con una familiaridad que hizo que Amelia la mirara fijamente. «No me dijiste que planeabas asistir a esta reunión».

«Quería ver a Haverling. Me dijeron que Jack regresará a Londres y debería estar aquí en unos cinco días». Hizo una reverencia a Marcus. «También quería presentar a su esposa a alguien. Si nos disculpan un momento».

Para su completo horror, Amelia se vio arrastrada del brazo del duque y de nuevo entre la multitud de invitados que se agolpaban en el comedor. Él siguió avanzando, un camino se abrió mágicamente frente a él como si estuviera inspirado por su mera presencia.

«¿Adónde me lleva?», preguntó Amelia.

«Ah. Aquí estamos», el duque llamó a una puerta y entró, llevando a Amelia con él. «¿Lady Judith? A su servicio». Hizo una reverencia y salió, dejando a Amelia mirando a la mujer en el sofá que tenía una mano cubriéndose la boca.

«¿Amelia?», Judith se puso de pie y dio un paso inseguro hacia Amelia. «¿No... no me recuerdas?».

«Por supuesto que sí. Amelia se mantuvo rígida, lista para darse la vuelta y huir tras el

duque a la primera oportunidad que se le presentara. «¿Quieres hablar conmigo?».

«¿Cómo podrías dudarlo? Una vez fuimos tan *cercanas*».

«Hasta que te pusiste del lado de nuestros padres en lo que respecta a su rechazo y te negaste a responder mis cartas», Amelia levantó la mano. «Está bien, Judith. Entiendo que eras incluso más joven que yo y que estabas completamente en poder de nuestros padres».

Los ojos de Judith se llenaron de lágrimas. «Eres demasiado amable. Me comporté de manera espantosa. Estaba más preocupada de que tu comportamiento manchara mi presentación en sociedad que de lo que te estaba sucediendo. Me comporté como una niña tonta y petulante».

«Si nuestras posiciones hubieran sido al revés, probablemente yo hubiera hecho exactamente lo mismo».

«No, no lo hubieras hecho», Judith se secó los ojos con el pañuelo. «Siempre fuiste la valiente. Yo carecía de tu habilidad para enfrentarme a todo el mundo. Es una habilidad que a menudo he deseado tener».

«Ahora me estás hablando. Estoy bastante segura de que nuestros padres no lo aprobarían», señaló Amelia.

«Ya soy mayor, espero que más sabia y ahora estoy casada», Judith la miró a los ojos por primera vez. «No podía creerlo cuando te vi pasar del brazo de ese soldado. Sabía que tu primer marido había muerto, pero no sabía que te habías casado con otro militar, ¡y además con un conde!».

«Para mí también fue una gran sorpresa», Amelia vaciló, «¿quién te dijo que Matthew había muerto?».

«Nuestros padres, por supuesto».

«¿Y no pensaste en escribirme y expresarme tus condolencias en ese momento?».

La piel clara de Judith se sonrojó. «No sabía qué decir. Y, en verdad, no tenía mucho sentido enviar mis condolencias por un evento que te liberaba. Pensé que te sentirías aliviada. No creo hayas podido disfrutar estar casada con esa... nulidad».

Las manos de Amelia se cerraron en puños a sus costados. «Entonces, tal vez cuando *pienses* en algo adecuado que decir, algo que pueda tener en consideración el dolor de mi pérdida, de que mi esposo *muriera* antes de cumplir los treinta años, podrías querer compartirlo conmigo. Entonces, consideraré si es una respuesta aceptable para tus años de silencio», Amelia hizo una reverencia. «Buenas tardes, Judith».

Se fue, prácticamente corriendo en su prisa por salir de la habitación.

«¿Amelia?».

Una mano se cerró alrededor de su codo, deteniéndola en seco. Levantó la vista hacia el rostro preocupado de Marcus. Él la alejó del gran salón hacia un corredor más tranquilo cerca de la parte trasera de la casa.

«¿Qué sucede?».

Ella puso su mano sobre su pecho. «¿Recuerdas cuando entramos en Stortford Hall y toda tu familia estaba sentada allí sin ninguna preocupación en el mundo y tú temblabas de ira?».

Él hizo un gesto. «¿Cómo podría olvidarlo? Me dijiste que me estaba comportando de manera abominable y estuve de acuerdo contigo».

«Me equivoqué al reprenderte. Yo...», tragó saliva y golpeó su puño contra su chaleco. «Estoy bastante enojada ahora mismo».

«¿Con quién?».

«Mi hermana tuvo el descaro de pedirle al duque que nos volviera a juntar».

«¿Y?».

«¡Es *insoportable*!».

«Ah».

«¿Eso es todo lo que tienes que decir?» exigió Amelia. «Me felicitó por librarme de mi primer matrimonio inconveniente y por tener la buena fortuna de casarme con otro militar con un *título* mucho más adecuado».

Hubo un silencio hasta que finalmente ella levantó la mirada para encontrarse con la de él. «No me arrepiento de mi matrimonio contigo, Marcus».

«¿Entonces por qué estás enojada?».

«Porque Judith *se enteró* de que Matthew había muerto y no se molestó en enviarme sus condolencias porque, en lo que a ella respectaba, fue “una bendición enmascarada”».

«Ahora estás hablando con sentido», le levantó el mentón y la miró con su mirada azul oscuro. «Tienes derecho a estar enojada, querida», le acarició su tembloroso labio inferior con el pulgar. «¿Necesitas que te sostenga el bolso y el abanico?».

«¿Por qué?».

Levantó una ceja. «Para cuando sea tu padrino en el duelo».

Con un sonido entrecortado, enterró la cara en el chaleco de él y se frotó la mejilla contra el pesado bordado de cordón. «Oh, Marcus...».

«Tu hermana es una tonta», le besó la parte superior de la cabeza. «Espero que se lo hayas dicho».

«Dije que necesitaba trabajar en su disculpa y *luego* consideraría si quería volver a tener relación con ella».

«Bien hecho», su brazo se deslizó alrededor de su cintura, sujetándola fuerte contra él. «¿Esta hermana tuya es mayor o menor que tú?».

«Judith es un año menor. Éramos mejores amigas cuando éramos niñas. Le contaba *todo*, lo que me llevó a la ruina».

«¿Ella contó a tus padres sobre Matthew?».

Amelia asintió. «Me iba a encontrar con él en el parque sin que ellos lo supieran, y Judith traicionó mi confianza. Mis padres me encerraron en mi habitación y amenazaron con enviarme lejos, a Escocia, si no me portaba bien. Conseguí reunir algunas cosas, salir por la ventana y me escondí en el parque hasta que Matthew vino a buscarme a la mañana siguiente».

«¿Y Judith tampoco se ha disculpado por eso?».

«Por supuesto que no».

Él continuó abrazándola y ella se relajó aún más contra su cuerpo. En esa parte de la casa, el ruido de los invitados que charlaban estaba silenciado y la música apenas se oía. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió completamente segura.

«¿Te ayudaría si llamara a tus padres?», preguntó Marcus en voz baja.

«¿Para que puedan felicitarse por el hecho de que su hija finalmente haya conseguido un conde y declararnos una compañía adecuada?».

Él se quedó inmóvil. «No quise decir...».

Ella levantó la cabeza bruscamente y la apartó de la amplia extensión de su pecho. «Oh, Dios, lo siento. No quise que sonara así, como si me arrepintiera de algo, como si me arrepintiera de ti, porque no es así».

«Supongo que habría sido mucho más fácil si no hubiera sido conde», le sostuvo la mirada durante un largo rato antes de asentir. «Si no deseas comunicarte o tener algo que ver con tu familia, no los reconoceremos».

«Gracias», se llevó la mano enguantada de Amelia a los labios y le besó los dedos con

formalidad. «Milady, ¿regresamos al salón de baile? Tal vez, si todavía está aquí, podrías señalarme a tu hermana para que sepa evitarla».

* * *

Marcus no estaba seguro de si estaba contento o decepcionado por la ausencia de la hermana de Amelia a su regreso a la fiesta. Sin embargo, estaba consciente de que el enojo de su esposa con su familia era completamente justificable. Amelia había intentado disculparse más de una vez por su negativa a dejarlo visitar a su familia. Se había apresurado a asegurarle que lo entendía y que no se sentía ofendido, pero, si era honesto consigo mismo, le dolía.

Como recordaba rápidamente, la *alta sociedad* era un club muy pequeño y particular, donde los secretos eran pocos y las oportunidades de ser humillado públicamente aparentemente ilimitadas. Incluso si Amelia nunca quisiera volver a ver a su familia, estaría constantemente codeándose con ellos. En algún momento, habría una confrontación, y Amelia era capaz de hablar con mucha franqueza, de hecho. No es que a él le importara si la *alta sociedad* los aceptaba de nuevo o no. En lo que a él respectaba, todos podían irse al diablo.

Entonces, ¿por qué seguía sintiéndose inquieto? ¿Era por la defensa que Amelia había hecho de su primer matrimonio? Seguramente no estaba celoso de su amor por un hombre muerto, un compañero soldado. Miró a Amelia mientras se dirigían hacia su anfitriona para despedirse. No se habían casado por amor. ¿Lo defendería ella de esa manera?

La dejó en el salón y fue a buscar a un sirviente para que localizara su sombrero y la ropa de calle de Amelia. Volver a ponerse el uniforme le parecía mal, pero hasta que hablara con el comandante de su regimiento y renunciara a su cargo, supuso que seguía siendo un oficial del ejército del rey. En verdad, había llevado el uniforme para llamar la atención sobre sí mismo y alejarla de Amelia. Cuanta más gente supiera que estaba de vuelta en Londres buscando a Jack, más difícil sería para su traidor examigo esconderse.

«Havering».

Marcus regresó con su recado y encontró al duque de Diable Delamere esperándolo en la puerta que conducía al vestíbulo de entrada.

«¿Su Gracia?».

«Entiendo que mi intento de reunir a su condesa con su hermana no salió como estaba previsto.

Marcus inclinó la cabeza unos centímetros con aire gélido. «No, no salió bien. Y preferiría que me dejara esos asuntos personales y no interfiriera».

El duque hizo una reverencia. «Como desee». Pasó junto a Marcus y luego dudó un momento. «El apellido de su esposa es Covington. ¿Quizás ha oído hablar de él?».

«No recuerdo mucho sobre la sociedad, Su Gracia, pero gracias por la información».

El mayordomo pidió el carruaje de Havering y ayudó a Amelia a entrar. Tan pronto como se cerró la puerta, tomó su mano.

«¿Qué otra familia tienes?».

«Tengo dos hermanos y otra hermana que todavía está en la escuela».

«¿Es probable que tus hermanos quieran verte?».

Suspiró. «No lo sé. Pensé que era cercana a ambos, pero ninguno de ellos hizo ningún esfuerzo por contactarme después de mi matrimonio».

«Si tu padre manejaba los hilos del dinero, tal vez no hubieran tenido otra opción».

«Eso es verdad. A mi padre le gustaba controlarlo todo».

Levantó sus hermosos ojos para encontrarse con los de él. «¿El duque te dijo quién es mi padre?».

«No exactamente. Supuso que yo lo sabría».

«Entonces, yo te lo diré».

Respiró vacilante. «Es el marqués de Leyton».

«Así que eres una dama con título por derecho propio».

Hizo una mueca. «No es un título que elegí usar después de mi matrimonio».

«Puedo entender por qué», Marcus frunció el ceño. «Entonces, tu hermano mayor debe ser el vizconde Covington. Creo que estuvimos juntos en Eton. Buen lanzador».

«Entiendo que no está casado. Mi padre debe estar preocupado por la continuidad del título».

Marcus apretó su agarre en su mano. «Amelia, perdóname. Pero deberíamos llamarlos en lugar de esperar preguntándonos si van a caer sobre nosotros. Nos da la ventaja. Podemos dejar nuestras tarjetas y ni siquiera aventurarnos a entrar en la casa».

«¿Por qué insistes tanto en esto?».

«Porque esta es una sociedad pequeña y unida, y si nos quedamos aquí, tarde o temprano nos encontraremos con tus padres en alguna reunión. ¿No preferirías tener ese primer encuentro en privado? Incluso si decidimos hacerles una visita matutina, solo tenemos que quedarnos los quince minutos aceptados antes de poder levantarnos e irnos».

Ella estaba estudiando su rostro como si nunca lo hubiera visto antes. «Sigo sin creer que...».

Él habló por encima de ella. «Se trata del tiempo, Amelia, de no saber nunca cuándo cambiará tu mundo de nuevo y si has perdido una oportunidad. Pasé horas encadenado pensando en todas las cosas que desearía haber dicho y hecho cuando tuve mi libertad. No aprecié los momentos que me dieron. No quiero que tú sientas lo mismo».

Ella asintió y dejó que su mano permaneciera entrelazada con la de él. «Lo pensaré. De verdad que lo haré. Después de haberlos perdido una vez, estoy atrapada entre la ira por la forma en que me trataron a mí y a Matthew y la tristeza por perder a todos aquellos que alguna vez tuve en alta estima. Anhele verlos, y sin embargo tengo miedo», intentó sonreír, «debes pensar que soy muy voluble».

«Estás siendo honesta, y eso es mucho más importante. Pero piénsalo, ¿sí?», Marcus arqueó una ceja, «mi oferta de acercarme a ellos yo mismo, sigue en pie».

El carruaje aminoró la marcha y giró hacia la plaza donde se encontraba Stortford House. Había un faetón en lo alto de la calle, frente a su casa, y un mozo de cuadra paseaba al caballo. Por un segundo, Marcus se preguntó si era Jack, pero luego decidió que no. Según todos los informes, Jack no tenía ni una pluma con la que volar, y mucho menos para permitirse carruajes caros y caballos de pura sangre.

Acompañó a Amelia hasta la puerta principal, donde los recibió uno de los lacayos. «Milord, milady, hay un visitante en la sala de estar. Se negó a irse, señor, y es la tarde libre del mayordomo, y no pude impedirle que entrara».

«Está bien». Marcus siguió subiendo las escaleras, con la mano apoyada en el pomo de su espada. «Amelia...».

Ella lo siguió. «Voy contigo».

* * *

El hombre alto y elegantemente vestido que se enfrentaba a Marcus en su sala de estar le resultaba dolorosamente familiar a Amelia. Se acercó a su marido, pero él la agarró del codo y la atrajo suavemente hacia su costado.

«¿En qué puedo ayudarlo, señor?».

«Depende. ¿Me dirijo al conde de Havering?».

«Soy el conde. ¿Puedo saber con quién estoy hablando?».

«Soy el vizconde Covington», hizo una reverencia. «Hermano mayor de Amelia».

Marcus la miró inquisitivamente y ella asintió.

«Sí, es mi hermano Edward».

«¿Uno de los hermanos que se alegró de verte expulsada de tu casa porque tus padres no aprobaron tu matrimonio?», preguntó Marcus.

Los ojos grises de Edward se encontraron con los de ella.

«No me alegró en absoluto esa serie de acontecimientos, señor».

«Y, sin embargo, ¿permitió que su hermana se fuera sin nada y desde entonces no ha tenido nada más que ver con ella?», la mirada que Marcus le dirigió a Edward fue mordaz. «¿Es usted como su hermana menor, que de repente está dispuesto a darle a mi esposa la bienvenida nuevamente al redil porque finalmente tuvo el sentido común de casarse con un hombre con título?».

«Marcus», Amelia le tocó la manga. «¿Me permitirías la oportunidad de hablar con Edward en privado por un momento?».

Él sostuvo su mirada y luego asintió bruscamente. «Si así lo deseas. Estaré en mi estudio si me necesitas».

Una de las cosas que más le gustaba de su nuevo esposo era la fe que tenía en su fuerza. Ella sonrió a sus ojos y murmuró, «gracias, mi caballero campeón».

Él tomó su mano y besó sus dedos antes de salir de la habitación. Amelia estudió a Edward, que se había quedado junto al fuego, con una mano cerrada en un puño. No había cambiado mucho en diez años. Había aumentado de peso y había menos dulzura en su expresión, pero por lo demás todavía se parecía lo suficiente a ella como para que los confundieran como gemelos.

«¿Preferirías sentarte?», Amelia hizo un gesto hacia el sofá.

«No, gracias».

«¿En qué puedo ayudarte entonces?».

Él la miró fijamente durante un largo momento, su mirada penetrante la recorrió de pies a cabeza.

«Es bueno verte, Amelia».

«Lo mismo digo».

Él se aclaró la garganta. «Tu nuevo marido parece culpar a nuestra familia de todo lo que te ha sucedido».

«Él es mi esposo. Su lealtad es hacia mí. No esperaré menos».

«¿Incluso si no le has dicho la verdad?».

Ella se quedó quieta. «¿Cómo dices?».

Él dio un paso apresurado hacia ella. «Al contarle que te rechazamos».

«Lo *hiciste*. Bueno, nuestros padres lo hicieron».

«Pero Tom y yo, no. Al menos intentamos no hacerlo. El hecho de que hayas elegido no responder a nuestras aproximaciones no significa que...».

«Espera», Amelia levantó la mano. «¿De qué manera intentaste comunicarte conmigo?».

Él la miró como si estuviera completamente tonta. «Te escribimos varias veces. Te enviamos dinero. Nunca nos respondiste».

Ella se hundió en la silla más cercana. «No tenía idea de esto».

Él tomó la silla frente a ella. «¿De que intentamos comunicarnos contigo?», él frunció el ceño. «Sin embargo, el dinero nunca fue devuelto».

Ella levantó la cabeza. «No entiendo. ¿Adónde enviaste las cartas?».

«Al regimiento de tu esposo, por supuesto».

«Pero nosotros, quiero decir, nunca recibí ni una sola misiva», Amelia negó con la cabeza. «Eso parece inconcebible».

Edward se aclaró la garganta. «¿Se te ha ocurrido que Matthew podría haber decidido no entregarte las cartas?».

«Como me acabas de revelar que recibí cartas de mi familia, entonces no», ella hizo un gesto, «¿por qué me habría hecho eso?».

Edward se puso de pie y la miró. «No tengo idea, pero créeme cuando te digo que Tom y yo nunca te olvidamos. Asumimos que no querías tener nada más que ver con nosotros y finalmente dejaste de escribir».

Amelia también se levantó y tomó su mano, que él le permitió tomar.

«Me alegra saber que tú y Tom no me abandonaron por completo. Esperaba que nuestros padres estuvieran furiosos, pero ¿tú?», se mordió el labio, «eras el mejor de los hermanos mayores».

«Quizá pueda encontrar una manera de volver a ser ese hermano para ti», ofreció Edward, «si tu nuevo esposo permite la conexión».

«Cuando le haya explicado las cosas a Marcus, estará más que dispuesto a extenderte la mano de la amistad». Amelia estrechó su mano entre las dos y la llevó a su mejilla. «Te he extrañado mucho».

«No empieces a llorar, hermana», la besó en la frente y la apartó de él. «Con tu permiso, le escribiré a Tom y le diré que estás de regreso en la ciudad. Estoy seguro de que querrá venir a verte por sí mismo».

«¿Dónde está?».

La sonrisa de Edward se volvió cariñosa. «Es vicario y el orgulloso padre de cuatro hijos en nuestra iglesia local en el pueblo de Covington».

«Tal como siempre quiso», Amelia suspiró, «me alegro mucho de que mi padre no lo haya obligado a ir a la guerra».

«Lo intentó, pero Tom fue notablemente terco y declaró que prefería renunciar a su mesada y valerse por sí mismo que tomar las armas». Edward hizo un gesto, «después de tu desertión, creo que mi padre decidió hacer caso a la advertencia y dejar que se saliera con la suya».

«Por suerte para Tom», dijo Amelia. «Mi padre siempre apreció que ustedes se le enfrentaran, pero cuando yo lo hacía, me consideraban una marimacha desagradecida».

«Lo siento, Amelia».

Ella forzó una sonrisa. «Todo eso es cosa del pasado, ahora. Realmente espero que podamos ser amigos de nuevo». Ella dudó. «¿Mi padre se opondrá?».

Edward se encogió de hombros. «Casi ya no lo veo y, para ser completamente franco, no me importa si lo decide. Hemos perdido demasiados años como para preocuparnos por eso».

«¿Entonces no estás casado?».

«No. Encontrar a una joven lo suficientemente valiente como para hacerse cargo de nuestros padres y de mí ha resultado una tarea imposible. Sospecho que me casaré en mi vejez o le pasaré todo este lío a Tom y sus hijos».

Había una nota de determinación en la voz de Edward que le recordó a Amelia a sí misma.

Hizo una reverencia. «Debería despedirme. Mis caballos no pueden soportar demasiado tiempo este clima frío».

«¿Pero volverás?»., preguntó Amelia.

Él le sonrió por primera vez.

«Me gustaría».

Impulsivamente, se arrojó a sus brazos y él apretó fuerte su mejilla contra su cabello.

«Gracias por venir, Edward».

«De nada, mi querida hermana», la soltó y recogió su sombrero.

«Le escribiré a Tom y te visitaré nuevamente».

«Gracias», caminó hacia la puerta y la abrió.

«Bajaré contigo. Marcus estará preocupado».

Ella lo vio salir y luego se volvió hacia la puerta cerrada del estudio de Marcus, golpeó suavemente y entró. Estaba sentado junto al fuego, con una copa de brandy en la mano y el periódico de la mañana abierto sobre su rodilla.

Pasó una mano por la hoja impresa. «No sé por qué sigo pretendiendo que soy capaz de leer la letra pequeña. Pero los viejos hábitos aparentemente son difíciles de eliminar».

Se hundió en la alfombra a los pies calzados con botas de él. «Edward dijo que él y Tom me escribieron durante meses después de que me fuera de casa y nunca recibieron una respuesta».

«Tal vez las cartas se perdieron o fueron robadas».

«¿Todas?».

«Eso suena bastante improbable». Dobló el papel y lo metió al costado de su silla. «Supongo que enviaron las cartas al regimiento de Matthew».

«Eso dijo Edward».

«¿Y dudas de él?».

Ella encontró su mirada astuta. «No. También dice que enviaron dinero».

«Ah, entonces eso *podría* haber sido robado».

Respiró temblorosamente. «¿Crees que es posible que Matthew me haya ocultado las cartas por alguna razón?».

«Eres la única persona que puede responder a eso».

«Si Edward está diciendo la verdad, y suponiendo que no se perderían todas las cartas, entonces no hay otra explicación, ¿no? Pero, ¿por qué haría eso?».

«¿Es posible que en los primeros días de su matrimonio tuviera miedo de que lo dejarías y trató de evitar que eso sucediera?», preguntó Marcus.

Amelia recordó el primer año terrible que pasó viajando detrás del ejército en Francia. «Me resultó difícil adaptarme a la vida militar. Nos peleamos bastante cuando Matthew se dio cuenta de que no tenía idea de cómo cuidar de mí misma, y mucho menos de él».

«Entonces, tal vez lo hizo con las mejores intenciones. Miedo de perderte».

«¿A mí?».

«Sí».

«¡Pero no estuvo *bien*!».

Marcus puso su mano sobre su hombro. «No, no lo estuvo». Sus dedos se deslizaron sobre su clavícula y su pulgar hizo círculos reconfortantes sobre su piel.

Se inclinó ante su toque. «Creo que le escribiré a la tía Betty. Tenía pensado contarle sobre mi repentino cambio de planes y nuestro matrimonio. Estará muy emocionada».

«Tengo una idea mejor. ¿Qué tal si viajamos hasta allí para verla?».

«¿Y qué pasará con Jack?», Amelia levantó la mirada para encontrarse con la de Marcus.

«Jack esperará otro día. Esto es mucho más importante».

No creía que él se diera cuenta de lo que había dicho, pero no iba a discutir con él. Si estaba dispuesto a hacer un viaje de regreso al pueblo en lugar de perseguir su venganza, ella aceptaría

de buena gana su ayuda.

«La tía Betty podría no saber nada», sugirió.

«Eso es cierto, pero si no lo sabe, tal vez el hermano de Matthew sí. Ahora también vive en Dove Cottage, ¿no?».

«Sí», Amelia frotó su mejilla contra la rodilla de Marcus, «Siento como si todo lo que creía que era verdad en mi vida se hubiera derrumbado».

Él le alisó el cabello. «Me siento así todo el tiempo».

«Si Matthew me mantuvo alejada de mi familia...».

«Aún no lo sabes».

Amelia respiró profundamente. «Tienes razón. Me estoy comportando como una idiota demasiado ansiosa».

Con una risita, Marcus se agachó, la levantó y la depositó en su regazo. La besó en la mejilla y luego en la boca, manteniendo su brazo firmemente alrededor de sus hombros.

«Todo estará bien».

Ella enterró su cara en su cuello y simplemente lo respiró. Tal vez Marcus no era la única persona que pensaba que su mundo era un lugar diferente y aterrador. Al menos él estaría allí con ella y él, al menos, entendería.

Capítulo 13: Capítulo Trece

Marco arrugó la carta y la arrojó al fuego.

«Malditos militares», murmuró, y salió de su estudio, subiendo las escaleras hacia el dormitorio de Amelia. Su esposa estaba sentada en la cama comiendo tostadas y bebiendo chocolate caliente, con las gafas en la punta de la nariz mientras examinaba el periódico de la mañana.

«¿Qué pasa?».

«Acabo de recibir una carta del oficial al mando de mi regimiento. Quiere verme esta mañana».

«Supongo que es una citación que no se puede ignorar».

Marcus hizo un gesto. «Podría cancelarla, pero el regimiento pronto partirá hacia Nueva Gales del Sur para escoltar algunos barcos de convictos. Si no hablo con él ahora, es posible que no vuelva a tener la oportunidad durante bastante tiempo».

«Entonces debes irte», Amelia asintió. «Podemos visitar a la tía Betty otro día».

Él tomó su mano y besó sus dedos. «Eres una perla entre las esposas».

Ella lo miró con el ceño fruncido. «Soy tu única esposa. A menos que desees seguir a tu antiguo regimiento hasta la India, donde tengo entendido que está de moda adquirir varias esposas más».

«Una me basta. Dudo que tarde mucho. ¿Puedo sugerirte que de todos modos te prepares para nuestro viaje a la costa, de modo que, si el tiempo lo permite, podamos partir tan pronto como regrese?».

«Si eso es lo que desees».

Él le besó la palma y luego se inclinó para besar su boca, que tenía sabor a chocolate en los labios. «No estoy segura de cuál es el protocolo para liberar del servicio militar a un hombre que ha regresado de entre los muertos, pero estoy bastante segura de que en alguna parte hay una regulación al respecto».

Ella le dio una palmadita en la mejilla. «Entonces, ve y libérate de la sumisión a tu país. Esperaré noticias tuyas».

Marcus fue a sus propias habitaciones para cambiarse de uniforme y buscar su capa y su sombrero con plumas. Era extraño pensar que ya no estaría obligado a usar el uniforme de soldado. Había pasado toda su vida adulta en el ejército. Durante varios años había sido prisionero, reducido a luchar simplemente para sobrevivir, pero seguía siendo un soldado de corazón.

Todavía no podía creer que durante sus años perdidos, el gran Napoleón había sido derrotado. Como muchos de los soldados británicos, Marcus había esperado enfrentarse al pequeño francés en un campo de batalla y demostrar de una vez por todas la superioridad del cuadro sobre la línea. Desde su regreso había oído muchas historias sobre la matanza de Waterloo y la estrecha victoria por la que habían luchado los Aliados.

Si hubiera estado en la batalla, tal vez no hubiera sobrevivido. Muchos de sus compañeros oficiales no lo habían hecho, y si no hubiera sido por las acciones del comandante prusiano Blucher, el resultado podría haber sido muy diferente.

«Gracias». Mencionó con un movimiento de la cabeza a su mayordomo y salió a la plaza donde lo esperaba un carruaje de alquiler. Había decidido no conducir hasta el cuartel general de su regimiento él mismo. Retener nueva información todavía le daba dolor de cabeza y aprender

la ruta le habría forzado la vista.

Ahora sería un explorador militar inútil.

Marcus subió al oscuro interior del carruaje y se dio cuenta inmediatamente de que no estaba solo. Mientras intentaba sacar su espada, un brazo le rodeó el cuello y la punta de una daga le pinchó la piel.

«Mayor Stortford, ¿o debería decir Havering? Uno apenas puede seguir el ritmo en estos días con su rápido progreso a través de las filas de la sociedad».

Reconoció esa voz.

«Capitán Furia».

«He oído que el duque de Diable Delamere está preguntando por mi salud y que su querido amigo Jack aún no ha regresado».

«Jack no ha regresado. Eso es todo lo que sé».

«¿Su esposa no mencionó que el duque y la duquesa están muy ansiosos por escuchar cómo me conoce?».

Marcus guardó silencio mientras la espada se retiraba lentamente y el Capitán Furia tomó asiento en el asiento de enfrente. Su rostro estaba medio cubierto por una bufanda de lana y el ala de su antiguo sombrero de tres picos le protegía los ojos.

«Tiene mi permiso para decirle al duque y a Jack lo que desee», dijo el Capitán Furia.

Marcus frunció el ceño. «Eso es bueno de su parte, pero no le recuerdo en absoluto».

«Qué lástima. Ojalá se resolviera este asunto».

«Puedo asegurarle que en el momento en que vea a Jack se resolverá de una forma u otra».

«Pobre Jack. Me debe más de lo que imagina, Stortford. Mucho más de lo que podría pagarme, en verdad. No mate a Jack antes de que me informe. Puede decírselo cuando lo vea».

«No soy su mensajero».

El Capitán Furia se encogió de hombros. «Si no coopera, simplemente me llevaré a Jack antes de que lo vea y nunca sabrá la verdad».

«Lléveselo. No me importa».

«No lo creo ni por un minuto. Según todos los informes, su único propósito desde que recuperó la memoria ha sido encontrar a Jack y matarlo».

«Tal vez haya cambiado de opinión».

«¿Mientras persigue a la familia de su nueva esposa?».

Marcus se inclinó hacia delante, con la mano sobre la empuñadura de su espada. «Mi esposa es un tema del que nunca me interesaría hablar con usted».

El Capitán Furia tuvo el descaro de reír. «Entonces haga lo que le pido y dígame a Jack que no se librará de mí hasta que me conozca en persona y me entregue su informe final».

El capitán extendió la mano y golpeó el techo del carruaje con su bastón. «Siempre es un placer, querido Marcus. Dele mis mejores deseos a su esposa. Solo cabe esperar que conserve su habitual y robusta salud».

Bajó del coche de alquiler con una velocidad y una agilidad que sorprendieron a Marcus, que maldijo en voz baja en el espacio ahora vacío frente a él. En esencia, el Capitán Furia se estaba asegurando de que Jack se mantuviera con vida durante su primer encuentro con Marcus. Si Marcus lo mataba, el capitán tomaría represalias, y su mención de Amelia no había sido nada tranquilizadora».

Otra razón más para mantener con vida a Jack. Marcus frunció el ceño. ¿Qué creía Furia que debía recordar de él? Buscó en su memoria. Había *algo* familiar en el capitán, pero maldición si podía recordar qué era. ¿Lo había conocido en Francia? Tenía la extraña sensación

de que la conexión venía de más atrás, pero aún no podía precisarlo.

«¡Aquí estamos, mayor! Cuartel general del regimiento».

Marcus salió del taxi y miró al conductor, que le tendía la mano enguantada.

«¿El otro caballero no le pagó?», encontró una moneda y se la arrojó al hombre que la atrapó fácilmente. «Vaya sorpresa».

* * *

«Y no preveo ningún problema que le impida renunciar a su comisión porque, como ya hemos discutido, el puesto se cubrió después de que se confirmara su muerte. Por supuesto, aceptaremos su renuncia, de todos modos, y consideraremos devolverle su participación financiera».

Marcus asintió cortésmente. «Gracias, señor, aunque poco importa».

«Solo trato de mantener completos los registros del regimiento, Stortford. Aunque ahora usted es Havering, ¿no? Estoy seguro de que puede apreciarlo». El general miró hacia su escritorio. «Puede dirigirme su carta formal de renuncia y hacer que se la entreguen antes del fin de semana. Por supuesto, tomaremos nota de que su retiro del ejército sea con todos los honores».

«¿A pesar de mi fracaso en completar mi última misión?».

Una expresión extraña cruzó el rostro del viejo soldado. «A todos los efectos, Llewellyn ya ha pagado ese precio. Dudo que alguien desee revivir el asunto».

«¿Qué le pasó exactamente a Jack?».

«Fue dado de baja deshonrosamente después de una audiencia privada. Los registros se mantuvieron confidenciales a pedido de su padre, pero como usted estuvo íntimamente involucrado en el asunto, puede leerlos». Hizo una mueca. «No creo que Llewellyn estuviera presente en el juicio, lo que significa que estaba doblemente condenado».

«¿Le agradaba entonces, señor?».

«Me resultó difícil creer que fuera culpable, sí». El general se miró las manos. «Pero había un elemento dentro del ejército que estaba desesperado por un chivo expiatorio y Llewellyn encajaba en el perfil».

Marcus frunció el ceño. «No es la primera persona que me dice que se ha malinterpretado la participación de Jack en esta debacle».

«Bueno, uno se lo tiene que preguntar, porque ¿por qué otra razón la misma gente reclutaría a Llewellyn para hacer su trabajo sucio?».

«¿Disculpe?»

«Después de su despido, Llewellyn trabajó para la Corona. Espionaje, se podría decir».

«Lo cual no tiene ningún sentido», murmuró Marcus.

«De acuerdo». Su oficial al mando se puso de pie. «Lamento tener que poner fin a esta discusión, pero debo estar en el Ministerio de Guerra dentro de una hora».

«Entiendo». Marcus también se puso de pie y ofreció un último saludo. «Gracias por recibirme».

«Y gracias por su servicio a esta nación, por desgarrador que haya sido, obviamente».

«Para ser honesto, señor, no recuerdo mucho de eso», dijo Marcus. Tampoco quiso compartir lo que recordaba, porque no había nada heroico en estar encadenado, casi trabajando hasta morir y dejado medio muerto de hambre.

«Hable con mi ayudante sobre cómo obtener esos registros del juicio antes de que se marche. Él puede buscarlos por usted y enviarle un mensaje cuando estén disponibles para leerlos. Tendrá que venir aquí. No se permite que salgan de nuestro archivo militar».

«Gracias», Marcus se puso firme, saludó elegantemente y salió de la habitación. Una inesperada sensación de alivio lo inundó, que se vio empañada al instante por los pensamientos de Jack y el Capitán Furia.

Después de hablar con el ayudante, Marcus decidió caminar de regreso a Stortford House. Era muy irregular que el ejército empleara a un hombre al que habían dado de baja de manera deshonrosa. Lo que era aún más extraño era que Jack aparentemente había aceptado seguir con eso.

* * *

Absorto en sus pensamientos, Marcus miró por la ventanilla del carruaje mientras se acercaban a la costa. La lluvia golpeaba las pequeñas ventanas y el sabor de la sal persistía en sus labios. Pensó en el cochero envuelto en su abrigo y sombrero y esperó que no se estuviera mojando demasiado.

«Amelia, ¿el duque te mencionó a un tal Capitán Furia?».

Su esposa levantó la vista del libro que estaba leyendo. «El duque no lo mencionó, pero la duquesa sí. Ella preguntó si lo conocías. ¿Por qué?».

«¿Y cuándo tenías la intención de pasarme esa interesante información?».

«Me olvidé por completo de eso cuando apareció mi hermano». Ella extendió la mano para tomar su mano. «Me disculpo. ¿Es importante?».

«Puede ser. El Capitán Furia es una figura misteriosa que parece saber demasiado sobre mí, sobre Jack y sobre todos los demás involucrados en esta debacle», frunció el ceño, «Furia afirma que lo conozco mejor de lo que puedo recordar. Probablemente no tiene idea de lo mucho que mi cautiverio ha afectado mi memoria».

«La duquesa dijo que el Capitán Furia estaba involucrado en el contrabando y el comercio de armas e información durante la guerra. Aparentemente no le importaba a quién traicionara siempre que le pagaran lo que le correspondía», ella se estremeció. «No es un individuo muy agradable en absoluto».

«No». Marcus se tocó el cuello donde tenía una ligera marca de la punta de la daga del Capitán Furia. «Parece bastante ofendido por el hecho de que no retroceda de miedo ante él. Tal vez *debería* preocuparme más, porque definitivamente hay algo en él que me preocupa mucho».

«¿Lo has conocido?».

«Podría decirse que sí, aunque hasta ahora las reuniones han sido por decisión suya, no mía. Quiere que mantenga vivo a Jack».

«¿Le dijiste que de todos modos tenías la intención de hacerlo?».

«No, pero está convencido de asegurar mi obediencia en el asunto».

«¿Cómo demonios podría hacer eso?», preguntó ella.

«Amenazando a quienes aprecio».

Sus ojos brillaron de indignación y se sentó erguida. «¿Me amenazó a *mí*?».

«Exactamente».

«Debería pensarlo mejor».

Una risa sacudió a Marcus. «En efecto, debería. Aunque preferiría no poner a prueba mi fe en tu ingenio, mi amor. Espero fervientemente que ustedes dos nunca se encuentren en este mundo».

El carruaje aminoró la marcha, salió de la carretera principal y comenzó el ligero descenso hacia el pueblo de Highcliff.

«¿Estás lista para encontrarte con la tía Betty?».

Amelia asintió con la cabeza, su expresión era tensa. «Tengo miedo de lo que pueda

decirme, pero al mismo tiempo, necesito saber la verdad».

Como eso era exactamente lo que sentía Marcus sobre su próximo encuentro con Jack, no pudo evitar empatizar con su dilema. Le tomó la mano.

«Pase lo que pase, Amelia, estaré presente como tu amigo. Sobreviviremos a esto juntos».

«Gracias».

* * *

«No estoy segura exactamente de lo que me estás preguntando, Amelia, querida». Betty miraba inquisitivamente de Marcus a Amelia.

«¿Matthew alguna vez mencionó haber recibido cartas de mi familia?».

«No lo creo. ¿Por qué lo haría?».

Amelia intentó otra táctica. «¿Dejó alguna carta o documento para ti o para su hermano que yo no supiera?».

Betty frunció el ceño. «Hubo algo..., creo que Jonathan le pasó todo a nuestro abogado de la familia».

«¿A Tatlock?».

«Sí, es correcto, querida. En el pueblo de al lado. Se ocupaba de todos los asuntos que surgieron de la transferencia de la cabaña a nombre de Jonathan. Me pareció muy servicial y eficiente».

«Tal vez podrías escribirle una nota al señor Tatlock dándole permiso para hablar con Amelia hoy, tía Betty. Eso sería de gran ayuda», sugirió Marcus.

«Es una idea excelente», Betty se levantó en un frenesí de movimientos. «Termina tu té y yo le escribiré algo apropiado», se llevó las manos al pecho. «¡No puedo esperar para contarle a Jonathan tus noticias, Amelia! ¡Se quedará atónito! Y tú...», se dio la vuelta hacia Marcus... un conde. ¡Qué emocionante! Piensa, si no le hubiera rogado a Amelia que te sacara de la calle, esto nunca habría sucedido. Es como un cuento de hadas».

Marcus tomó la bandeja del té mientras Betty corría hacia su escritorio. «Si me permites, pasaré a hablar con Dotty en la cocina antes de irnos».

Betty le hizo un gesto para que se fuera. «Adelante, por favor. Estará encantada de escuchar tus buenas noticias».

Amelia se sentó en silencio mientras la pluma de Betty escribía sobre el papel y el reloj marcaba los segundos. Dove Cottage había cambiado muy poco en su ausencia, pero ahora se sentía muy pequeña. No era de extrañar que se sintiera como si se estuviera asfixiando. Si no hubiera sido por su encuentro casual con Marcus, ahora estaría atrapada en un internado de niñas, o peor aún, sería la acompañante pagada de una mujer mayor.

Pasara lo que pasara después, estaba agradecida por la oportunidad de vivir de nuevo, de extender sus alas y disfrutar de cada nueva experiencia. Marcus se lo había dado. La había sacado de su caparazón de autoprotección, la había desafiado a arriesgarse con él y ella nunca lo olvidaría.

«Aquí tienes, mi amor», Betty presionó la carta en su mano y luego ahuecó su mejilla. «¿Eres feliz, Amelia?».

«Sí. Marcus es un hombre muy bueno».

«Lo sabía. ¡Y es un conde!», Betty suspiró. «¡Qué *romántico*!».

«Supongo que lo es», Amelia sonrió ligeramente.

Al levantar la vista, vio a Marcus observándola desde la puerta y fue a recibirlo.

«Tengo la carta de presentación. Probablemente deberíamos irnos ahora si queremos encontrar al señor Tatlock en su lugar de trabajo».

Betty se aferró al brazo de Marcus. «Volverás a visitarme, ¿verdad? No puedo esperar a contarles a todos en el pueblo lo que les ha sucedido a ambos. El vicario y su esposa se quedarán atónitos por tu buena suerte».

Amelia miró los divertidos ojos azules de Marcus. «No tan sorprendida como yo. Doy gracias a Dios todos los días por haber conocido a mi nuevo esposo».

Marcus hizo una reverencia. «Me salvaste la vida. Soy yo quien debería agradecerle a Dios por ponerte en mi camino».

«Quizás ambos seamos bendecidos».

«Me gusta pensar que sí», Marcus se inclinó sobre la mano de Betty y la besó. «Gracias por todo, señora. Espero que vengas a visitarnos, ya sea en Londres o en mi finca de campo en Hertfordshire».

«Me gustaría *muchísimo*», dijo Betty, «aunque no estoy segura de ser digna de mezclarme con los más altos del país...».

«Mi señora, vales más que la mayoría de ellos, te lo puedo asegurar», Marcus le sonrió a Betty. «Estoy seguro de que Amelia te escribirá y te contará todas las novedades tan pronto como lleguemos a casa».

Amelia se movió para ponerse al lado de Marcus. «Claro, lo haré. Ambos tenemos mucho que agradecerte».

«Oh, ahora me harás llorar de felicidad», Betty sacó su pañuelo de encaje y se secó delicadamente la nariz. Ahora, vayan ambos».

Marcus tomó la mano de Amelia y la acompañó por el sendero hasta donde los esperaba su carruaje. Habló brevemente con el cochero y luego se pusieron en camino hacia el siguiente pueblo. La lluvia había desaparecido, dejando el cielo azul con alguna nube blanca ocasional. Detrás de la casa, el mar rugía y menguaba a medida que subía la marea.

«¿Estás bien?», preguntó Marcus.

«Me estoy recuperando notablemente bien», le aseguró Amelia, «y, por cierto, todo lo que le dije a Betty lo dije en serio. Realmente no tienes nada que agradecerme».

«No estoy de acuerdo. No estaría aquí si no te hubieras preocupado por mí».

«Me pregunto si eso es verdad. Alguien debe haberte colocado deliberadamente en nuestro pueblo porque sabemos que no llegaste allí solo».

Su sonrisa era irónica. «No recuerdo cómo llegué allí».

«¿Alguien esperaba que te encontrara o había otra persona involucrada que se suponía que te encontraría y se quedó con las manos vacías?».

«Es una teoría interesante».

«Teniendo en cuenta que el Capitán Furia, el contrabandista, está interesado en ti y en Jack, tal vez sus empleados tenían la intención de encontrarte».

«Una idea que analizaré si alguna vez vuelvo a encontrarme con el Capitán Furia», Marcus se recostó y se frotó la frente.

«¿Tienes dolor de cabeza?», preguntó Amelia.

«Solo una pequeña punzada en las sienes. No te preocupes, superaré esta próxima prueba y luego me iré a la cama. No te importa si nos quedamos aquí abajo por la noche, ¿verdad?».

«En absoluto. Podría ir a ver al señor Tatlock sola», ofreció Amelia.

«Preferiría estar contigo. Tengo más autoridad».

«Al ser un conde».

«Exactamente». Cerró los ojos y se reclinó contra la comodidad del cuero. «Despiértame cuando lleguemos».

* * *

«Mi señora, tengo algunos papeles que su primer marido envió a casa y que me dio el señor Jonathan Smith para que los guardara». La mirada del señor Tatlock se movió entre Amelia y Marcus.

«¿Sería posible que los viera?», preguntó Amelia.

«En la mayoría de los casos, tendría que pedirle permiso al propio señor Smith, pero en este caso, considerando la naturaleza de los documentos que me dejaron, creo que el señor Smith estaría más que de acuerdo en que los viera».

El señor Tatlock se levantó de su asiento. «Resulta que tengo los papeles de Smith disponibles porque recientemente redacté los documentos de propiedad de Dove Cottage, convirtiendo a la señorita Betty en inquilina de por vida y al señor Jonathan Smith en el propietario». Fue a la puerta y mantuvo una conversación en voz baja con su empleado. «Esto solo tomará un minuto».

Amelia logró sonreír y luego trató de recordar respirar mientras el señor Tatlock tomaba una caja de su empleado y la llevaba de regreso a su escritorio.

«Ah, aquí tenemos. La carta que el señor Matthew Smith envió con los papeles era bastante explícita. ¿Le importaría leerla?».

Marcus habló por primera vez. «¿Quizá podría leérmola a los dos, señor Tatlock? Ahorraría tiempo».

«Por supuesto, milord», el señor Tatlock se aclaró la garganta.

“A quien corresponda.

Yo, Matthew George Smith, pongo al cuidado de mi hermano y sus herederos estos documentos pertenecientes a mi esposa, Amelia. Si mi esposa alguna vez preguntara sobre este asunto, doy permiso para que ella vea todos los documentos pertinentes y le sean devueltos si así lo solicita.

Firmada por Matthew G. Smith

Atestiguada por dos oficiales del 95.^o”.

El señor Tatlock levantó la vista. «También hay otra carta dirigida específicamente a su esposa, milord, que no ha sido abierta», hizo una mueca, «se descubrió recientemente cuando tuvimos motivos para reordenar los papeles familiares. Le pido perdón por no haberla entregado antes, milady. El señor Smith tenía toda la intención de que se la enviara cuando supiéramos su nueva dirección». Rompió el sello del grueso paquete de pergamino y desató las cintas. «¿Le importaría venir a examinar los documentos, milady?».

Amelia se levantó y se acercó al escritorio. Había una carta dirigida a ella con la familiar letra de Matthew. El resto de las cartas llevaban los garabatos de sus hermanos Tom y Edward.

Su corazón trastabilló en su pecho y se apretó la mano con fuerza contra el pecho. ¿Qué diablos había *pasado*? ¿Por qué todas esas cartas, todas esas pruebas de la preocupación de sus hermanos por ella, habían sido retenidas? Miró suplicante por encima del hombro a Marcus y él se puso de pie al instante y se acercó a ella.

«Nos quedaremos en la posada local esta noche. ¿Sería posible que mi esposa tomara estas misivas y las leyera cuando tuviera tiempo? Volveremos a hablar con usted mañana antes de partir hacia Londres».

Amelia pasó sus dedos temblorosos sobre la pila de cartas. «Tengo una pregunta, señor Tatlock.

«¿Sí, milady?».

«¿Había dinero en estas cartas?».

«Si había, ya no está allí. Todas las cartas, excepto la dirigida a usted, han sido abiertas».

«Ya veo».

«Permítame reunir las y volver a ponerlas en la caja», dijo el señor Tatlock.

«Gracias».

En cuestión de minutos, Marcus estaba diciendo todo lo que era apropiado y la acompañaba fuera de la oficina del abogado. Ella apretaba la caja contra su pecho mientras él caminaba con ella por la calle del pueblo.

«La posada está justo aquí».

Ella lo siguió dentro del viejo edificio con techo de paja y el obsequioso propietario los acompañó escaleras arriba a lo que supuso que era el mejor dormitorio, con una reverencia tan profunda que su nariz casi le rozó la rodilla. Marcus volvió a manejar la situación con su facilidad habitual y finalmente quedaron solos. Cerró la puerta y se acercó a ella, inclinándose para desatar las cintas de su sombrero y quitárselo de la cabeza.

«¿Quieres que me quede contigo? Si lo prefieres, puedo bajar a la sala de degustación y pedir la cena».

«Eres más que bienvenido a quedarte». Se escuchó a sí misma hablar, pero no tenía idea de qué decir a continuación.

Colocó la caja sobre la alfombra de trapo anudada frente al fuego y se sentó a su lado mientras Marcus ocupaba la silla.

Con dedos temblorosos, sacó la carta de Matthew, rompió el sello y comenzó a leer.

Mi querida Amelia:

Si estás leyendo esta carta, probablemente hayas descubierto cómo te mantuve alejada de tu familia en los primeros años de nuestro matrimonio. Mirando hacia atrás, no puedo creer que haya decidido que ese curso de acción era apropiado para un hombre de honor e integridad.

Mi amor por ti y mi miedo a perderte a manos de tu familia, una familia que podría ofrecerte todas las comodidades materiales y la riqueza que yo nunca podría, dictaron mis acciones. Cuando estuve lo suficientemente seguro de mi creencia en tu amor por mí, era demasiado tarde para cambiar lo que había hecho y, desafortunadamente, tus hermanos ya habían dejado de escribirte.

Te pido perdón. Tenía miedo de perderte, pero eso no significa que no sea culpable de separarte falsamente de quienes también te amaban y se preocupaban por ti. Tus hermanos te enviaron dinero, que el abogado de mi familia en Londres invirtió en fondos para proporcionarte un ingreso si no sobrevivía a la guerra. Espero que, al menos, eso te haya traído algo de consuelo.

No puedo cambiar lo que hice, pero recuerda que siempre te amaré en la vida y en la muerte, y si te has reconciliado con tu familia, te deseo alegría en eso también.

Tuyo, Matthew

Amelia dejó la carta sobre su rodilla y respiró profundamente y luego otra vez antes de mirar a Marcus. Un vacío blanco y frío llenó sus pensamientos como si hubiera vagado por un paisaje donde no tenía puntos de referencia. Le entregó la carta y él se puso las gafas para leerla.

«Parece genuinamente arrepentido», el tono de Marcus no era crítico, «y usó el dinero para asegurar tu futuro a largo plazo».

«Sí», Amelia tomó la carta, la dobló y la colocó en el suelo junto a las otras de sus hermanos. «Todavía no puedo creer que haya elegido engañarme de esta manera. Pensé que sabíamos todo el uno del otro y que no había mentiras entre nosotros».

Marcus extendió la mano para tomarla. «Sospecho que todos mentimos en algún momento de nuestras vidas, a veces para evitar lo que percibimos que serán consecuencias desastrosas»,

hizo una pausa, «si Matthew te hubiera dado las cartas, ¿te habrías sentido tentada de dejarlo?».

Amelia miró fijamente el fuego durante un largo momento. «Durante el primer año, especialmente después de perder al bebé, sí, supongo que podría haberlo considerado».

«Entonces, ¿hizo bien o no al ocultártelas?».

«Sus intenciones eran honorables, pero todavía siento que esto lo empaña de alguna manera».

Amelia sacudió la cabeza mientras se le quebraba la voz. «No puedo explicarlo bien. Tal vez sea porque preferimos ver a los muertos como ejemplos brillantes de virtud y olvidar sus faltas. Matthew no era un santo, pero pensé que me amaba sin reservas».

«Tal vez sí».

Ella levantó la cabeza para mirarlo y se dio cuenta de que estaba llorando. El calor de sus lágrimas contra su piel fría era bastante impactante. «¿Cómo puedes decir eso?».

«Porque quería mantenerte con él, porque sabía que eso era lo correcto para los dos», Marcus vaciló, «si lo hubieras dejado y te hubieras ido a casa, ¿qué habría sido de ti?».

«Mis padres me habrían enviado a vivir con unos parientes lejanos en desgracia, y mi nombre habría sido borrado de los registros familiares».

«¿Y eso habría sido mejor que quedarte con Matthew y convertirte en la mujer fuerte e independiente que eres ahora?».

«Me habría impedido verlo morir», susurró, «no habría sufrido eso».

Él le acarició la mejilla con una expresión infinitamente gentil. «Cuando amas a alguien y te dejan, lo lamentas. Eso es cierto, pero ¿preferirías no haber vivido nada?».

«Yo...» parpadeó con fuerza para intentar detener el torrente de lágrimas, «¿cómo puedes decir eso cuando tú mismo has sufrido tanto?».

«Porque mi sufrimiento me ha traído aquí, de vuelta con mi familia y contigo», su sonrisa era irónica, «no puedo arrepentirme de mi camino, aunque desearía que no hubiera sido tan difícil sobrevivir». La besó en la boca. «No llores».

Ella le devolvió el beso, poniéndose de rodillas para rodearle el cuello con una mano.

«Está bien llorar por él, Amelia. También está bien sentirte enojada, confundida e insegura».

«No sé cómo me siento», murmuró, con la voz atascada por todas las sensaciones conflictivas que parecía no poder expresar. «Ya no sé cómo sentir nada ni en qué confiar».

«Puedes confiar en mí», su sonrisa era irónica. «Me has visto en mi peor momento. No tengo nada que ocultarte».

Ella asintió lentamente, agarrando su mano como si fuera la única constante en su vida.

«¿Quieres cenar?», murmuró él.

«No. Te deseo a ti».

«¿Todo yo?».

Ella asintió con fiereza.

«Entonces déjame cerrar la puerta con llave».

La ayudó a levantarse y cruzó la habitación para cerrar la pesada puerta con pestillo. Mientras él estaba de espaldas, Amelia se desabrochó rápidamente los botones del corpiño y las mangas largas y ajustadas. Él la ayudó, aflojando los lazos de su corsé y enaguas para que pudiera sacar todo de su cuerpo cansado y sobrecargado.

Mientras él trabajaba para liberarla, ella lo desnudó, empujando su abrigo al suelo y atacando los botones plateados de su chaleco. ¿Y si cambiaba de opinión? ¿Y si él tampoco era el hombre que ella creía que era?

Él le agarró la muñeca con mucha suavidad. «Está bien, Amelia. No voy a ir a ninguna parte. Tenemos todo el tiempo del mundo».

Ella sacudió la cabeza, negándose a bajar el ritmo, y él no intentó razonar con ella de nuevo. Cuando estuvo desnuda, él agregó sus dedos a los de ella hasta que estuvo desvestido y la guió de vuelta a la cama, sus bocas ya fusionadas en un beso interminable.

Él la giró sobre su espalda y la cubrió, empujando una rodilla entre sus muslos, creando un lugar para sí mismo que ella cedió voluntariamente. Ella curvó sus dedos alrededor de la parte posterior de su cabeza y lo mantuvo quieto.

«Esto no se trata de Matthew».

«No importa si lo es».

«Siento como si lo hubiera perdido», susurró ella.

«Él regresará a ti», Marcus la tranquilizó con suaves besos y largas caricias de sus manos sobre su carne temblorosa. «Lo encontrarás de nuevo».

Ella arqueó la espalda y él gimió su nombre mientras su rígido pene se deslizaba contra su vientre.

«Dios, te deseo tanto, Marcus».

«Entonces aprovechemos este momento, para celebrar nuestra supervivencia y nuestro matrimonio porque si el destino hubiera sido menos amable, ninguno de nosotros estaría en esta cama».

«Eso es verdad».

Él meció sus caderas, llevando la corona de su miembro contra su carne necesitada. «Entonces déjame entrar y ámame como si hubiéramos sobrevivido a la peor de las tormentas».

Se deslizó hasta su interior y Amelia lo rodeó con sus brazos y piernas como la verdadera sobreviviente que era y se aferró a él.

* * *

Cuando Marcus abrió los ojos estaba oscuro y podía oír el retumbar de voces en la taberna de abajo. Todavía estaba acostado sobre Amelia, ambos hundidos profundamente en el cavernoso colchón de plumas de la gran cama. Con un gruñido, se dio la vuelta y se quedó mirando el techo con vigas.

Así que Matthew Smith le había mentado a su esposa. ¿Habría hecho lo mismo? Muy posiblemente, si eso significaba que podía mantener a Amelia a su lado. Estaba mal, pero todavía tenía sentido para Marcus. La pregunta era ¿qué haría Amelia con esa información? ¿Y qué pasaría si alguna vez él estuviera en una situación similar? Había sido tan malditamente afortunado de encontrarla, ¿sería capaz alguna vez de dejarla ir?

«¿Marcus?».

Amelia se acurrucó contra su costado, con un muslo apoyado sobre el suyo y la palma de la mano apoyada sobre su pecho.

«¿Sí, amor?».

«Ahora tengo hambre», él se rió. Su esposa era una notable mezcla de lo prosaico y la pasión.

«¿Qué?», ella se incorporó sobre un codo y lo miró, con el cabello castaño rojizo despeinado y la piel sonrosada por el roce de su barbilla sin afeitar.

«Eres la mujer más práctica que he conocido».

Ella le acarició el pecho, haciendo que su cuerpo volviera a la vida. «No lo soy. Me acosté contigo antes de siquiera considerar comer».

«Porque soy irresistible». Él asintió. «Lo entiendo perfectamente».

Ella le besó la nariz. «Eres muchas cosas, milord y las aprecio todas».

«Entonces vuelve a la cama», él curvó una mano alrededor de su trasero y la presionó contra la renovada dureza de su miembro.

Su estómago gruñó, y él enterró la cara en su hombro y se estremeció de risa. ¿Quién hubiera pensado alguna vez que él volvería a reír? «Tal vez no». La levantó suavemente y se sentó. «Dame un momento y pediré la cena y un baño si lo deseas. Se levantó de la cama y se lavó, usando la jarra de agua fría y el cuenco en la mesa junto a la ventana.

«Marcus».

Se giró para verla mordiendo el labio. «¿Sí, amor?».

«No necesito un baño caliente. Soy perfectamente capaz de lavarme con agua fría».

«Pero ya no tienes que hacerlo».

«Lo sé», ella dudó. «¿Crees que podríamos llevarnos las cartas a casa para que pueda leerlas más tarde? Todavía no puedo enfrentarme a ellas».

«Escribiré una nota al señor Tatlock diciéndole que deseas conservarlas y que las enviaré a su oficina mañana por la mañana. No necesitaremos verlo antes de irnos». Marcus se sacó la camisa por la cabeza y se puso los pantalones y el chaleco. «Quédate allí, que yo iré a organizar nuestra cena».

Capítulo 14: Capítulo Catorce

«Gracias a Dios», murmuró Marco mientras Amelia se acercaba a él con la mano extendida. «Pensé que nunca ibas a salir de esa sala de estar».

Los habían invitado a otro de los eventos de la duquesa de Delamere, y Marcus se había sentido obligado a asistir en caso de que el duque tuviera algo que compartir con él sobre la probable llegada del escurridizo Jack. No lo había hecho, pero Amelia parecía haberlo disfrutado, lo que era suficiente para Marcus.

Amelia le apretó los dedos con sus ojos cálidos de diversión. «Conocí a alguien de mi primera temporada. Fue notablemente amable y me invitó a visitarla en su casa».

Su esposa lucía muy a la moda con su vestido de muselina azul estampada y su pelliza a juego. Le gustaba especialmente la forma en que su sombrero enmarcaba su rostro. Todavía había algo en sus ojos, una suavidad y vulnerabilidad que lo hacían querer abrazarla y protegerla de todo. Pero sospechaba que solo él podía verlo y así era como debía ser. El hecho de que ella lo necesitara, pobre alma dañada que era, y que solo él pudiera consolarla era notable en sí mismo.

«Me alegra saber que estás haciendo amigas». Marcus colocó su mano en el hueco de su brazo y se giró hacia la puerta. Un destello de luz lo cegó por un segundo y giró la cabeza mientras el sol brillaba sobre una cabeza rubia. Se le heló la sangre mientras su memoria le proporcionaba los gritos de caballos aterrorizados, disparos y...

“¿Marcus? ¡Oh! ¿Eres tú?”.

La figura en la puerta se acercó. Pero Marcus ya había reconocido la melodiosa voz galesa y estaba avanzando a grandes zancadas para encontrarse con su némesis. No se detuvo a pensar, sino que echó hacia atrás el puño y lo plantó directamente en la cara de Jack. En algún lugar, una mujer gritó mientras seguía el primer golpe con una serie de otros que hicieron que Jack cayera al suelo. Marcus estaba inmediatamente encima de él con la mano cerrada alrededor de su garganta.

Hubo un tirón persistente y urgente en su brazo. «Marcus. Por favor. No se está defendiendo. No lo mates, *por favor*. Me lo prometiste».

Sacudió la cabeza, su visión enrojecida se aclaró y miró hacia abajo, al rostro ensangrentado de Jack. Con gran renuencia, soltó el agarre castigador en la garganta de su adversario y se apartó de él.

«Tal vez podría considerar comportarse como un *caballero*, milord, y entrar en el estudio del duque en lugar de entretener a mis invitados con su pelea».

Reconoció esa voz gélida también, y vio que la duquesa se había unido a la multitud que lo rodeaba.

«Mis disculpas, Su Gracia», Marcus se levantó lentamente del suelo. «No fue mi intención...».

Amelia tomó su mano y lo hizo caminar a través del grupo de curiosos hacia el tranquilo estudio del duque, lleno de libros. Temblaba como un potro inexperto y no podía hacer nada más que caminar de un lado a otro hasta que el duque y la duquesa entraron en la habitación con Jack entre ellos. Jack sostenía un pañuelo a un lado de su cara y parecía furioso.

«Marcus... esa no fue exactamente la recepción que esperaba».

«¿Qué parte no entiendes?», Marcus se volvió hacia él. «¿Mi deseo de asesinarte..., cobarde, bastardo traidor?».

La sorpresa se reflejó en el rostro de Jack. «¿Quién te dijo eso?».

«Nadie tuvo que decirme nada, Jack. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Cuando nos tendieron una emboscada y David murió y me llevaron encadenado».

«Traté de evitar que te llevaran. Yo mismo estaba herido».

Marcus dio un paso vacilante hacia Jack. «Herido y mucho más rico, me imagino. Escuché a mis guardias hablando sobre el traidor entre nosotros. El hombre dispuesto a traicionar a su país y a sus mejores amigos».

«No fui yo, Marcus», dijo Jack con urgencia, «fue David Rice. Lo mataron porque quería más dinero y me dejaron con vida para asumir la culpa».

«Qué conveniente para ti que David esté muerto y no pueda cuestionar tu versión de los hechos», Marcus se burló.

«Jack tiene razón, Haverling», dijo el duque por primera vez. «He estado investigando este incidente para el gobierno. Puedo confirmar que la única persona que recibió fondos no contabilizados durante ese período de tiempo fue David Rice».

«Pero era un simple *niño*».

«Lo suficientemente mayor como para traicionar a sus compañeros oficiales y lo suficientemente inteligente como para culpar a otro. O eso nos han hecho creer», el duque hizo una pausa, «¿cómo crees que te descubrieron y te liberaron?».

Marcus mantuvo la mirada fija en Jack. «No lo sé. Mi memoria está fallando. Todo lo que recuerdo es que me encadenaron, me golpearon y me usaron como un animal en una granja».

La compasión se apoderó del rostro de Jack. «Yo... no lo sabía».

«No te atrevas a sentir pena por mí», gruñó Marcus.

«Tengo todo el maldito derecho a preocuparme por lo que te pasó». Por primera vez, el conocido temperamento de Jack mostraba sus verdaderos colores. «¡Acepté trabajar tanto para el Capitán Furia como para el gobierno si continuaban buscándote! Estuve dispuesto a hacer *cualquier cosa* para que regresaras sano y salvo a casa».

El duque habló de nuevo. «¿Tal vez podríamos dejar que Jack y Haverling discutan este asunto en privado? Estoy bastante seguro de que no habrá más derramamiento de sangre».

«¿Marcus?».

Miró a su alrededor y vio que Amelia lo estaba estudiando, y asintió bruscamente. «No lo mataré».

«Gracias. Esperaré con la duquesa».

En cuestión de segundos, el duque, la duquesa y Amelia abandonaron el estudio. Jack cerró la puerta detrás de ellos con un fuerte portazo.

«¿Cómo crees que llegaste finalmente a casa, Marcus?», Jack volvió a preguntar.

«¿Por qué te importa?».

«Porque casi me he vendido a este maldito gobierno, un gobierno que estaba muy feliz de verme avergonzado y rechazado por todos mis compañeros, simplemente para asegurarse de que todavía te estuvieran buscando», Jack frunció el ceño, «¡Y no me agrada que me tache de traidor el mismo hombre al que he estado tratando de ayudar! ¿Qué *diablos* te pasa y quién te ha estado contando esas mentiras?».

«No lo sé. Lo primero que recuerdo es despertarme en Dove Cottage, en la costa inglesa, sin siquiera saber mi propio nombre». Marcus se pasó una mano temblorosa por el pelo y se dejó caer en el asiento más cercano. «El resto vuelve en partes y en mis pesadillas, pero no hay una secuencia. Solo una serie de imágenes y sentimientos y... dolor».

«Entonces escúchame», Jack se agachó frente a él, con la mirada firme. «El Capitán Furia me dijo que si completaba esta última misión, la que me llevó a Gales, se aseguraría de que te

liberaran. No le creí. El hombre me ha mentido muchas veces. Estaba dispuesto a aceptar la misión por si había la más mínima posibilidad de que te ayudara a recuperarte. Eso era todo lo que siempre había querido», la voz de Jack sonaba ronca, «volver a verte, disculparme por no entender qué diablos estaba pasando y por llegar demasiado tarde para salvarte. Nunca perdí la esperanza de que todavía estuvieras vivo».

Qué extraño que el hombre al que Marcus había calificado como el villano de la historia fuera el único que se había negado a creer que estaba muerto y había renunciado a casi todo para encontrarlo.

Marcus levantó la cabeza.

«Soñé con mil formas de matarte. Me imaginé ignorando cada súplica, cada último aliento que tomabas mientras lentamente te robaba la vida y te hacía pagar por mis años de sufrimiento», exhaló «y ahora descubro que mi venganza no fue más que algo hueco y sin valor».

Jack puso su mano sobre la rodilla de Marcus. «Ambos hemos sufrido. ¿Crees que hay una manera de que volvamos a ser amigos? Eso me gustaría más que nada».

Por un momento fugaz, Marcus puso su mano sobre la de Jack y apretó con fuerza. «Me gustaría pensar que eso sería posible, porque creo que tenemos un enemigo común».

«¿El Capitán Furia?».

«Sí. Amenazó a mi familia si no te mantenía con vida».

Jack se puso de pie lentamente. «Entonces, tal vez deberíamos intentar visitar al buen capitán y demostrarle que tengo muy buena salud».

* * *

Se había convocado un consejo al estudio del duque, que incluía no solo a sus Excelencias, sino también a Michael Waterstone, la esposa de Jack, Carys, y Amelia. La duquesa había insistido en que todos tenían algo que aportar a la discusión y el duque no había estado en desacuerdo con ella.

Marcus se frotó la sien y escuchó mientras Michael Waterstone explicaba las actividades traicioneras de su madre y la de la duquesa y lo que Jack había descubierto en Gales. Parecía claro que ambos hermanos Rice sabían sobre el comportamiento traicionero de David, pero como ambos estaban muertos, sus pruebas habían desaparecido.

«Todavía me resulta difícil creer que David Rice estuviera detrás de algo». Michael Waterstone revolió sus papeles. «Al ser el hijo menor, podría haber estado corto de fondos, pero dudo que se le ocurriera un plan así por sí solo».

«¿Quizás a Lord Rice se le ocurrió la idea?», sugirió Jack.

El duque negó con la cabeza. «No tenía las conexiones necesarias. Puede que supiera lo que David estaba haciendo y lo encubriera, pero ese es el alcance de su participación. Se trataba de un asunto de espionaje internacional a gran escala, que afectaba las vidas y el futuro de miles de tropas y el mismísimo futuro de nuestra nación».

«No me lo recuerdes», murmuró Jack, «todavía tengo pesadillas sobre la información que perdí».

La esposa de Jack, Carys, le dio unas palmaditas en la mano. «No fue tu culpa, Jack. Y pronto todo el mundo lo sabrá y tu nombre quedará limpio».

«Lo dudo. Sospecho que todos estos asuntos tendrán que permanecer en secreto», Jack besó la mano de su esposa. «Y si tengo la buena opinión de ti y de Owen, ¿por qué debería importarme lo que el resto del mundo piense de mí?».

Marcus se movió en su asiento. «Tiene que tener algo que ver con el Capitán Furia. Él es el único que sabía que me tenían cautivo y utilizó esa información para controlar a Jack».

«Lo que podría sugerir que en primer lugar él fue quien hizo que te tomaran prisionero, o quien al menos se benefició al descubrir dónde te tenían retenido y usarlo en contra de tu mejor amigo», el duque se recostó, su aguda mirada los evaluaba a todos.

«Me cuestioné», dijo Amelia por primera vez, «el hecho de que Marcus haya sido mantenido con vida durante años y luego llevado de vuelta a Inglaterra y abandonado en la aldea de Highcliff, indicando un alto nivel de complejidad y planificación».

«Y la capacidad de pasar de contrabando a un hombre más allá de la flota naval británica», añadió Jack, «no es que no haya habido miles de soldados regresando al campo desde el final de la guerra».

«Me imagino que esa habría sido la parte fácil. Mantenerlo con vida y arrojarlo a un lugar específico debe haber sido más difícil», Amelia asintió. «A menos que quien estuviera a cargo de devolver a Marcus al Capitán Furia simplemente abandonara su cargo a la primera oportunidad».

«Eso suena terriblemente probable» convino Marcus. «Si ese es el caso, entonces estoy aún más agradecido de que me hayas encontrado, milady».

Amelia le sonrió. «Fue un placer». Hizo una pausa. «Hubo un extraño en nuestro pueblo justo después de que aparecieras, Marcus. Vino a nuestra puerta y le hizo a la pobre Dotty varias preguntas impertinentes».

«No recuerdo eso».

«Estabas todavía postrado en cama e inconsciente. Sospecho que él era el hombre que te abandonó en el pueblo o tardó en recogerte».

«Sea como sea», continuó el duque, «el Capitán Furia quiere volver a verte, Jack».

«Lo sé. Le prometí contarle lo que pasó con el asunto en Gales», Jack se inclinó hacia delante, «apuesto a que antes de que sus planes salieran mal, tenía la intención de retenerte, Marcus, hasta que decidiera si había completado mi tarea a su satisfacción».

Marcus asintió. «Si vas a ver al Capitán Furia, quiero ir contigo».

Jack estudió el rostro de Marcus. «¿Crees que es prudente?».

«Creo que iré contigo de todos modos», Marcus sostuvo la mirada de Jack. «Necesito respuestas, y cada vez estoy más convencido de que solo el Capitán Furia conoce toda la verdad», dudó, «tengo la sensación de que su trato conmigo fue... *personal* de alguna manera, que me conocía de antes y deseaba que lo entendiera», sacudió la cabeza, «no creo que él esperara que yo volviera sin la mayoría de mis recuerdos. Eso también debe haber trastocado sus planes».

«Probablemente», Jack le tendió la mano y Marcus la estrechó. «Entonces, por supuesto, ven conmigo. Será como en los viejos tiempos».

«No es así».

«No dejaré que te haga daño, Marcus».

«Preocúpate por protegerte», Marcus se puso de pie, «soy muy capaz de matar».

Jack sostuvo su mirada, todo rastro de diversión desapareció de su rostro. «No te preocupes, amigo mío. Si alguien va a morir, te aseguro que no serás tú ni seré yo».

«Si tienen la intención de enfrentarse al Capitán Furia, sugiero que permanezcan juntos en todo momento», el duque también se levantó, «¿quizás podrías invitar a Jack y a su esposa a quedarse en Stortford House?».

«Ciertamente no tengo la intención de quedarme en la residencia de mi padre», Jack tomó la mano de su esposa, «y no tengo una casa propia».

Amelia hizo una reverencia. «Entonces, ambos son más que bienvenidos a quedarse con nosotros».

«Y me informarán si se encuentran con el Capitán Furia y cuándo lo harán», afirmó el duque. «Si las cosas van mal, tal vez pueda ayudar».

«Gracias, Su Gracia», Jack le hizo una profunda reverencia al duque.

«Llévense bien», el duque dio un paso atrás. «¿Puedo sugerirles que usen la entrada trasera? No deseo entretener a mis invitados con más dramatismo improvisado».

Marcus hizo una reverencia a la duquesa. «Me disculpo, Su Gracia».

«Perdonado», la duquesa le ofreció una cálida sonrisa, «simplemente me alegro de que usted y Jack se hayan reunido y estén del mismo lado».

Marcus no estaba muy seguro de que esa fuera la verdad, pero sonrió de todos modos y se fue con los Llewellyn. Si descubría que Jack estaba en complicidad con el Capitán Furia, lo mataría. De eso no tenía ninguna duda.

Capítulo 15: Capítulo Quince

«Milady».

Amelia levantó la vista cuando el mayordomo le abrió la puerta principal. Después de toda la emoción en la residencia del duque, estaba contenta de volver a su propia casa, aunque con dos invitados con los que sospechaba que su marido no se sentía del todo cómodo. Fuera lo que fuese lo que Marco le había dicho al duque, ella sabía que él seguiría su propio camino. Incluso lo admiraba por ello.

Jack no era estúpido, y ella también había percibido una profunda cautela en él que le recordaba a Marcus. Dios los ayudara a ambos si se encontraban de nuevo en bandos diferentes. Dudaba que alguno de los dos saliera vivo de semejante encuentro.

«Buenas tardes, Foster. Pide al ama de llaves que prepare un dormitorio para nuestros invitados, lord Jack Llewellyn y su esposa».

Jack se aclaró la garganta y dijo en voz baja, «ya no uso ese título, milady, mi padre me desheredó».

Carys pellizcó la manga de Jack, «pero deberías empezar a acostumbrarte a oírlo de nuevo, mi amor, porque cuando este asunto se aclare, quedarás exonerado».

Jack luchó contra una sonrisa y se inclinó ante su esposa y Amelia. «Como deseas, milady».

Amelia asintió y siguió hablando con el mayordomo mientras avanzaban hacia el salón. «Y por favor, trae algo de té al salón de inmediato».

«Milady...».

«¿Qué pasa?».

«Ya tiene un invitado esperándola en el salón».

«¿Y quién podría ser?», Marcus estaba ahora junto a ella y le hizo la pregunta.

«El marqués de Leyton, milord».

Amelia casi tropezó y Marcus puso una mano restrictiva sobre su brazo. «Jack, ¿les importaría esperar en mi estudio mientras mi esposa y yo lidiamos con este visitante inesperado?».

«En absoluto. Tal vez Foster pueda mostrarnos el camino».

«Gracias», gritó Marcus mientras Jack y Carys caminaban por el pasillo con el mayordomo.

Amelia respiró profundo para tranquilizarse. «No tienes que acompañarme».

«¿No podrías creer que te permitiría enfrentarte a tu padre sola?».

«¿Permitirme?».

«Bueno..., esperar».

«No pensé que se animara a visitarnos aquí».

Marcus tomó su mano y la colocó sobre su manga mientras subían las escaleras. «Creo que esto nos da la ventaja. Si no nos agrada su actitud, podemos hacer que lo echen a la calle».

Amelia luchó contra un deseo histérico de reír ante la imagen de su padre autocrático siendo arrojado a cualquier parte. En la puerta cerrada, Marcus hizo una pausa y bajó la voz.

«Intentaré dejar la discusión en tus manos, pero si su comportamiento se vuelve insostenible, debes darme permiso para intervenir y defenderte».

Ella encontró su mirada azul oscuro y asintió.

«Bien». Él la besó en la frente. «Ahora, vamos por él».

Amelia abrió las puertas y vio a su padre de pie junto al fuego, con los pies firmemente plantados en la alfombra de la chimenea y las manos detrás de la espalda. Su cabello castaño

estaba salpicado de blanco, lo que hacía que su piel cetrina fuera más visible. Las líneas de desaprobación que siempre habían enmarcado los lados de su boca y su frente se habían profundizado, dejando su expresión adusta.

«Amelia».

Se las arregló para hacer una reverencia y caminar hacia él.

«Padre. ¿Puedo presentarle a mi esposo, el mayor, lord Marcus Stortford?».

«El hijo de Edward. Ahora conde de Havering en lugar de su padre».

«Sí, milord», Marcus inclinó la cabeza apenas un centímetro.

«Se creía que había muerto en España».

«Eso es correcto».

«¿Fue allí donde conoció a mi hija?».

«No, mi señor. La conocí en Inglaterra».

El marqués asintió. «Me alegro de conocerlo, Havering».

«Gracias, señor», Marcus hizo un gesto con la mano, «¿desea sentarse? Podemos pedir un poco de té».

«Gracias, pero no tengo intención de quedarme. Solo quería presentarme», miró hacia la puerta. «Debo irme».

Amelia se puso delante de él. «¿No tienes nada más que decirme?».

Se detuvo y la miró por encima del hombro. «¿Disculpa?».

«No me has visto en casi una década».

«Debido a tu propia y estúpida locura».

«Entonces, ¿ahora estoy *perdonada*?».

La fría mirada del marqués se detuvo en su rostro. «Vine a hablar con tu nuevo esposo. No necesito tus disculpas ni por tu conducta atroz ni por tu presencia». Miró a Marcus de nuevo, «puede traer a su esposa a nuestra casa para nuestra próxima reunión el jueves. Los recibiremos a ambos y pondremos fin a cualquier duda de que nuestras dos familias no están unidas».

Hizo una reverencia, caminó alrededor de Amelia y se dirigió a la salida. Sin decir una palabra, Marcus lo siguió afuera, cerrando la puerta silenciosamente detrás de él. Por un segundo, Amelia se quedó de pie, temblando con una extraña combinación de humillación y enojo. Su padre siempre había tratado a sus mujeres como si fueran piezas de ajedrez que se podían mover o abandonar a su gusto. Su negativa a reconocerla ahora no era nada nuevo. Pero ella no era la misma persona y se *negaba* a que la ignorara.

Salió corriendo al rellano y empezó a bajar las escaleras, sus zapatillas casi sin hacer ruido. Marcus se había detenido en el pasillo desierto mientras su padre se ponía el sombrero y recogía su bastón y sus guantes de la mesa junto a la puerta.

«Buen día, milord», la voz de Marcus llegó con bastante claridad hasta ella al pie de las escaleras.

«Havering».

«Lamento no podamos reunirnos con usted el jueves», dijo Marcus, «en realidad, pensándolo bien, no lo lamento en absoluto. Solo estaba tratando de ser educado».

«¿Disculpe?»

«Ni Amelia ni yo necesitamos su rostro para ser aceptados por la sociedad, señor, y, más concretamente, a ninguno de nosotros nos importa un comino si somos aceptados. Si no está preparado para tratar a mi esposa con el respeto y la atención que se merece, entonces no puedo, en conciencia, permitirle que lo vea».

«Tal vez no lo entienda, Havering. Le estoy haciendo un gran favor al siquiera reconocer su

existencia. Debería *agradecerme* por bajar mis estándares para adaptarme a su error. El pasado escandaloso de mi hija no es el tipo de antecedentes que un noble del reino podría desear en su esposa».

«Mi esposa estaba casada con un fusilero que murió heroicamente luchando por este país. Después de su muerte, ella se abrió camino en este mundo sin su ayuda y, solo para que *se diera* cuenta de su fuerza de carácter, me salvó la vida. Debería estar arrastrándose a sus pies suplicando su perdón en lugar de dudar de su carácter. Ahora, salga de mi casa».

Hubo un largo silencio y luego la puerta principal se cerró de golpe. Soltando el aliento, Amelia se acercó a donde Marcus todavía estaba de pie, con su expresión tormentosa y sus ojos brillando de rabia. Se puso de puntillas y ahuecó su mandíbula rígida.

«Gracias».

«Es un ser humano abominable», gruñó Marcus, «estuve muy tentado de sacudirlo hasta que le castañetearan los dientes y jalarlo por el cuello».

«Me alegro de que no lo hicieras. No es un enemigo que le desearía a nadie, especialmente a ti».

«No estoy seguro. Parece el tipo de hombre al que le vendría bien que le perforaran su aire de superioridad con regularidad».

Le besó la boca. «¿De verdad no tenemos por qué ir a arreglar nuestras cosas con ellos el jueves?».

«Pueden ahorcarse ellos mismos», se llevó la mano de ella a los labios y le besó la palma. «¿Fui demasiado grosero?».

«Pienso que lo manejaste perfectamente. Eres la única persona que me ha defendido de mi padre».

Hizo una mueca, «después de decir que te dejaría a ti para que te ocuparas de él».

«Aunque gritara, chillara y me arrancara el pelo, probablemente me habría pasado por encima y habría seguido hablándote. Siempre ha sido así con sus hijas. Significamos menos para él que sus perros».

Enlazó su brazo con el de él y lo guió hacia su estudio. Si no empezaba a moverse pronto, apoyaría la cabeza contra su pecho y berrearía como una niña pequeña.

«¿Amelia?».

Mantuvo la voz tranquila, «vamos a ver si Foster trajo a Jack y a Carys algunas bebidas».

«Siempre te protegeré. No lo dudes nunca».

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero parpadeó para contenerlas. Él la amaba. Todo lo que hacía la convencía de eso. Si ella comenzaba a decirle cuánto lo amaba a cambio, nunca podría detenerse y podría asustarlo. Su trato matrimonial se había sellado en el entendimiento de que no estaban enamorados. ¿Pero si ella no se lo decía? ¿Y si este era su último momento juntos? ¿Qué le había dicho sobre aprovechar el momento?

Ella levantó la barbilla. «Creo que necesito una taza de té fuerte».

«Tengo brandy en el aparador».

Amelia le dio una palmadita en el brazo. «Entonces ambos estaremos renovados y listos para decidir cómo atrapar al Capitán Furia».

* * *

Marcus permitió que Amelia lo guiara de regreso a través del vestíbulo de entrada y hacia su estudio. Justo antes de que llegaran a la puerta, revisó para ver si había sirvientes alrededor y la giró hasta que su espalda estuvo contra la pared.

«No llores, mi amor. Tu padre no merece tus lágrimas».

Ella parpadeó lentamente hacia él. «No lloro por él».

«Entonces, ¿por quién?», sacó su pañuelo y con calma le secó las lágrimas que se habían escapado por sus mejillas.

«No estoy llorando».

Le mostró su pañuelo húmedo antes de colocarlo en su mano.

«¿Qué pasa, mi corazón?».

«Es por ti».

«¿Te hago llorar?», enmarcó su rostro con sus manos, viendo la belleza en él, la fuerza de propósito y la pátina de honestidad en su mirada.

«Te amo, Marcus».

Dejó que eso se hundiera profundamente en su interior y se asentara cerca de su corazón.

«¿Y eso te hace llorar? Porque debes saber que yo también te amo».

«Me hace muy feliz. Pero eso no era parte de nuestro trato».

«Ah, ahora lo entiendo. Las lágrimas pueden ser cosas felices para una mujer», él sostuvo su mirada. «¿Me atrevo a esperar poder hacerte feliz?».

«¿Tienes que preguntarlo siquiera?», susurró ella, «no puedo imaginar mi vida sin ti ahora».

Él le sonrió mientras una profunda oleada de agradecimiento rugía a través de él. «Entonces soy un hombre muy afortunado, ya que el amor nos ha encontrado a los dos a pesar de todo». Bajó la cabeza y la besó muy lenta y profundamente. «Y ahora le deseo a Jack y a su esposa que se vayan al diablo», murmuró.

Con una sonrisa, ella le empujó el pecho. «Cuanto antes los instalemos en su dormitorio, antes podremos retirarnos al nuestro».

Marcus se enderezó y miró con tristeza sus pantalones, ahora acampanados. «No puede ser lo suficientemente pronto para mí».

* * *

A pesar de sus mejores esfuerzos, Marcus todavía se encontraba sentado a la mesa del comedor compartiendo una última copa de oporto con Jack. A pesar de los años que llevaban separados, no había llevado mucho tiempo que pudieran restablecer la tranquilidad que había existido anteriormente entre ellos. Siempre habían encajado bien juntos, como dos mitades de una ciruela. Marcus solo podía esperar que Jack fuera tan sincero como parecía.

«¿Quién crees que es el Capitán Furia?», Marcus volvió a llenar su copa y esperaba que Amelia lo perdonara por no aparecer antes en su dormitorio.

«No tengo idea», Jack bebió su oporto con cuidado, como si fuera un lujo poco común para él. Su ropa estaba mucho más raída que la de Marcus, y parecía más bien delgado. «Parece tener muchos dedos metidos en muchos pasteles, tanto altos como bajos».

«Si ha logrado engañar al duque de Diable Delamere y evadir todos los recursos de la Corona británica, debe ser bastante excepcional», Marcus frunció el ceño, «me recuerda a alguien..., ojalá pudiera recordar a quién».

«A veces trabaja para el gobierno. Por eso no les interesa investigar demasiado su identidad». Jack dejó su copa. «No me importa quién sea. Solo quiero algunas respuestas, y luego quiero su promesa de que nunca tendré que verlo ni hablar con él nuevamente en esta vida».

«Tampoco me importa particularmente quién sea, pero si descubro que es el hombre responsable de mi encarcelamiento, entonces tengo la intención de matarlo».

Jack asintió. «Todo lo que pido es que obtengamos la mayor cantidad de información posible de él antes de que lo hagas».

«¿No me detendrías?».

«Marcus, después de cómo te trataron, te ofrecería la cabeza del hombre en bandeja de plata si pudiera lograrlo. Cada vez que pienso en que te tuvieron prisionero y te trataron peor que a un perro, yo...».

«Pero estoy vivo y ahora estoy en casa».

«Y tienes una esposa», Jack volvió a sonreír. «Lady Havering es una mujer increíblemente ingeniosa».

«Me salvó la vida al acogerme y cuidarme en Dove Cottage. No tenía idea de quién era yo y aun así me trató como a un invitado de honor en lugar de como el desertor traidor y encadenado que parecía ser».

«Una mujer de gran sentido común y compasión», Jack se echó hacia atrás la manga del abrigo, «tengo las mismas marcas de haber estado encadenado antes de que me azotaran. Por suerte para mí, Carys estuvo dispuesta a aceptarme de vuelta a pesar de todo lo que salió mal entre nosotros».

Marcus levantó su copa. «Me alegro por ti, Jack».

«Tengo un hijo, Marcus. Se llama Owen. No puedo creer lo afortunado que soy», la voz baja de Jack era casi reverente, «y si la familia Rice hubiera logrado sus objetivos, yo no habría tenido nada».

«No puedo creer lo tonto que fue David», Marcus negó con la cabeza. «Tampoco creo que tuviera el cerebro para orquestar la emboscada, ¿y tú?».

«No. Desde que me di cuenta de la verdad, he luchado por entender qué había detrás de sus acciones. Estaba endeudado y necesitaba dinero. Ese era el alcance de su ambición. No le importaba el resultado de la guerra ni los hombres que estaba enviando a una muerte segura al revelar nuestros planes militares...», Jack dejó de hablar brevemente y miró la tela de lino prístina. «No le importamos ni tú ni yo, ni los hombres que lo habían mantenido con vida sobre esa cordillera solo para que pudiera traicionarnos».

«¿Quizás el Capitán Furia fue el cerebro detrás de David?», sugirió Marcus, «eso tendría sentido».

Jack terminó su oporto de un último trago. «Quizá lo averigüemos pronto».

«Lo averiguaremos o moriremos en el intento».

«Eso es estar animado, amigo mío. Y como ambos tenemos demasiado por lo que vivir para permitir que eso suceda, predigo que Furia pronto dejará de existir», Jack se puso de pie. «Buenas noches, Marcus. Sé que aún no confías en mí, ¿cómo podrías hacerlo? Pero juro por mi honor que haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que terminemos con este asunto de una vez por todas».

«Buenas noches, Jack».

Esperó unos momentos antes de levantarse de la mesa. Después de comprobar con el mayordomo que Amelia no estaba todavía abajo, subió a su dormitorio y golpeó suavemente su puerta.

«Pasa».

Estaba acurrucada en una silla junto al fuego leyendo un libro, con el pelo suelto sobre los hombros y las gafas sobre la nariz. Marcus se detuvo para apreciar la imagen que formaba antes de avanzar lentamente hacia ella y caer de rodillas.

«Me quedé para beber un poco de oporto con Jack».

Dejó el libro. «Sabía que lo harías. Es parte de ese misterioso ritual de unión masculina, ¿no?».

Se inclinó y desató la faja de su bata. «Creo que ahora nos entendemos bastante bien». Con un suspiro, enterró la cara en su regazo y sintió que sus dedos se posaban en su cabello. «Me alegro de no haberlo matado».

«No pensaba que lo harías».

«Hubo un momento, cuando lo escuché hablar por primera vez, en el que me olvidé de todo excepto de haberlo lastimado tanto como él me lastimó a mí».

«Lo cual es perfectamente comprensible».

Él giró la cabeza para poder mirarla. «¿Comportarte como un animal en el vestíbulo de una mansión ducal?».

«Estuviste bastante impresionante, en realidad».

«Moza sedienta de sangre», se puso de rodillas y le quitó la bata de los hombros para exponer la fina muselina de su camión. «Has pasado demasiados días con un ejército».

«Tal vez», ella suspiró mientras él rozaba con la boca la curva de su pezón. «Vi muchas peleas alrededor de la fogata. Creo que las mujeres eran las peores, con todos esos gritos».

«Como todas las mujeres».

«Yo no grito ni peleo».

Él succionó su pezón con la boca y tiró con fuerza de ella hasta que su mano acarició su cuello y lo instó a seguir. Él le arremangó el camión y acomodó la palma de su mano sobre su sexo.

«Creo que puedo hacerte gritar». Él cambió de posición, la levantó y se puso de pie, colocándola cuidadosamente en el centro de la cama. Se inclinó sobre ella y unió su boca a la de ella en un beso interminable lleno de promesas. Cuando salió a tomar aire, sus manos ya estaban intentando liberarlo de su abrigo bien ajustado. La ayudó a desvestirlo sin pensar en el daño a su atuendo o dónde terminaría. Gracias a Dios no era un dandi ni tenía un valet para quejarse de esas cosas. Cuando estuvo desnudo, le quitó con cuidado la camisola y bajó la cabeza para besarle los pechos. Una cosa que su cautiverio le había enseñado era a saborear cada cosa buena y cada sensación gloriosa que le llegaba porque podría ser la última. Si tenía suerte, él y Amelia tendrían años juntos para compartir su felicidad, pero aún quedaba el asunto del Capitán Furia por atender.

«Creo que puedo hacerte gritar si me tomo mi tiempo. ¿Y tal vez incluso suplicar?», él le sonrió y recibió una sonrisa desafiante a cambio. Su cabello castaño estaba esparcido sobre la almohada y sus ojos ya se estaban suavizándose por el deseo.

«Ya lo veremos, ¿no, Marcus?».

Su sonrisa se hizo más profunda. «Sí, Amelia, mi amor, ya lo veremos».

Capítulo 16: Capítulo Dieciséis

«¿Cuánto tiempo crees que tardará el Capitán Furia en averiguar dónde te alojas?», preguntó Marcus a Jack mientras paseaban por el frondoso parque de camino a la casa del duque de Diable Delamere.

Se habían acostumbrado a pasar por la residencia del duque todos los días. Marcus sospechaba que el duque prefería que se mantuvieran alejados de su duquesa, pero sin duda animaba su existencia y aseguraba que de una vez por todas el duque estuviera tan ansioso como Marcus por resolver el asunto.

«El Capitán Furia probablemente ya lo sabe. Sospecho que tiene espías en todas las mejores casas, y no estamos haciendo exactamente ningún esfuerzo por ocultarnos».

«Es una pena que el capitán no trabajara a tiempo completo para el gobierno. Nos hubiera venido bien un hombre de su calibre a cargo del reconocimiento y la vigilancia durante la guerra».

«Te refieres al espionaje», Jack le guiñó el ojo, «no es que los británicos nos dediquemos a algo tan deshonesto».

«Mi primer grupo de captores me dijo que me juzgarían como espía». La leve sonrisa de Marcus desapareció. «En algún momento, me transfirieron a otras manos. Estaba enfermo, tenía fiebre y no recuerdo cómo llegué donde terminé».

«¿No estabas en un campamento militar o en una prisión?».

«No», Marcus frunció el ceño, «estaba en un pequeño pueblo en lo alto de las montañas. Me usaban para trabajos forzados y me mantenían encadenado por la noche en un sótano subterráneo. No es que pensara mucho en escapar. Durante bastante tiempo, no tenía idea de quién era», suspiró, «recuerdo algo, y luego se va, y luego aparece en mis pesadillas. No le he contado a Amelia ni la mitad».

Jack asintió. «A mí me pasa lo mismo con Carys. Ella sabe lo suficiente para entender por lo que pasé, pero es mejor no compartir los detalles».

«Había tres mujeres en la casa», Marcus siguió caminando con su mirada al frente. «A veces se divertían... usándome. No luché mucho contra ellas», tragó saliva con fuerza, «ansiaba que me tocaran. Quiero decírselo a Amelia», confesó Marcus, «pero temo que no lo entienda».

«¿Que no entienda que estabas tan desesperado por que te tocaran que dejaste que se acostaran contigo? Dudo que le importe». La melodiosa voz galesa de Jack se suavizó aún más. «No le falta sentido común».

«Es la mujer más práctica que he conocido, Jack. Nada la vence. Dice que es porque viajó con el ejército durante tanto tiempo, pero sospecho que está en su propia naturaleza».

«Ah, es cierto. Su primer marido también estaba en el ejército, ¿no?», Jack se detuvo en la acera para ver si había un espacio entre el tráfico. «Tanto ella como yo abandonamos nuestras familias aristocráticas para seguir a los militares. ¿Cómo no entender lo difícil que debió haber sido esa transición para ella? Fue difícil para mí y al menos había ido a la escuela y me había acostumbrado bien a las dificultades».

Marcus frunció el ceño cuando un carruaje de alquiler redujo la velocidad justo delante de ellos. «Jack...».

Antes de que pudiera decir otra palabra, el carruaje se detuvo y un hombre abrió la puerta, con una pistola en la mano apuntando directamente al corazón de Jack.

«¿Lord Jack Llewellyn? ¿Sería tan amable de acompañarme, por favor? El Capitán Furia

desea hablar con usted».

Marcus cerró la mano alrededor del brazo de Jack.

«Si él va, yo también iré. Tengo mi pistola preparada y lista para disparar en mi bolsillo si desea discutir sobre el asunto y llamar la atención sobre nosotros».

El hombre miró el abrigo de Marcus y luego se encogió de hombros.

«Entonces vengan los dos. El buen capitán pensó que esa podría ser la manera de hacerlo».

Dio un paso atrás dentro del carruaje y, después de una rápida mirada compartida de resignación, Marcus y Jack lo siguieron adentro. Había otro hombre barbudo sentado frente a ellos que les ofreció dos pañuelos de seda sucios.

«Caballeros, ¿serían tan amables de cubrirse los ojos?».

«¿Para poder noquearnos o dispararnos?», exigió Jack.

«Ninguna de esas cosas ocurrirá si prometen quedarse quietos y comportarse como cristianos».

Marcus suspiró. «Espero que estén diciendo la verdad. Lo último que necesito es otro golpe en la cabeza».

«Como si no lo supiera, señor».

Marcus hizo una pausa mientras cogía el pañuelo de seda. «¿Lo conozco?».

«No, señor».

«Pero me parece vagamente familiar». Marcus dejó que su mente divagara un segundo. «Estuvimos juntos en un barco».

«No se le ocurra acordarse de eso ahora mismo, señor. Fue una verdadera confusión. Lo dejé allí, bajo la sombra de un árbol mientras iba a robar un carruaje y unos caballos y que el infierno me parta, ¡pero no desapareció! Me metió en todo tipo de problemas con el gobernador».

«Apuesto a que sí».

El otro hombre hizo un gesto con su pistola. «Ahora, póngase esa venda, señor, y quédese quieto».

Marcus hizo lo que le dijeron y otra pieza más del misterio que rodeaba su llegada poco ortodoxa a Inglaterra cayó en su lugar. Se recostó en el asiento y sintió la sólida comodidad del hombro de Jack a su lado. Lo que sucediera ahora estaba en manos de los dioses.

* * *

«¿Cuándo dijo Jack que él y Marcus regresarían?».

Amelia levantó la vista del periódico y miró hacia donde Carys caminaba de un lado a otro por la alfombra. Carys era una hermosa mujer rubia cuyo aspecto frágil contradecía su personalidad fuerte y valiente. Amelia había llegado a simpatizar mucho con ella en los días transcurridos desde que ella y Jack se habían unido a ellos en Stortford House».

«Ya deberían haber regresado», respondió Carys con su suave acento galés, «estoy empezando a preocuparme».

«Pero sabíamos que el Capitán Furia iría tras ellos. El duque tiene hombres apostados por todas partes para informar si los capturan. Si ese es el caso, estoy segura de que nos enteraremos directamente».

«Estás notablemente tranquila con todo esto, Amelia. No sé cómo lo logras».

Justo cuando Amelia iba a responder, el mayordomo entró en la habitación y se inclinó. «¿Milady? Hay un caballero que desea hablar con usted sobre un asunto urgente».

«¿Dijo su nombre?».

«No, milady, por eso no lo traje al salón», resopló el mayordomo, «dijo que venía de parte

del duque de Diable Delamere, así que no quería despedirlo sin consultarlo primero con usted, señora».

Amelia se recogió las faldas. «Iré a verlo directamente».

«Y yo iré contigo», declaró Carys.

Amelia siguió al mayordomo por las escaleras hasta el vestíbulo principal, donde un hombre vestido con la librea del duque de Diable Delamere la esperaba. Hizo una reverencia cuando ella se acercó a él.

«Milady, vengo de parte del duque. Tiene noticias para usted y desea que se reúna con él en Grosvenor Square».

«Nos iremos con usted directamente».

Amelia se volvió hacia el mayordomo. «Pide a mi doncella que traiga mi pelliza azul y mi sombrero, por favor».

En cuestión de minutos, estaban saliendo a la calle. Un lacayo estaba firme junto a un gran carruaje negro con la puerta ya abierta. Él ayudó a ambas a entrar y luego cerró la puerta, dejándolas en la oscuridad del interior.

Amelia miró por la ventana las calles lavadas por la lluvia y frunció el ceño mientras el carruaje giraba hacia el oeste.

«Esta no es la mejor ruta hacia Grosvenor Square».

A su lado, Carys se quedó quieta y agarró la manija de la puerta. «Estamos encerradas».

«Dios mío, ¿hemos permitido que nos secuestraran?», exclamó Amelia.

Carys la miró a los ojos y suspiró. «Creo que sí».

* * *

Después de lo que pareció un viaje interminable por las calles de Londres, el carruaje de alquiler disminuyó la velocidad y Marcus apoyó la mano en la pared. Uno de los hombres le había quitado la pistola y revisado sus bolsillos en busca de otras armas, retirando su cuchillo favorito. Jack había sido tratado de manera similar.

«Muy bien, caballeros. Es hora de salir. No intenten nada tonto. Los tenemos rodeados».

Marcus odiaba que le vendaran los ojos. Le recordaba demasiado a su reciente cautiverio. Se tambaleó al descender y alguien lo agarró del codo y lo levantó.

«Tranquilo, milord».

El olor a pescado podrido y el fuerte olor a agua de río llenaron su nariz cuando lo empujaron hacia el interior de una puerta baja, con la cabeza casi rozando el dintel de piedra. Bajo sus botas, las tablas del suelo crujieron cuando lo llevaron por un tramo de escaleras.

«Aquí tiene, capitán. Los caballeros. Como lo ordenó».

«Supongo que debería alegrarme de que no los haya dejado debajo de un árbol y los haya perdido de nuevo», Marcus reconocería esa voz arrastrada en cualquier lugar. «Siéntelos y luego salga a vigilar la puerta y a preguntar sobre ese otro asunto».

«Sí, capitán».

Marcus se tensó cuando le quitaron la venda de los ojos para revelar la figura del Capitán Furia, con capa y sombrero oscuros. Llevaba una máscara sobre la mitad superior de la cara en una parodia de un salteador de caminos.

«Caballeros, qué bueno que hayan venido a verme».

Jack empezó a levantarse. «Eres un completo bastardo, Furia...».

El capitán levantó la mano. Tenía un gran anillo de sello negro en el dedo medio que le parecía vagamente familiar. Marcus lo miró fijamente. «Por favor, siéntate, Jack. Tenemos mucho que discutir».

Jack no obedeció. «Ahora somos dos. Estarás muerto antes de que puedas pedir ayuda».

El Capitán Furia se burló. «¿No crees que me aseguraría de tu obediencia antes de dejar que me vieras así? Tengo ciertas *garantías* de que te comportarás como un caballero».

Marcus se inclinó hacia delante. «Gracias a ti, he aprendido a vivir como un salvaje. Créeme, no tengo ningún reparo en matarte de una manera poco caballerosa».

«Espero que te contengas, milord. Odiaría tener que deshacerme de esa admirable nueva esposa tuya», el capitán se volvió hacia Jack, «o destruir la frágil paz que has establecido con tu ex esposa», su voz se fortaleció. «Siéntense».

Marcus y Jack se sentaron.

«Eso está mejor», el Capitán Furia consultó su reloj de bolsillo. «Si todo ha ido como estaba previsto, sus esposas habrán sido recogidas y estarán de camino hacia nosotros».

«Si le tocas un pelo de la cabeza...», Marcus casi gruñó.

«Y, ¿por qué haría eso? Todo el mundo necesita un... incentivo para seguir haciendo negocios conmigo. Si la gente insiste en enamorarse y en crear estas *asociaciones*, entonces son inherentemente débiles y se vuelven vulnerables».

«Mi esposa no se quedaría de brazos cruzados esperando que yo cometiera perjurio trabajando para ti simplemente para mantenerla con vida».

«Tu confianza en ella es admirable, Havering». La leve sonrisa del Capitán Furia era complaciente. «Pero sospecho que haría lo que le dijeran».

Marcus se recostó. «No la has conocido».

«Ciertamente la conozco. En verdad, la conocí en su primera temporada. Es una pena que haya elegido huir con ese estadounidense cuando había llamado la atención de un duque».

Jack enarcó una ceja hacia Marcus, quien asintió levemente.

«Entonces, ¿qué quieres, Capitán?».

«Su informe sobre lo que sucedió en Gales».

«Seguramente ya lo sabes».

«Naturalmente, pero preferiría escuchar el relato de sus propios labios. Es más fácil averiguar quién me está mintiendo y por qué».

Jack apretó la mandíbula y repitió los fantásticos acontecimientos de su viaje a Gales, que hicieron que Marcus lo mirara con incredulidad.

«Gracias, Jack», el Capitán Furia inclinó la cabeza un centímetro.

«¿Sabías que los hermanos Rice estaban trabajando juntos para encubrir el crimen de David y evitar que yo recibiera mi perdón?», preguntó Jack.

«Me di cuenta de ello. Los eventos que ocurrieron mientras estabas allí en Gales simplemente confirmaron mis sospechas».

«Y, convenientemente para ti, que no quedaran otros testigos de la emboscada original con vida, excepto Marcus y yo».

«Según todos los informes, tu compañero recuerda muy poco, por lo que actualmente todavía está vivo».

Marcus miró fijamente al hombre enmascarado sonriente frente a él. «No gracias a ti».

«Al contrario, me aseguré de que te mantuvieran con vida. Si no hubiera sido por mi intervención, te habrían llevado directamente a un tribunal militar francés y te habrían fusilado por espía».

«¿Se supone que debo estar agradecido por haber sido encarcelado durante varios años y ser tratado como un *animal*?».

«Está vivo, señor. Uno podría pensar que deberías mostrar algo de gratitud».

Jack lo interrumpió. «La única razón por la que lo mantuvieron vivo fue para usarlo en mi contra para que pudiera seguir espiando para ti».

«Tienes un gran concepto de ti mismo, Jack. Esa no fue la única razón».

«¿Y qué más?», exigió saber Jack.

«Había otras... partes interesadas. El gobierno, el ejército, los hombres que suministraban al ejército francés armas robadas. Ninguna de estas entidades deseaba que las órdenes que llevabas se cumplieran, Jack. Unos pocos hombres buenos como tú y Havering eran vistos como infinitamente desechables por todos los involucrados».

«Así que David también era un peón».

«Por supuesto que lo era. ¿De verdad crees que tenía el cerebro más allá de revelar el día y la hora en que pasaría por ese tramo particular de la cordillera? Estaba exigiendo más dinero, incluso por ese pequeño servicio, así que tuvo que ser asesinado».

Marcus levantó lentamente la cabeza y miró a la figura tranquila frente a él. «¿Por qué nos estás contando todo esto? ¿Tienes la intención de matarnos?».

«Por el contrario, pensé que sería apropiado que tú y Jack estuvieran presentes al final de este episodio particular de mi vida».

«¿Qué quieres decir?», afuera, Marcus escuchó el sonido de un carruaje llegando. A su lado, Jack también se puso rígido.

«He terminado con este país». El Capitán Furia agitó una mano enguantada con desdén. «Es demasiado pequeño para mis talentos y está demasiado agotado por las guerras recientes como para proporcionarme diversión o ganancias».

«¿Te vas?».

«De hecho. Creo que mi futuro está en la nueva nación de América».

«Esa nación aún no está segura. Nuestras fuerzas todavía están tratando de recuperar el control».

«No por mucho más tiempo, y no prevalecerán», su sonrisa era serena. «No con mi ayuda estando pesadamente del lado estadounidense».

Voces femeninas resonaron en el pasillo de abajo, y Marcus se tensó.

«¿Esperas que te dejemos salir de esta habitación con vida?», dijo Jack tan silenciosamente que Marcus casi no lo escuchó. «¿Traidor, sanguinario, mentiroso y maldito *bastardo*?».

El Capitán Furia se puso de pie y reveló la pistola que tenía en la mano. «Si desean ver a sus mujeres ilesas, entonces sí». Alzó la voz, «traíganlas».

Marcus instintivamente se hizo a un lado cuando la puerta se abrió de golpe y Carys y Amelia fueron empujadas a través de ella, sujetadas firmemente por cuatro de los matones de Furia.

«Apártense todos de mi camino. El Capitán Furia esperó hasta que sus hombres formaron una doble pared para que él pudiera pasar. «Pueden liberar a estas personas de este lugar, media hora después de que me haya ido. ¿Entendido?».

«Sí, capitán».

Marcus intentó moverse, pero fue detenido por el cuchillo que uno de los hombres sostenía cerca de la cara de su esposa.

«Quédese ahí, jefe. No quisiera marcar a la bella dama».

El Capitán Furia estaba casi en la puerta cuando Amelia jadeó y fingió desmayarse, tambaleándose justo en su camino. El capitán cayó en la maraña de faldas y gritos, y Marcus se agachó también, lanzándose hacia donde había caído el capitán. Se arrastró sobre Amelia y bajó las escaleras ruidosamente tras su presa, que ya estaba en movimiento nuevamente. Saltó hacia

adelante por la escalera y logró poner una mano en el dobladillo de la capa negra del Capitán Furia, tirándolo hacia atrás.

Sus dedos agarraron la muñeca del capitán y se encontró mirando directamente al anillo de sello negro con su león rampante y la mitra de obispo grabado en el centro.

«Este es el escudo de *mi* familia. ¿Dónde lo conseguiste?».

Jaló el brazo de Furia hacia arriba con un agarre cruel hasta que pudo ver su rostro y le arrancó la máscara al hombre. Los ojos del mismo azul oscuro que los suyos lo miraron fijamente.

«¿Quién diablos *eres*?», Marcus gruñó.

«De verdad no lo recuerdas, ¿verdad?», Furia suspiró. «Qué irónico. Todo mi trabajo fue en vano porque no puedes mantener la cordura», su mirada se endureció. «¿Quién crees que podría ser?».

Marcus parpadeó con fuerza mientras una serie de recuerdos lo asaltaban. «Tú... vivías en una de las cabañas de la finca Stortford. Solíamos jugar juntos antes de que me fuera a la escuela».

«Ah, finalmente la luz amanece. ¿Alguna otra revelación sorprendente?».

Marcus estudió el rostro de Furia. «Te pareces a mí».

«Bien *hecho*».

«¿Eres el hijo de mi padre?».

«Su bastardo. Mi madre trabajaba como institutriz en la casa hasta que tu padre se fijó en ella. Creo que se suponía que debía estar agradecida cuando él nos ofreció la cabaña y finalmente pagó para que yo fuera a la escuela». Su sonrisa se torció. «Se esperaba que regresara y administrara tus propiedades».

«No sabía nada de esto».

«¿Tu padre nunca mencionó a su hijo bastardo? Qué extraño. Posiblemente porque mi madre era una dama a la que *arruinó*».

Marcus aflojó un poco su agarre. «Entonces, ¿hiciste todo esto para castigarme por ser el *heredero legítimo*?».

Los ojos azules del Capitán Furia brillaron. «No, para castigar a tu padre. Fue bastante divertido enviarle pistas sobre lo que te había sucedido a lo largo de los años, trozos de tu uniforme, un mechón de tu cabello... y extorsionarlo a cambio de más dinero, por supuesto. Que hombrecito tan patético».

«Que murió demasiado joven, probablemente debido a tu trato pervertido hacia él».

«Se merecía todo lo que recibió», gruñó Furia, la máscara agradable finalmente se desvaneció...

Marcus echó hacia atrás el puño. «Como tú también».

Furia se giró hacia un lado, haciendo que el golpe aterrizara en un lado de su cabeza, su mano arañando el suelo.

Con una maldición salvaje, levantó la pistola. Marcus apenas logró rodar hacia atrás cuando se disparó, escuchándose un sonido ensordecedor en el pequeño espacio. Mientras reaccionaba al disparo, el capitán le dio una fuerte patada en los testículos y volvió a caer, sin que le quedara nada más que un grito de dolor en su interior mientras su presa escapaba, dejando a Marcus retorciéndose de dolor en el suelo.

Alguien se agachó sobre él y lo siguiente que supo fue que lo llevaban de vuelta por las escaleras y lo tendían sobre la alfombra de la chimenea, con el rostro horrorizado de Amelia sobre él.

«¿Te dispararon, Marcus? ¿Dónde? *Dímelo*».

Jack estaba ahora del otro lado y palpaba frenéticamente el torso de Marcus de arriba a abajo. «No veo sangre».

«No... sangre», logró jadear Marcus, «pelotas».

Jack hizo una mueca de simpatía y la mano de Amelia se congeló en su estómago.

«El bastardo se escapó».

«Lo sé», dijo Jack con tristeza.

Amelia se inclinó para susurrarle al oído. «Pero los hombres del duque de Diable Delamere nos estaban siguiendo, así que tal vez lo encuentren después de todo».

«Buena suerte para ellos», Marcus dejó caer la cabeza con un ruido sordo sobre la alfombra raída y cerró los ojos. Tenía que esperar media hora antes de que los hombres de Furia los liberaran de su prisión, y necesitaría cada segundo de ello. Qué manera tan ignominiosa de morir, pero al menos estaba vivo. Tenía mucho que decirles a Jack y al duque, pero todo tendría que esperar. Agarró la mano de Amelia. «¿Qué demonios estabas haciendo cayendo en los brazos del Capitán Furia de esa manera?».

Ella se mordió el labio. «Tengo que admitir que me invadió un poco la rabia cuando vi que estaba a punto de escapar de todos nosotros y decidí que tenía que intentar detenerlo».

«Y pudiste haber hecho que te mataran».

«Le apretó los dedos y luego se los llevó a los labios. «No pensé en eso. Estaba tan furiosa».

Una risa reticente lo sacudió y se estremeció.

«No vuelvas a hacer eso, ¿quieres?».

«Si prometes no tirarte por las escaleras y casi recibir un disparo, yo lo haré».

«Creo que mis días de pelea han quedado atrás, mi amor. Estoy deseando tener un poco de paz y tranquilidad».

«Eso sería maravilloso», ella dudó, «aparte de la habitual perturbación que se crea al tener un hijo».

Él respiró hondo y lentamente. «¿Estás embarazada?».

«Creo que sí. ¿Te importa?».

Marcus soltó una risa entrecortada. «Teniendo en cuenta lo que acaba de pasarme en los testículos, lo consideraré una bendición y un milagro».

Epílogo

Como era su costumbre, Marco se despertó temprano y dio un paseo por los jardines de Stortford Hall. El sol estaba saliendo, pero el aire aún conservaba esa promesa fresca y cortante que le recordaba a estar en las montañas. Todavía odiaba estar dentro de casa durante demasiado tiempo y había adquirido la terrible costumbre de dejar las puertas y ventanas abiertas dondequiera que iba, lo que sometía a sus anfitriones y a sus invitados a condiciones mucho más vigorizantes de las que probablemente estaban acostumbrados.

Amelia se limitaba a reír y mantenía un chal cerca de ella, pero su hermano y su abuela tendían a quejarse. Viajarían a Londres en breve para abrir Stortford House y asegurarse de que su prima Felicity encontrara un hombre mucho mejor que él para casarse con ella, eso si Charlie no hablaba finalmente y se casaba con ella él mismo.

Marcus se detuvo al final de la terraza para observar un pavo real que caminaba majestuosamente por el césped, arrastrando su larga cola a través del rocío. Su familia todavía estaba tratando de aceptar los cambios que el cautiverio había provocado en él. Nunca volvería a ser el hijo mayor, amable y risueño, sin preocupaciones en el mundo. Sabía demasiado, había sufrido dificultades y había aprendido lo frágil que podía ser la vida.

Pero había sobrevivido. Había forjado nuevas amistades con el duque de Diable Delamere y su esposa y se había reencontrado con Jack, quien, a pesar de las protestas de Marcus, prefería vivir en la oscuridad en Gales e ignorar la sociedad y sus rumores. Jack era feliz con su esposa y su hijo, hablaba su lengua materna y se involucraba en los asuntos locales. En verdad, sus elecciones no eran tan diferentes a las de Marcus, aunque tenía la suerte de que, como cuarto hijo, no tenía una finca que administrar.

Pero Marcus incluso había encontrado consuelo en eso. Cultivar cosas, cuidar sus cosechas y asegurarse de que sus inquilinos tuvieran lo mejor que él pudiera proporcionarles, incluida una escuela, le dio algo de esperanza para el futuro y al menos una ocupación remunerada que no involucrara los horrores de la guerra.

Una carta reciente del duque crujió dentro del bolsillo de su abrigo, esperando ser compartida con Amelia cuando despertara. Parecía que el Capitán Furia ya estaba establecido en Filadelfia y ocupado creando un imperio que el gobierno británico no podía tocar. El duque todavía albergaba esperanzas de atraparlo, pero Marcus estaba muy contento de que el hombre se mantuviera alejado. Si se aventuraba a Inglaterra de nuevo, eso sería un asunto diferente, por supuesto.

Marcus continuó su paseo por el costado de la casa, sus botas crujiendo en la grava. Y por supuesto, tenía a Amelia, que le daba sentido a todo y al salvarlo insistió en que ella también se había salvado. Ella dijo que se había estado escondiendo de la vida y que su llegada inesperada a su tranquilo rincón de Inglaterra la había despertado de nuevo como una bella durmiente moderna.

Marcus se permitió una risa silenciosa. No es que como si alguien lo confundiría con un príncipe. Todavía estaba plagado de dolores de cabeza y pesadillas y no era exactamente un hombre agradable con quien estar, pero a pesar de todo eso ella lo amaba. Él lo sabía en su alma.

Un golpecito en el vidrio le hizo mirar hacia arriba para ver una pequeña figura enmarcada en la gran ventana del salón que se abría al jardín de rosas. Su sonrisa se ensanchó cuando cruzó hacia la casa, abrió la puerta y se agachó.

«Papá, yo contigo voy. ¿Ves caballos?».

Asintiendo con la cabeza a la niñera, extendió los brazos y su hijo corrió hacia ellos.

«Lo siento, milord, tan pronto como vio que estaba afuera, me presionó para que lo bajara por las escaleras».

Sonrió a la niñera. «Sabes que no me molesta en absoluto, Maggie, y a su señoría tampoco».

Levantó al pequeño Andrew sobre su hombro y sintió las pequeñas manos de su hijo tirando impacientemente de su cabello. Con casi tres años, el niño era tan notablemente decidido como su madre.

«¿Caballos?».

«Sí, mi querido niño», le guiñó un ojo a la niñera. «Avisa a su señoría que lo traeré de regreso a tiempo para el desayuno».

«Sí, milord», Maggie miró al pequeño. «Ahora sé un buen chico, ¿me oyes?».

«Sí, niñera. *Vamos, papá*».

Obedeciendo los decididos golpes con los pies de su hijo que golpeaban sus hombros, Marcus se volvió hacia los establos. Esta era su vida. Este era su presente y su futuro.

Su hijo.

Su *familia*.

Con un grito de alegría, Marcus aceleró el paso y encantado galopó con su hijo por todo el camino hacia los establos.

* * *

Querido lector:

Espero que hayas disfrutado lo que ocurrió al Capitán Furia y el encuentro nuevamente con el duque, su duquesa y los Llewellyn. Si disfrutaste la lectura, agradeceré consideres dejar un comentario, siempre son bien recibidos. Para leer más de Diable Delamere, por favor echa un vistazo a *Enamorada de Michael* (Libro cuatro).

Si deseas leer más de mis libros, por favor visita mi sitio en la red y considera unirme a mi boletín para que recibas las más recientes noticias y seas de los primeros en participar en concursos para ganar nuevos libros.

katepearce.com/newsletter

¡Gracias por la lectura!

Kate Pearce

Derechos de autor

Copyright © 2015 por Kate Pearce

Reservados todos los derechos. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en un sistema de recuperación, ni transmitirse, de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro), sin el permiso previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como del editor mencionado anteriormente de este libro.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. La autora reconoce el estado de marca registrada y los propietarios de las marcas comerciales de varios productos a los que se hace referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso. La publicación/uso de estas marcas comerciales no está autorizada, asociada ni patrocinada por los propietarios de las marcas comerciales.

Traducción: Elizabeth Garay

Acerca de Kate Pearce

La autora más vendida del *New York Times* y *USA Today*, Kate Pearce, nació en Inglaterra en medio de una gran familia de niñas y rápidamente descubrió que su imaginación era mucho más interesante que la vida real. Después de obtener una licenciatura en historia y escapar con vida del servicio civil británico, se mudó a California y luego a Hawái con sus hijos y su esposo y comenzó a reinventarse como escritora romántica.

Es conocida tanto por sus héroes poco convencionales como por su alegría por subvertir los clichés románticos. En su tiempo libre publica novelas eróticas de ciencia ficción, novelas históricas y cualquier otra cosa que pueda imaginar. Puedes encontrar a Kate en katepearce.com.

Traducción al español: Elizabeth Garay garayliz@gmail.com

Nota para los lectores

Querido lector:

Espero que hayas disfrutado lo que ocurrió al Capitán Furia y el encuentro nuevamente con el duque, su duquesa y los Llewellyn. Si disfrutaste la lectura, agradeceré consideres dejar un comentario, siempre son bien recibidos.

Continúa la lectura con *Enamorada de Michael* (Libro cuatro), ¡que solo para ti se incluye una lectura gratuita del libro!

Si deseas leer más de mis libros, por favor visita mi sitio en la red y considera unirme a mi boletín para que recibas las más recientes noticias y seas de los primeros en participar en concursos para ganar nuevos libros.

katepearce.com/newsletter

¡Gracias por tu lectura!
Kate Pearce